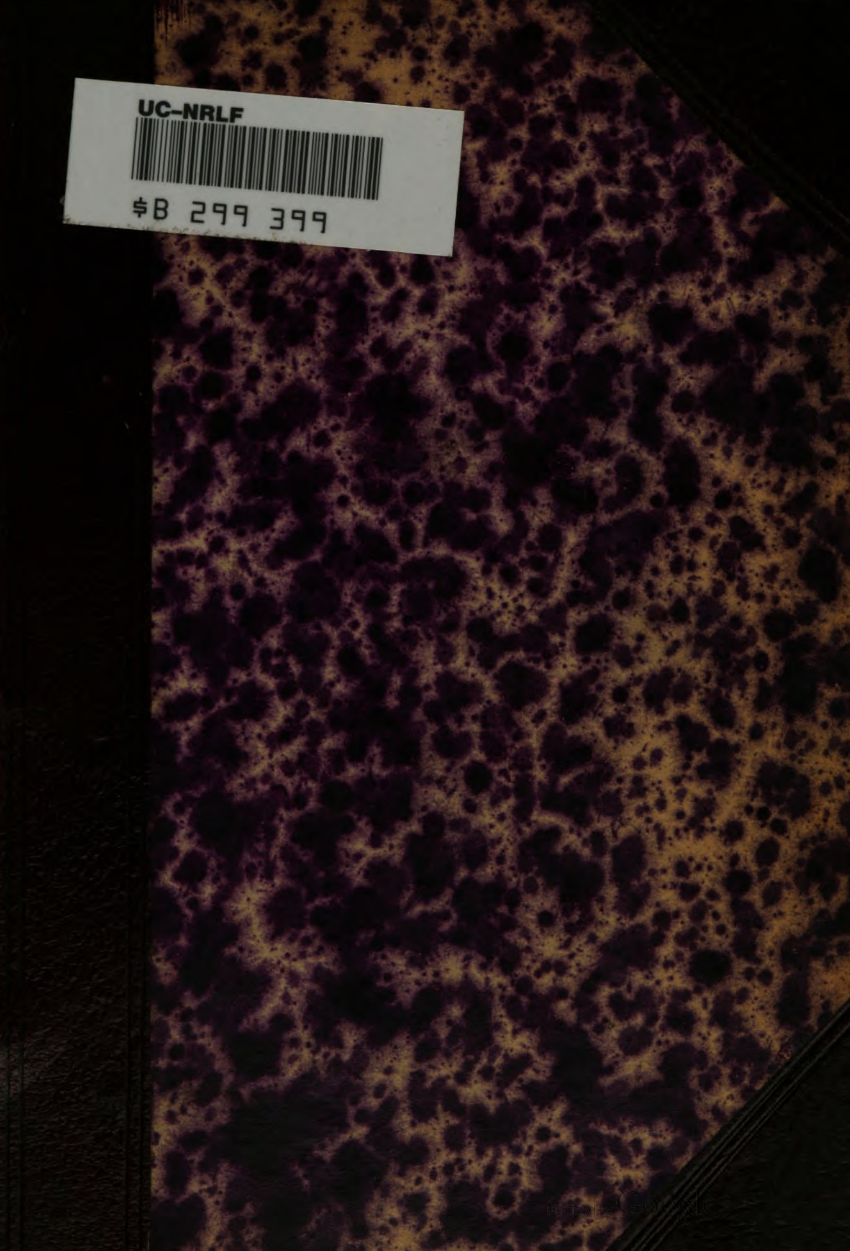
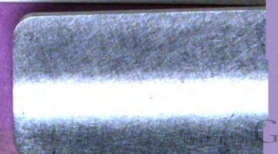

UC-NRLF
$B 299 399


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



PUNTOS DE VISTA.

PUNTOS DE VISTA

COLECCION DE ARTÍCULOS

POR

MIGUEL MOYA.

CON «ALGUNAS PALABRAS»

DE

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ,

PRIMERA EDICION.

GASPAR, EDITORES.
4, PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1881.

ALGUNAS PALABRAS.

No haré la crítica de los artículos coleccionados hoy por mi querido compañero de *El Liberal*, el señor Moya...

Yo podria decir á los lectores mi opinion; pero no podria decirles la de ellos. Y esta opinion es la que interesa al autor... La mia ya la sabe,—creo sin embargo que en esta ocasion todos tenemos igual parecer,—todos reconocemos la escelencia de estos trabajos.

Yo, á pesar de esto, creo tener motivos para encomiar un mérito mas que el público. El público recibe los libros y los aplaude por su mérito absoluto; los escritores les apreciamos tambien por su mérito relativo. El público no pregunta en cuánto tiempo se ha escrito una obra: los escritores no podemos olvidar cuán difícil es engendrar ideas y darlas forma en minutos.

El periodismo ha trasformado la literatura. Hoy se lee y se escribe mucho; pero se escriben y se leen quizá menos libros que antes; el periódico ha matado al libro: los libros mismos no son mas que resúmenes de los sucesos, de las discusiones y de las opiniones de la prensa.

Antes un trabajo literario se meditaba y se escribia en el fondo de un gabinete. No llegaban allí ni las voces de los vendedores de *Ultimas Horas*, ni el incesante va y ven de la vida política, parlamentaria y social.—El literato se retiraba del mundo y se rodeaba de silencio como quien quiere rezar.—La literatura, en efecto, era un misterio: una religion.—Así, pues, el estilo del escritor aparecia con el reposo y magestad de su revuelta biblioteca y de cuanto le rodeaba.—Su estilo era sóbrio, limado, artístico: correcto de pensamiento y de forma. Como

si fuesen de oro, así resplandecian las páginas de su libro.

¡Grata ocupacion es para un artista engendrar un pensamiento, acariciarlo, depurarlo, engarzarlo en una frase ó en un período de esquisita cinceladura; y levantar la pluma, mirarlo escrito, admirarlo y recrearse en él!

Hoy es otra cosa.

El periodismo ha hecho costumbre universal la lectura diaria: la lectura diaria es necesidad de mayor ilustracion.—El nivel intelectual del público ha subido rápidamente.—El público, que no es aficionado á leer libros; que no tiene tiempo de leerlos, quiere sin embargo, trabajos literarios, de mérito intrínseco.—Es cada vez mas literario, es cada vez menos político.—Exige que se le dé cuenta de cuantos acontecimientos sociales puedan escitar su interés: quiere leer la descripcion del baile aristocrático; la noticia sobre el último cuadro de un pintor célebre; la *impresion* de los estrenos de la obra dramática; cuantas *actualidades*, en fin, tengan amenidad y puedan ser distraccion de su ánimo.—Quiere leer todo esto, y leerlo bien escrito.

¿Es posible realizar esta aspiracion del público? No lo es, sin duda; trabajos hechos al dia rara vez son perfectos. Pero ha sido preciso intentarlo.

Todos los escritores que han tenido ambicion y todos los que no han sido bastante ricos para poder dedicarse á literatos se han hecho periodistas.—Han suplido la calidad con la cantidad.—No han hecho literatura artística; han hecho literatura industrial.—Literatura bastarda: mezclada con política, con noticia y hasta con anuncio.

El gabinete de estos escritores está desierto.—No escriben en su casa. En ella no se encuentra ni tinta ni pluma ni papel. Acaso no haya libros tampoco; hay, sí, revistas, folletos y periódicos.—A su casa vienen á ponerse la levita ó el frac para ir á los círculos, á los teatros y á las reuniones en busca de asuntos para el número del dia siguiente.

Cuando salen de estos centros y entran en la redaccion, todo está preparado para recibirlos; todo les espera; todo les estimula á empezar y concluir; todo les hostiga.—La gran mesa central ó las mesas particulares con sus colgantes lámparas de petróleo; las intactas cuartillas;

las plumas de acero, hechas uñas de un pobre mango de madera.... El director les dice:—Haga usted *una columna*.—El regente:—Déme usted cuartillas.—Los dos:—¡Piense usted al vapor! ¡Escriba usted de prisa!

Los compañeros le interrumpen en su trabajo para consultarle una duda; para preguntarle una fecha; para que tercie en una disputa.—El escribe y llena papel; dá su opinion al uno; hace memoria sobre el acontecimiento que le recuerdan; batalla en pró de una personalidad ó de una idea, y sin mirar lo escrito ni reflexionar lo que ha de escribir entrega la columna convenida.—¡Qué cansancio, Dios mio, algunas veces cuando la inspiracion niega sus alas fáciles al pensamiento!—¡Un mozo de cordel que ha subido un fardo á un quinto piso no suda mas que el pobre escritor obligado á llevar la pluma con la velocidad del *tic tac* del terrible reloj que tiene delante!

Esa columna lleva por título unas veces un nombre: el del héroe del dia; otras una crónica de actualidad; otras una crítica de teatros; la revista de un baile; un estudio de costumbres; un *tipo*.—Los títulos de los artículos de este libro.

Frecuentemente, despues de concluido el artículo, el regente de la imprenta dice que sobra *composicion*.... Hay esceso de *original*; hay que suprimir algo de lo escrito y compuesto para el diario:—No se debe quitar el *folletin*: ¡Le esperan con tanta ansiedad las mujeres!—Ni *noticias*: ¡Son tan interesantes! Ni *anuncios*. ¿De qué viviria, entonces el periódico?...—¡Aquí están las *pruebas*! dice el director al redactor literario.—Suprima usted de un artículo media columna.... Este es el caso mejor; porque otras veces, despues de haber agotado el infeliz su ingenio en dilatar un artículo, le dicen, tambien:—¡Añada usted sesenta líneas todavía!...

En estas condiciones han sido escritos algunos artículos que hoy colecciona el señor Moya.—Cierto que los ha desvastado algun tanto para darlos y reproducirlos en forma de libro; pero no es posible corregir laboriosamente un artículo, respetando su estructura.—El primor solo cabe en lo que nació para ser primoroso. El adorno en aquello cuyo carácter es la ligereza el abandono, el movimiento, la irreflexion, es un postizo ridículo.

Estos trabajos, á pesar de tan graves inconvenientes,

evidencian las aventajadas dotes literarias del señor Moya; su buen gusto; el color con que describe; su espíritu de observacion; el fácil estilo en que narra; su entusiasmo, su aspiracion *á la forma*.

El señor Moya tiene, sin embargo en su imaginacion mejores libros: mi querido compañero es muy jóven todavía.

Solo le falta esperiencia; el porvenir le dará asuntos y pensamientos vírgenes: personalidad vigorosa.

Estudie con ardor y trabaje con afan.

¡El porvenir se hace muy pronto pasado!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRITICA.

ISIDORO, SOCIEDAD DRAMATICA.

No habia de estar reservado el honor de tener émulos tan solo al *arte* que Costillares y Pepe-Hillo patrocinan. Tambien el de Talía cuenta con entusiastas admiradores, que no se contentan con asistir á las representaciones escénicas y aplaudir desde sus localidades de galería hasta confundirse con los alabarderos, sino que cifran su dicha toda en representar; algunos por el solo placer de vestirse de reyes y pasar por condes de comedia; los más, porque quieren hacer ensayos para convencerse de que la patria no se pierde con ellos un actor como Julian Romea ó Cárlos Latorre.

Todas las artes tienen un aprendizaje en familia. Los oradores famosos se ensayan ante un espejo, y fingiendo que los muebles son adversarios, llaman, á juzgar por sus ademanes, traidores á los cuadros; acusan á las sillas de quebrantar los preceptos constitucionales; dicen que la butaca abusa de los alcaldes para ganar las elecciones, y afirman con la mayor gravedad que el pais no puede salvarse si el sofá ó la consola no

abandonan el poder. Los toreros mas notables dieron los primeros pases de muleta á algun aguador, y colocaron el primer par de banderillas en la paja del asiento de una ruinosa silla de Vitoria. Los tenores de renombre universal hicieron sus primeros gorgoritos en una reunion de esas que se llaman de confianza, porque confianza es lo único que en ellas puede tomarse; y nadie logró ser coronado por Melpómene sin haber producido el entusiasmo de algunas honradas familias, desde las baldosas, que no tablas, de un raquítico escenario casero.

Esta teoría podrá ser equivocada; pero por ciertísima la tienen el dependiente de *La sal andaluza*, barbería situada en uno de los barrios mas bullangueros de la villa y córte, y un alumno, no muy sobresaliente por cierto, de la Escuela Normal, á quienes los futuros historiadores otorgarán el premio ó el castigo que pueda corresponderles por haber fundado la sociedad «Isidoro» que se propuso, para mortificacion del arte, dar una fiesta mensual en el coliseo de las Musas ó en el de las Aguas; sitios elegidos no se sabe si porque ambos edificios amenazaban hundirse, y los improvisados cómicos querian completar la obra, ó si porque estando hechos á prueba de barbaridades (tantas han oido) ya que no á prueba de bomba, nada podia serles estraño.

Desde ahora protesto conformarme con el juicio que las generaciones venideras hagan de la sociedad «Isidoro,» si es que la posteridad se ocupa de estas cosas; pero como tengo acerca de ella algunas noticias que pudieran ser útiles

andando el tiempo, créome obligado á publicarlas, para evitar torcidas interpretaciones y maliciosos comentarios.

Concertado el pensamiento entre el Fígaro del Rastro y el pedagogo en ciernes, una de las mayores dificultades para realizarle fue poner título á la sociedad dramática en proyecto. La Mitología pareció cursi; los nombres de los autores dramáticos se desconocian en su mayor parte, ó estaban agotados por otras sociedades análogas. Se aceptó en su consecuencia el criterio de elegir el nombre de la sociedad de entre los actores mas reputados, y el que obtuvo la preferencia fue el de Isidoro Maiquez. El por qué no se puso el apellido del actor insigne y sí sólo el nombre, cosa es que sorprenderá á todo el mundo, pero el barbero tuvo sus razones para que asi fuera. No llama á Castelar mas que Emilio; á Vico, Antonio; y á Echegaray Pepe, y juzgó un deber de costumbre llamar á Maiquez, Isidoro á secas, para que el público creyese digna á la sociedad del patrono elegido, y con tan encantadora franqueza tratado.

Para llevar á término feliz la artística idea, necesitábanse los auxilios de la cooperacion, y con objeto de lograrlos se redactó un reglamento interino, que estuvo á disposicion de todos los parroquianos de la barbería largo tiempo y cuya primera página decia asi:

«Artículo 1.° Los sócios se dividen en activos y pasivos. Los primeros están obligados á hacer los papeles que se les manden. Los segundos tendrán *opcion* á los billetes que les correspondan.

Uno de estos pidió medias moradas á una abuela suya, porque tenia que hacer de viejo; otro un frac á un violinista retirado, para hacer de paleto en *El payo de la carta*, y no faltó quien se arreglase un trage compuesto de botinas, calzon corto, redingote y chambergo, ni quien estuviese dispuesto á adornar el usual trage de sociedad con una anchísima canana y un inconmensurable pistolon.

¡Qué armonía! ¡qué propiedad! Los preparativos eran admirables. Nuestros actores tendrian mucho que aprender si por desgracia en lo de vestir á su capricho no hubiesen aprendido bastante. Todos procuraban vestirse con la mayor perfeccion, pues aunque segun ellos «la funcion que se iba á representar no era *tragedia*, y no se exigian por tanto muchos *trages*,» siempre es bueno que estén decentitos los que deben lucirse.

El reparto de los papeles se hizo con dos meses de antelidad al dia en que la funcion habia de celebrarse. Los actores no cesaron de soñar desde entonces con el estrepitoso triunfo escénico que les aguardaba, como la gloria despues del purgatorio á que el temor les habia condenado desde el dia en que recibieron la copia del papel, hasta el en que la representacion se verificase.

Muchas veces habreis visto sobre el blanco mármol de la mesilla de una peluquería un pliego de papel escrito en renglones cortos. No creais, sin embargo, que el barbero hace versos; los está aprendiendo de memoria para declamarlos. Cuando os sentais en la butaca en que el

dependiente de barbero *sirve*, sufre el ilusionado mancebo una lamentable caida desde el Parnaso, en donse su fantasía le habia colocado, hasta la vil prosa de la vida real, y el perjuicio del desencanto es para vosotros. Si deseais que os corte el pelo á media melena, de fijo que os lo rapa como á un quinto, y ¡por Dios, no os afeiteis! porque si bien el papel que ensaya es de una comedia, podria por una lamentable equivocacion ejecutar en vosotros la *Degollacion de los inocentes*.

De un estudiante de veterinaria, y sócio de «Isidoro» sé que cuando se preparaba para asistir al ensayo general que otra sociedad dramática á que perteneció anteriormente celebraba, recibió un recado de un su tio, que le llamaba para que recetase á una mula enferma.

Llegóse el estudiante al establo donde la mula descansaba: saludó á cuantos en aquel lugar estaban congregados, deseosos de saber si seria muy grave el mal que aquejaba á la pobre bestia; hizo algunas preguntas para poder formar el diagnóstico, y cuando su tio y los demás circunstantes esperaban la receta, dijo el estudiante señalando á una horrible matadura que la mula ostentaba en su despellejado cerviguillo:

«Apurar, cielos, pretendo
Por qué me tratais así.»

. . . .

¡Infeliz! ¿Qué de estraño si aquella noche tocábale *hacer* el Segismundo de *La vida es sueño*?

La noche de la funcion llegó, y con ella los sustos y sobresaltos. El teatro estaba lleno, y los

espectadores desesperados, porque se anunció que el espectáculo empezaria á las nueve, y no obstante ser las diez, aun no habia comenzado.

Cuando á alguno de los amigos de los cómicos érales preguntada la causa de tan estraño y desesperante retraso, solian contestar que la dama se habia olvidado las ligas, ó que el pantalon del gracioso se habia roto por parte demasiado visible, ó que aun no se encontraba en el teatro la novia del director de escena. ¡Pretestos caprichosos! El verdadero motivo de la tardanza era haberse puesto enfermo á última hora un cómico improvisado, cerrajero de oficio, que pasó la noche anterior como en capilla pensando que tenia que decir en el segundo acto de la obra «el cadáver del capitan» y que en los ensayos, siempre habia dicho *«el defunto del capitin.»*

Al fin se alzó el telon.

. . . .

. . . .

Al dia siguiente, los concurrentes á la barbería *La sal andaluza* hablaban entre burlonas carcajadas de la disolucion de la sociedad «Isidoro.» y aunque es fama que el dependiente la tenia de manejar con desusado esmero la navaja, algunos parroquianos que quisieron ser afeitados por el fundador de la disuelta compañía dramática, hubieron de lamentar dolorosas cortaduras.

UN CUARTILLO DE REAL
LA ENTREGA.

«Nunca es tarde si la dicha es buena.» Esto dice un antiguo refran castellano, por verdad de á fólio tenido, y esto repetimos nosotros gozosos y esperanzados con la contemplacion del rápido triunfo y del envidiable florecimiento que la novela alcanza en nuestro país, y tienen mucho de providenciales y maravillosos.

Nos ha sucedido, con esto de la novela, parecida cosa á lo que nos acontece de ordinario con aquellas mujeres en cuya amistad íntima vivimos, pero en cuya belleza no nos hemos fijado, porque entretenidos con livianas y fáciles hermosuras, solo á ser admiradores y mas que admiradores esclavos de ellas vivimos consagrados.

Todos nuestros juicios son entonces poco favorables para la mujer amante y buena. Su belleza nos parece apagada y fria, su virtud tontuna, empalagoso su cariño, y de seguro que huimos mas bien que procuramos su conversacion y amistad. De no ser tontos, esto no puede durar

mucho. Si un dia notamos que nuestra injustamente desdeñada amiga, tiene negros y hermosísimos ojos, y labios que nido de besos parecen; y otro que es virtuosa y buena; y otro que nos quiere con toda su alma, concluimos por enamorarnos de ella con un amor mas fino, mas intenso, mas perdurable que aquel que nace en un minuto y tiene la casualidad por cuna.

Aquí, equivocados por completo acerca del verdadero fin y del sentido y trascendencia de la novela, no dábamos este título gozosos, satisfaciendo así una de las mas poderosas exigencias de nuestra curiosidad, sino á aquellos libros en que se contaban los muertos por capítulos, los desafíos y raptos por páginas, los anacronismos por números y las atrocidades por palabras.

Aquello de asistir, en union del protagonista de la novela é identificados con él, haciendo de sus deseos nuestros deseos, y de su causa nuestra causa, bien fuese un santo, bien fuese un bandido, á presenciar las mas absurdas monstruosidades ó las mas ridículas tonterías, era en estremo agradable y deleitoso.

Terminar la lectura de uno de aquellos capítulos en que tres asesinos entran en el dormitorio de la marquesa de A cuando esta señora está rezando; ó en que una madre desnaturalizada arroja á un pozo al hijo de sus entrañas (las de la madre, no las del pozo); ó en que un viajero ve de repente en su camino la negra y ancha boca de un trabuco; boca que no ha aprendido á decir mas que «la bolsa ó la vida,» pero que lo dice muy claro... Acostarse despues, apagar la luz que en la mesilla de noche agoni-

za, y taparnos, no pudiendo resistir el miedo, el rostro entre los pliegues de la revuelta sábana, es denunciar en la novela una influencia incomparable, sobre todo en las noches del invierno, cuando el frio entumece los huesos y el cuerpo necesita calor.

Esto esplica por qué de todos los géneros literarios hasta la fecha conocidos, y permítaseme que de género le califique, el que mas llama mi atencion, no ciertamente por la belleza de su forma, ni el mérito de sus invenciones, ni la grandilocuencia de sus pensamientos, sino por el sistema que se sigue para esplotarle con resultado, es el de la novela de costumbres en dos tomos, ilustrada... con grabados, parto infeliz de algun ingénio que, si á juzgar fuéramos por el dicho del editor, siempre va en aumento, puesto que siempre la última es la mejor de cuantas obras ha producido, y al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias, aunque un tanto lejos de la literatura y del sentido comun.

No puede negarse que estas novelas tienen, á cambio de sus defectos, esa rara virtud que algunos, por aparentar que la conocen de nombre, llaman modestia, y que va siendo tan difícil encontrar entre los literatos, como la consecuencia y el desinterés en los hombres políticos. Nada de anuncios por las calles; nada de elogios en la prensa ni de revistas bibliográficas. No las necesitan. Su popularidad desafía á la crítica.

El primer anuncio de esas obras (de algun modo hemos de llamarlas), entra humildemente; mas aun, arrastrándose por debajo de la puerta de vuestra casa. Os le encontrais en la forma de

una entrega de ocho páginas, sobre el enladrillado pavimento si es verano, y pegado á la puerta si es invierno, porque la estera, convirtiéndose en defensora de las bellas letras, á pesar de su servil oficio, niégase obstinadamente á prestarle la entrada que en otra época del año encontró asequible en estremo. Cuando empezais á hojear aquel preludio de horrores literarios, os encontrais en la primera página nada menos que con la generosidad de un editor que por favorecer á la literatura y contribuir á la ilustracion de las clases trabajadoras, hace el sacrificio de dar á dos reales cada cuaderno de ocho entregas de una novela que es la mejor en su género, y con el ruego de un repartidor que ni una sola vez deja de besaros la mano, para lograr que vuestro nombre figure en la lista de suscricion. Esto es bien fácil. No teneis mas que llenar los huecos de una papeletita impresa en su mayor parte, para ahorraros la mitad del trabajo; pagar dos reales todas las semanas; no variar de domicilio, y estais en camino de llegar á tener un libro voluminoso y *magnífico*, si al repartidor no le ocurre pensar que tiene el cuarto que habitais demasiadas escaleras, ó si la estúpida maritornes no juzga al papel de una entrega mas digno de guardar especias que de ser leido.

Si la literatura no se ofendiera porque la comparase con la sastrería, diria yo que todas las novelas de á cuartillo de real la entrega, estaban cortadas por los mismos patrones.

A la primera entrega acompañan, generalmente, dos láminas. En una es necesario que se

pinte un asesinato, un robo, un fusilamiento, algo, en fin, cuyo recuerdo, durante la noche, haga temblar de miedo á los niños y rezar un Padrenuestro á las mujeres. En la otra, una escena inesplicable, que escite la curiosidad y avive el deseo. Algunos novelistas llaman á estas segundas láminas el *anzuelo*. Es verdad: ellas han pescado la mayoría de los suscritores, que deseando saber quién era el recien nacido que un sereno encuentra junto al arroyo, al mismo tiempo que un perro se disponia á comérsele crudo (al niño, no al sereno); ó que contenia el arca que un hombre encubierto desenterraba del monte A..., en una fria y lluviosa noche del mes de diciembre; ó en fin, porque una mujer vestida con elegancia, abria la puerta de cierta casa de préstamos, al mismo tiempo que el paseante número uno, esclamaba sorprendido: «¡Cielos, la condesa!» escribieron su nombre en la papeleta de que arriba dejamos hecho mérito, decididos á descubrir el misterio trascendental que estas escenas al agua fuerte encierran.

La novela puede empezar á cualquier hora del dia y en todos los meses del año, en bueno ó mal tiempo, con pocos ó muchos personajes, en un baile ó en la Carrera de San Jerónimo; pero los novelistas de á cuartillo de real la entrega, tienen tales comienzos por vulgares. Para que la invencion tenga interés, hace falta que empiece en invierno; en diciembre, si es posible; á las doce en punto de la noche si ser puede; lloviendo ó nevando; en medio del campo; en el camino que conduce al pueblo de B..., que á la sazon des-

cansaba de las faenas del dia, ó en una triste y solitaria calle del antiguo Madrid. Con esto ya se tiene asegurada una venta estraordinaria. El éxito es siempre seguro.

Todo el mundo crée que los trabajos literarios, cualquiera que sea su naturaleza no tienen medida, porque son hijos de la inspiracion, y la inspiracion mal se ajusta á límites fijados con un trimestre de antelidad. Las novelas á que nos referimos han demostrado lo contrario. No hay ni una sola en cuyo prospecto no se anuncie que la obra constará de veinticinco cuadernos, y costará 50 reales. El autor podrá ser muy caritativo, pero mientras no se hayan cobrado los 50 reales á los suscritores, el personaje principal no acabará de sufrir tormentos. ¡Cuántas veces los pacientísimos lectores, lloraron la muerte de un varon justo, que dejaba en la miseria numerosa prole, solo porque al autor se le ocurrió matarle, para quitarse *estorbos de en medio!*

Al final de cada cuaderno se procura, y este es el talento mayor de los editores, dejar interrumpida la accion en la parte mas interesante, colocando estas dos desesperantes palabras: «*Se continuará.*» Muchas veces he pensado que en esto de dividir esas novelas por entregas, mas que el deseo de facilitar su adquisicion á todas las fortunas, habia un sentimiento humanitario. Y tengo motivos poderosos para creerlo así. Son esas novelas tan malas, por regla general, que, tomarse toda la obra completa, seria esponerse á una muerte ciertísima. Por eso los editores, convencidos de que el arsénico administrado en pequeñas proporciones, lejos de pro-

ducir la muerte, acostumbra al hombre á este veneno, hasta el punto de lograr que su accion ningun mal le produzca, no han vacilado en creer que con las novelas de á cuartillo de real la entrega sucederia lo propio, y las suministran en homeopáticas dósis.

El pensamiento de todas las novelas de este género, ya se sabe cuál es. Los autores se proponen siempre, que la virtud se vea muy perseguida por el vicio; que la persecucion sea tan encarnizada, que haya durante el curso de los sucesos que se relatan, algunos momentos en que parezca que va á ser vencida la virtud y el vicio consagrado; y que á última hora el horizonte se aclare para los que fueron buenos. Con esto, segun los autores á que aludimos, se consigue ilustrar al público, y defender á la moral en esta época en que van quedándole muy pocos amigos y aun menos abogados. Porque todas las opiniones son respetables, respetamos ésta. La nuestra es que queda las mas veces la virtud tan mal parada, que si no fuera porque el novelista dice que triunfa, cualquiera la incluiria en el martirologio.

En la manera de conseguir su propósito son los novelistas de á cuartillo de real la entrega, muy poco reparones; así es que nada tiene de estraño que, como el tallista del cuento, quieran hacer un Cristo, y les resulte una cuchara. Pintan todas las escenas amorosas con una naturalidad, que mejor deberia llamarse desnudez, y de la cual es seguro que estará la moral bastante quejosa. Se cuentan en esas novelas los muertos por cuadernos; en muchas por entregas; en al-

de real la entrega que merecen leerse, y á ese género van unidos los nombres de algunos distinguidos literatos; pero son tan pocas que por eso su recuerdo es mas grato.

El sufrágio universal de ellas daria triunfo estraordinario á las novelas malas y la suerte de los tales libros no ha sido muy duradera, aunque menos merecia serlo.

La buena novela ha triunfado entre nosotros. Alarcon ha sido el profeta de ella; Valera el San Juan Evangelista; Galdós el Jesús, que dice con Rosario Polentinos al corazon: «Ama,» y con Gloria á la razon: «Rebélate, rebélate, tu inteligencia es superior. Levántate, alza la frente; limpia tus ojos de ese polvo que los cubre, y mira cara á cara el sol de la verdad.»

La empresa de los nuevos redentores es grande y magnífica. Su milagro es parecido al de Lázaro. Jesús dijo á Lázaro: «Despierta y anda.» Ellos, hiriendo la fantasía de nuestro pueblo con su estilo primoroso, lleno de imágenes y bellezas, deben remover la conciencia nacional, penetrar en el fondo de nuestras costumbres olvidadas y en el de otras muchas, cuya vida pasa silenciosa, y decir á la novela española:

«Despierta y anda, que lleno de flores encontrarás tu camino, y eso que es el camino árido y seco y penoso de la inmortalidad.»

CAFE CANTANTE.

Hay en las mas apartadas calles de Madrid algunos establecimientos, cuya existencia todos nos esplicamos fácilmente, pero cuya clasificacion industrial no es menos dificultosa que la de los infusorios. Mezcla de café y de taberna, estos establecimientos son una transicion entre los frescos de las salas de Fornos y las telarañas de las tabernas donde al vino se le llama horchata de chufas. Pero si no son elegantes son amables. Deseosos de que el público los favorezca, han quitado á la escena unas bambalinas y unos bastidores en mal uso, y no se contentan con menos que tener por anzuelo de la parroquia, inauditas representaciones dramáticas. Los concurrentes á tales sitios de solaz y recreo, encuentran todas las noches en ellos un centro de reunion, música, baile, fiesta teatral, una taza de café con leche, agua, azúcar y gotitas de ron, por el corto interés de real y medio, salva la propina con que se quiera seducir la actividad y el cariño del mozo.

Con apuntar las variadas diversiones de que

en esos cafés se disfruta, y con dejar dicho el mezquino precio que se exige al público á cambio de tantos espectáculos, escusado es añadir que éstos han de ser muy malos. ¡No habian de contratarse artistas de primer órden, ni cantantes de reconocida fama, ni actores célebres, ni bailarinas de las que dan envidia á la misma Terpsícore! Por eso los parroquianos, que comprenden la escesiva amabilidad del dueño del establecimiento, no se incomodan si el piano desafina, ni si los cantantes dan gallos, ni si los cómicos declamam en tono trágico comedias de costumbres, ni si las bailarinas se dislocan. En cambio se quejan del café, ¡es tan malo! ¡dan tan corta cantidad de azúcar! que los gaznates mas despreocupados se sublevan contra el negro líquido, nunca con mas propiedad llamado veneno, y sienten un intensísimo disguto, cuando vencidos por la sed dejan traspasar sus fronteras al falsificado Moka.

Verdad es que los parroquianos deben consolarse sabiendo que lo único bueno que allí hay es el café. Si se pide una copa de aguardiente, traen petróleo; si ron, un líquido rojo que no seria capaz de analizar el mismo Lavoissier, de no ponerse en connivencia con un mozo de café; si helados, un capiruchete de nieve, que así sabe á mantecado ó fresa, como á Champagne; en fin, que malo y todo hay que contentarse con el café ó renunciar á lo demás que en estos establecimientos se espende. Pero ¿quién se fija en el servicio?—De que no se fija nadie, pueden dar buena cuenta los mozos que sirven agua en vez de leche, sin que nadie lo note, ó

al menos sin que nadie se dé por aludido. Allí todo se sacrifica al arte.

El dueño del café es un *artista* que por nada del mundo abandonaria, el mostrador desde donde su mirada se pasea triunfante cuando ve á la concurrencia que tan satisfectorio resultado le promete, y conmovida cuando se fija en el pequeño teatro, que es el iman á cuyo poder magnético no resiste ningun bolsillo que tenga doce cuartos.

El dueño del café, hace ya mucho tiempo, viendo que nadie concurria á su establecimiento y por consiguiente muy próxima su ruina, pensaba introducir una reforma completa en el modo de ser del que hasta entonces habia sido solamente café, y soñaba con llegar á café cantante. Cedió á las instancias de algunos cómicos sin ajuste, que todos los dias le asediaban para que favoreciese el arte. Comprendió que en esta época, en que tanto puede la competencia, sus intereses exigian un sacrificio, y el sacrificio fue hecho. A los pocos dias levantábase en uno de los ángulos del café un raquítico escenario; se aumentaron las mesas, se adornó el local, y éste se convirtió en una *enciclopedia artística*, donde el canto, el drama, el baile y la música tenian, si no una cumplida representacion, por lo menos representacion sobrada, muy suficiente para enternecer y desarrollar los sentimientos artísticos de los parroquianos.

Porque no vaya á creerse que allí no se hace todo por el arte y para el arte. Verdad que el teatro es muy pequeño; cierto que apenas si en el escenario caben de pie mas de tres personas;

cierto tambien que el vestuario y las decoraciones son muy malas, pero en cambio los cómicos son peores y todo queda remediado.

Estos cómicos de café cantante, no se sabe si aprendieron en la escuela de la miseria los secretos del arte dramático, ó si nacieron ya cómicos. No lo decimos porque interpreten bien sus papeles, sino porque al decir de ellos, ni Melpómene, ni Talma, ni Maiquez pueden compararseles. Tienen la desgracia de *no haber caido de pie* (son sus palabras); pero tienen fé en el porvenir y en su talento, y nada les arredra (esto último es verdad).

¡Quién dijo miedo!

Ellos lo mismo representan un drama francés del género *fuerte*, que un sainete de don Ramon de la Cruz; una tragedia de Tamayo, que una comedia de Ayala.

Para ellos no hay en el arte escénico dificultades que no puedan superarse; así es que no se andan con chiquitas.

Una noche representan el drama en diez actos *Pedro el Negro* ó los *Bandidos de la Lorena*. Un amigo mio que asistió me contaba despues que los mozos del café se desmayaron y que al dueño se le cayó el gorro que cubria su cabeza, desierta así de ideas como de pelos. Otras veces anuncian los dramas de Echegaray. Otras comedias como el *Tejado de vidrio* y el *Tanto por ciento*. El repertorio de estos cómicos es todo el teatro del mundo. Que diga el dueño del café ó cualquiera de los parroquianos, convendria poner tal drama en escena, y al otro dia se representa aquel drama, aunque el apuntador se

muera ronco y el telon se caiga de vergüenza.

¡Qué trages, qué maneras y qué modo de declamar! Aquello es el absurdo de los absurdos, lo malo llevado al infinito. En las escenas finales de los dramas, que generalmente suelen terminar con alguna muerte, el actor no encuentra espacio para caer, y suele por lo comun tropezar en alguno de los bastidores, sublevando risas del público en una escena hecha por el autor para arrancar lágrimas. Las decoraciones son siempre las mismas. En los salones lujosamente amueblados, segun prescribe la obra que se presenta, suele no haber ni una sola silla. Los reyes se visten peor que los mozos de café, y los demas actores llevan unos vestidos que denuncian la percalina de lustre á treinta leguas.

Pero el público se divierte. Acostumbrado á no ver nada más que esos espectáculos grasientos, llega á creer que es bueno lo que presencia y aplaude muchas veces. El que habla más fuerte es el mejor actor. Por eso allí no se declama, se grita.

Y eso merecian los actores que los gritasen.

Mucho significan en los cafés las funciones teatrales, pero no tienen menos importancia el canto y el baile.

En muchos cafés hay *cantarina*. Una mujer jóven casi siempre, que por el dia cose y por la noche con un vestido de percal almidonado y flamante, el pelo convertido en un laberinto y rizos y sortijas, y un tiesto de rosas en el pelo, tal es la abundancia que lleva; hace competencia á la Nilsson y á la Luca cantando habaneras, malagueñas, jota aragonesa, zarzuelas, y todo lo

que á los parroquiános que la hacen la córte se les ocurre pedir.

Este espectáculo en otras épocas, tuvo mucha importancia, pero hoy está eclipsado. En cambio, el que parecia que pasó para no volver, y hoy sin embargo, tiene mas importancia que nunca, es el género que se llama *flamenco*, baile y cante andaluz.

¡Esto si que arrebata al público! Alguien habrá que no entienda la belleza de las situaciones dramáticas concebidas por Lope de Vega ó la armónica sonoridad de los versos de Calderon, y esto es natural, si los intérpretes son cómicos de café. ¿Pero quién en este país no se entusiasma con los acordes de una guitarra, á las que los espertos dedos de un consumado tocador arranca las inspiradas y sentidas notas de unas malagueñas? ¿Quién no se sentirá arrebatado por el baile andaluz, aéreo, espiritual y material á la vez, donde cada movimiento es una promesa de felicidad, un abismo de belleza que se descubre para quedar cerrado inmediatamente burlando el deseo, dejando en nuestra imaginacion el ardiente recuerdo de un instante de dicha? ¿Quién no ve en el canto andaluz una série sublime de inspirados acentos que brotan del fondo del alma para espresar todas las penas y todos los deseos?

Por eso las mesas de los cafés cantantes donde hay *cante* andaluz, se llenan completamente desde las primeras horas de la noche, de un público que no las abandona hasta que el espectáculo termina; por eso á las puertas de esos establecimientos se vé siempre gran concurrencia que tumultuosamente se agolpa atraida por el peculiar

sonido de las castañuelas; por eso hoy como ayer y como siempre, ese género será la vida de los cafés cantantes.

Bien se comprende que ese espectáculo casi está reñido con el órden. Así no es estraño que de cuando en cuando algun concurrente que entró solo en el café, salga acompañado de una borrachera ó promueva antes de salir de aquel templo del *arte* un escándalo de deplorables consecuencias.

Pero el espíritu de la época camina al progreso, y esos escándalos desaparecerán. Sí, desaparecerán.... cuando se ponga una pareja de agentes de órden público en cada mesa.

EL ALMANAQUE.

Quédese la gloria de su descubrimiento á Numa ó á Confucio. Allá Tolomeo y Julio César disputen sobre cuál de los dos ejerció mayor influjo en la formacion de ese libro eterno, que el hombre empezó leyendo en el cielo y ha concluido por llevar guardado en la cartera; no riñamos por si es mejor el Zaragozano ó el que plugo al nuevo Copérnico que rigiese en las provincias de Castilla la Nueva; prescindamos de las lamentables equivocaciones en que con harta frecuencia incurre, y confesemos, en gracia á los merecimientos que le adornan, que nada tan necesario, ni tan barato, ni tan útil como un almanaque.

Conviene advertir, para que no se crean interesados nuestros elogios, que no cobramos subvencion por cantar las glorias del almanaque. Sobrados cantores tiene en todas las esquinas de Madrid, ejército de Cupidos, no por lo bellos, sino por lo de los ojos, que vocean hasta desgañitarse el que ellos llaman *género*, para darse tono de comerciantes.

El almanaque es el libro mas popular de España.

Se venden millones de ejemplares.

Su propaganda está en su baratura.

¡Dos cuartos!

Decidme en qué podeis emplear dos cuartos, no siendo en una limosna, que mejor empleados estén.

Habeis favorecido una empresa y socorrido á un genio que se ocupa tan solo en mirar á las estrellas, cuando á cada momento les ve cualquier hijo de transeunte (que no siempre ha de ser de vecino); habeis aumentado la fortuna de un comerciante en crisálida; y adquirido una obra que os puede ser provechosísima, si sabeis leer.

¡Pensar que por estorbarles lo negro, como en vulgar metáfora se dice, no pudieron muchos de nuestros antepasados apreciar las ventajas del almanaque, y que estuvieron espuestos á no saber que Nóche-buena se celebraba en el mes de diciembre y en el de mayo San Isidro, es cosa de desesperarse!

Tambien la literatura se desespera por la ofensa grave que la infieren algunos almanaques que, mas orgullosos que el resto de sus compañeros, ostentan la chillona cubierta, trage con que se ven espuestos en los escaparates de las principales librerías. Son esos libros una enciclopedia en forma de almanaque. El contenido de ellos inverosímil. Un verdadero *pandemonium*.

Poesías á las niñas casaderas y á tres estrellitas, y á puntos suspensivos, y á todos los signos

ortográficos, que estarán orgullosos de tantas ofrendas literarias como se les dedican, aunque sorprendidos de que se atrevan á rendirles culto los que mas desconocen sus virtudes y servicios. Elogios de algun periodista que ha sido estudiante y que no sabiendo cómo acallar el grito de la conciencia que le acusa de haber burlado muchas veces á las dueñas de las casas en que se hospedó, quiere restituir de algun modo pagando, sino en dinero, en décimas ó seguidillas en que se inmortalicen las virtudes de esas reinas de fregadero á quienes llama el vulgo patronas.

Juicios proféticos del año en que se dejan atrás el juicio de mentor y se asemejan al de un loco.

Artículos de costumbres que hablan de la luna y de la caza de los tigres. Efemérides, charadas, rompecabezas y hasta saltos de caballo, que con paciencia puede dar cualquier marido casero.

Luciendo tantos adornos, no es estraño que algunos almanaques sean pretenciosos. Su pretension está en el título. Hay almanaques que se llaman del Vendabal, y no levantan un pelo de aire; almanaques proféticos que anuncian fuertes calores para julio y terribles nevadas para enero; almanaques de los chistes que no tienen maldita la gracia; almanaques de las barbaridades que no mienten, y almanaques del dios Baco, del dios momo, del dios memo y de todos los dioses del celeste olimpo.

Aunque parezca cosa del diablo el arte de formar almanaques, nada hay tan fácil: se con-

feccionan por patron como los periódicos ministeriales. ¿Lo dudan ustedes? Pues hé aquí el modelo de un calendario que puede dar quince y falta al infalible Zaragozano.

Primavera y verano.—Buen tiempo por regla general. Fuertes calores. Densos nubarrones oscurecerá á veces el horizonte. Tempestades, á veces sí y á veces no.

Otoño é invierno.—Los árboles pierden la hoja. El frio obliga á encender brasero á todos los que tienen sobre que caerse muertos. Algunos dias sale el sol. Otros se enfada y se tapa la cara para que no se lo conozcamos.

Luna.—A todos los cesantes les parece un duro. Los capitalistas y comerciantes la envidian porque sabe hacer cuartos. Los toreros la odian porque suele quedarse en la mitad.

Fiestas movibles.—Para todos los ciudadanos el dia que se mudan de casa. Para los literatos que viven del *sablazo* (frase técnica) el diaque se mudan de camisa.

Eclipse total.—Para los maestros de escuela.

Eclipse parcial.—Para los autores silbados, para los jugadores que están de malas, y para los que van cuesta abajo por esta vida á que llaman camino, sin duda por lo que abundan los salteadores.

Ferias y mercados.—Venta permanente de opiniones y amistades en toda España.

Consejos á los agricultores.—Que es una lástima no tenga el año dos cosechas.

A los marinos.—Que aprendan á nadar bien, y sobre todo que estén en tierra todo el año si no quieren ahogarse.

De aquí deduzco que la importancia del almanaque no está en sus vaticinios astronómicos, y es verdad. Hoy le hacen necesario las curiosas noticias que contiene.

Si vais de viaje, es vuestro manual y consejero; él os dirá el nombre de las estaciones que recorreis, las fondas en que van á esplotaros, el precio del billete, y la hora de llegada al ansiado término del viaje; esto último, si las borracheras de los maquinistas lo permiten. Si sois empleados, os señalará cuando es el santo del jefe para ahorraros ir á la oficina. Si glotones, y haceis de la gastronomía una religion, anunciando los dias de vigilia, servirá para avivar el hambre.

Pero si en Madrid fue siempre el almanaque útil á todo el mundo, desde que se establecieron las nuevas señales para el anuncio de incendios, es una verdadera necesidad.

Porque por los almanaques puede tenerse noticia exacta del lugar de los incendios, y á los madrileños no nos gusta oir campanas y no saber dónde.

EL SUSPIRO. BAILE.

No puede negarse que Terpsícore es una diosa que lo entiende, y que en lo de ganar prosélitos nada tiene que envidiar ni á Baco ni á Vénus, ni á Mercurio, ni á otras influencias de la córte olímpica. Verdad es que ella se desvive por mostrarse amable y complaciente con todo el mundo, y que no se cuida de otra cosa que de aumentar los atractivos de la diversion que patrocina; pero así y todo, preciso es convenir que tiene adoradores fervientes y fanáticos partidarios, que lo mismo la rinden culto en la empedrada calle que en un salon magníficamente decorado; al compas de una preciosa pieza musical con brillantez ejecutada que al de las notas desacordes de una murga infame; con toda la compostura del baile que solo tiene por objeto hacer que las mujeres hermosas luzcan su belleza y su elegancia, ó con tanta rapidez, que las parejas cuando se forman pueden hacerse cuenta que toman billete para un viaje por la electricidad al son de la música, que siempre se sabe donde em-

pieza y nunca puede ni aun presumirse donde concluye.

Mas no continuemos en nuestros elogios á la diosa del baile. Terpsícore se ha pervertido. Antes era juiciosa y reposada y apenas si se permitia deslizarse mas que los domingos y fiestas de guardar. Hoy es distinto. No da tregua ni reposo á sus deseos de dominio universal, y no hay fiesta ni diversion en que no ocupe la primera línea. De un regocijo familiar que era, ha creido ganar importancia convirtiéndose en espectáculo.

Tal vez para este cambio hayan influido las imprudencias de sus enemigos. Dijeron que Terpsícore patrocinaba una ridiculez, y la diosa ofendida hizo esfuerzos supremos para demostrar que el baile era un arte. Se la quiso culpar de egoista y abrió cien locales ofrecidos al público, donde desterrándose el amanerado rigodon se acogieron con entusiasmo esas galops con sus puntitas de can-can que los pies dibujan á rápidos brochazos, y arrancan aplausos de admiracion á los alumnos de Capellanes. Enloqueció con la popularidad. Quiso que se la llamase incansable, y de la noche á la mañana anunció su incomprensible trasformacion por todas las esquinas, y en rojos carteles cuyos gruesos y negros caractéres decian: «*El Suspiro*, baile de tres de la tarde á seis de la madrugada.»

La moralidad hizo cruda guerra á *El Suspiro*, pero las piernas pudieron mas que la moral. Cuando la inteligencia ó la razon decian ¡atrás!, las piernas decian ¡adelante!, y no hubo remedio. El triunfo de los bailes públicos fue completo.

Que la juventud se pervierte; que las buenas

costumbres rechazan ese espectáculo desvergonzado y escandaloso; que la sociedad sensata llora tantas escenas de impureza como allí tienen lugar; que esos bailes son orígen de muchas desgracias, y aun de muchos crímenes; ¡qué importa! Lo que se necesita es bailar; y la baratura con que puede lograrse en *El Suspiro*, todo lo disculpa. ¡Por una peseta un billete de *caballero* y dos de *señora*! ¿Quién resiste á ese seductor anuncio? Es irresistible. Porque el mundo es una jaula de locos, y los locos solo se entretienen saltando.

El Suspiro en un dia de fiesta es como un tren de recreo con wagones de primera, de segunda y de tercera clase; pero todos malos. La concurrencia de tres á seis de la tarde ocupa los primeros; la que asiste de nueve á doce de la noche los segundos, y la que baila desde esa hora hasta la madrugada, los últimos.

La primera clase de los abonados á *El Suspiro* la forman algunos estudiantes que empiezan á correrla ó á bailarla; algunas doncellas de oficio que acuden á la cita de su novio, ó que van allí con el unico propósico de encontrar su media naranja ingerta en pillo; algunos militares graduados de sargentos, y es mucho pedir; algunos tenorios de quince años que se desbocan, y algunas maritornes zafias que quieren por una tarde apreciar la diferencia que va entre *echar cuatro* en la Vírgen del Puerto y bailar *agarrado* con un soldadote de ingenieros en un salon de lujo, como ellas le llaman.

Con esa concurrencia, *El Suspiro* casi, casi podria parecer un baile público decente, si de-

cencia y baile público no fueran dos cosas que se tiran de los pelos la mayor parte de las veces. No hay ninguna escena de que la moral de manga ancha tenga que apartar la vista avergonzada. Las concurrentas quieren darse importancia de señoras de alto tono, y los concurrentes, lejos de tomarlo á mal, se fingen diplomáticos, y se disputan las pruebas de galantería.

Se habla con tanto amaneramiento que, salvas algunas *diferiencias* y algunos *Bilbados* que se escapan en la conversacion como *gallos* del buen decir, cualquiera tomaria aquel por un lenguaje académico. Hombres y mujeres agotan el repertorio de las frases amorosas que leyeron en las novelas cursis. Ellos enamoran con la misma irresistible seduccion que el vizconde de A; y ellas se dejan enamorar de la misma displicente manera que la marquesa de B. La ilusion seria completa si al empezar la orquesta á preludiar el primer vals, y cuando Abelardo quiere estrechar con su membrudo brazo el nada esbelto talle de Eloisa, no le dijera ésta casi siempre:

—Caballero, haga usted el favor de ponerse un pañuelo en la mano derecha, porque si no me va usted á manchar el vestido.

Esta súplica suele ser la causa del rompimiento de muhas relaciones con feliz éxito comenzadas: Abelardo se muestra ofendido, y con razon. ¡Horror! Le tratan como á un carbonero.

No se enfadaria por esas pequeñeces el público que frecuenta *El Suspiro* desde las nueve de la noche á las seis de la madrugada, y el cual se compone, como hemos dicho, de dos clases,

entre las que hay tantas afinidades, que bien pudieran pasar por una misma, si solo de los hombres se tratara.

Lós hombres, escepcion de algunos intrusos de última hora, son siempre los mismos. Las mujeres son las que varian. Variedad que si en la esencia no es muy notable, en la forma es sobradamente pública y manifiesta.

Con esos concurrentes *El Suspiro* realiza ganancia segura para sus empresarios, y hace activa propaganda en favor del Saladero. Si *El Suspiro* no se ruboriza presenciando las escenas que en él tienen lugar, es porque hace mucho tiempo que perdió la vergüenza. Sin embargo, para evitar que le digan que se prostituye, quiere ocultar su rebajamiento anunciando en los carteles en que se pregona, que no permitirá ser visitado mas que por los que vayan vestidos con cierta decencia relativa.

¡Precaucion inútil! ¡aparatosa ostentacion de una moralidad de que *El Suspiro* carece! ¿A qué ofenderse porque sus parroquianos entren en él como han de salir? *El Suspiro* de ese modo ha logrado su descrédito, porque prueba que él, y solo él, es quien trastorna todas las inteligencias y *desordena* todos los trages.

El Suspiro en las altas horas de la noche recuerda las romanas saturnales, y su público á las asquerosas y obscénas vacantes. Allí se baila *chulo*; se habla en insultos y se enamora en groseras frases. Despues de la galantería inculta está la bofetada. Despues de la bofetada la navaja. Allá en lontonanza, como negro y sombrío horizonte, la súcia cama de un hospital, ó tal vez la

ominosa cadena de un presidio. . . . .
. . . .

El Suspiro en Carnaval suele, regocijado, admitir máscaras en su recinto.

Como medida de buen órden prohibe que esas máscaras lleven espuelas.

Mas le valiera ordenar que llavaran freno.

UN BENEFICIO.

Era mas que un escenario un jardin. Al final de la comedia de Tirso, el telon cayó mas veces que en un melodrama francés de los que en punto á cuadros pueden competir con el Museo de Pinturas y otras tantas volvia á alzarse con la rapidez con que varian las vistas de uno de esos *tutili mundi*, por cuyos redondos cristales ven los niños pasar en formacion correcta, el mar, el monte Avanto, el Vesubio, un regimiento de artillería y el último crímen famoso.

Pero nosotros veíamos siempre lo mismo. La decoracion del tercer acto de *El Vergonzoso en Palacio*, la escena sembrada de flores y en medio de ella á la Mendoza Tenorio, elegantísimamente ataviada, sujeto el cabello negro como la endrina con una diadema, cargada de coronas, llenos los ojos y el alma de alegría, emocionada por el triunfo. La ovacion que obtuvo fue grande, estraordinaria, ruidosa. Hacia pensar en el problema del movimiento contínuo resuelto por los aplausos. Al oirlos, los retratos de Calderon

y Lope, de Moreto y Rojas, de Alarcon y Tirso parecian sonreir gozosos. Por desdicha, el pintor retratando de ellos solo el rostro, los dejó sin brazos; si no, tambien aplauden.

Al fin las candilejas moderaron su luz y el público dió tregua á su entusiasmo. Tregua cortísima. A los pocos momentos los espectadores volvian á pedir, aplaudiendo, que la representacion continuase. Pero no por impaciencia, sino por temor. Temian que el espectáculo no pudiese concluir, porque el telon, de tanto subir y bajar, se hubiese roto.

*
* *

No era esto. Si el tiempo que medió entre *El Vergonzoso en Palacio* y *La Casa de Campo* fue mucho para el público, pareció á los amigos de la Mendoza Tenorio un minuto. Y eran tanto mas acreedores á la tolerancia, cuanto que habian sido muy prudentes y ademas generosos con el público, contentándose con mandar á la escena solo algunas coronas que los empleados del teatro iban depositando en manos de la beneficiada poco á poco. Si le mandan al escenario todos los regalos que la hicieron, á estas horas estamos viendo todavía la procesion de objetos artísticos que por el pasillo central de las butacas anduvo breve rato.

Tan difícil era llegar al cuarto de la Mendoza Tenorio á través de aquel laberinto de estrechos pasillos que empieza en el salon de autores, como lograr la dicha. Autores dramáticos de reconocido talento, escritores notables, amigos y en-

tusiastas admiradores de la Tenorio, acudian á felicitarla por su triunfo y el camino estaba intransitable.

En la escena todas las miradas habian sido para la inspirada artista; allí, en su casa de actriz, tenia que repartirlas con los regalos que la habian hecho.

No es posible formar una idea de cuantos eran estos, ni tampoco describir el aspecto que aquel reducido espacio, con gusto amueblado, presentaba. Echegaray, mirando las flores, dijo que aquello era un altar; otros aseguraban que la tienda de Bach, se habia trasladado allí, y no faltó quien creyera que ni en la lotería franco-española se rifan tantos objetos de arte como los que gratis pudimos admirar. Era un escaparate de preciosidodes.

Juegos de tocador con frascos para esencias; abanicos de seda, de concha y de vitela para cien veranos; pulseras, sortijas, cuadros, floreros, platos artísticos, tarjeteros, las tarjetas de los hombres que en Madrid no las necesitan porque su popularidad las hace inútiles y hasta un Dante, un Moliere y un Shasckepeare encuadernados en tafilete.

Si la Mendoza Tenorio quiere que su beneficio sea mas lucrativo de lo que ha sido, y eso que el teatro estaba lleno, puede fácilmente lograrlo.

Alquile un local á propósito; esponga en él los regalos que la hicieron; venda las papeletas de entrada á cuatro reales y gana un capital.

*
* *

En estos dias nada prósperos que corren para el arte escénico, la Mendoza Tenorio se ha perfeccionado y engrandecido de tal modo, que ha llegado á ejercer con justicia dominio indisputable sobre el público. No vamos á hacer su biografía. La de Mendoza Tenorio es conocida de todos. Fue actriz cediendo á vocacion irresistible; subió con paso firme la penosa pendiente del arte, que si algnua vez lleva á la gloria, suele acabar mas comunmente en el olvido; el talento y el estudio conquistáronla reputacion envidiable y hoy, persiguiendo afanosa aquella naturalidad que es ideal del arte, dando con su instinto dramático animacion y vida á muchos personajes de las obras nuevas que interpreta, espresando con verdad admirable los sentimientos distintos, que en el corazon humano riñen cruel batalla; es la artista mas querida de nuestro público.

La primera vez que pisó las tablas fue en Cádiz. Su madre Rosa Tenorio figuraba como dama jóven, en la compañía de Joaquin Arjona. Para beneficio de éste, púsose en escena *Hija y Madre*, de Tamayo, y á ruego del beneficiado, Elisa tomó parte en la representacion, logrando entusiastas aplausos. Tambien á ruego de sus amigos hizo despues en Novedades el papel de dama jóven en la comedia *Consolar al triste*. Al fin se contrató en la compañía que, dirigida por el señor Vico, actuó en el teatro de Lope de Rueda, y de entonces empiezan sus triunfos.

Los que en la actual temporada ha logrado son tan grandes como merecidos. En *La Mariposa*, mostrándose como una niña desgraciada, nueva

Marianela, fea de cuerpo, pero de alma hermosa, supo dar vida y encanto al personaje que interpretaba y nos hizo llorar sus hondas desventuras y creer que la mariposa de la felicidad está sin alas en el cielo; en *El Trovador*, sorprendiéndonos con su acento que sabe remedar los tonos mas dulces y vibrantes del amor, produjo en el público emocion estraña, que contribuyó no poco á aquella ovacion entusiasta, á aquel incesante clamoreo con que la resurreccion de Garcia Gutierrez fue recibida; en *Los Amantes de Teruel*, su bella y simpática figura, sus apasionadas actitudes, los ecos penetrantes de su alma rendida de amores, la riqueza de detalles que un estudio detenido y minucioso supo encontrar en el tipo de Isabel de Segura, y la verdad con que logró aparecer en todas las situaciones del drama nos hablaban de una perfeccion rarísima en nuestro teatro; en *Don Alvaro*, enamorada y arrepentida, temerosa de la venganza de sus hermanos, y aun mas del castigo de Dios, pidiendo perdon para sus culpas al bondadoso fraile que la proporciona seguro asilo, arrodillada al pie de la cruz, abrazada á ella, conmueve é interesa hondamente y ha conseguido grandes aplausos.

Flores... la huerta de Valencia.

*
* *

Para su beneficio, escogió la comedia de Tirso *El Vergonzoso en Palacio*.

Tirso de Molina, que cede en elegancia y amenidad á Moreto, y en originalidad á Lope y

á Calderon en ingenio, para perfeccionar los artificios, escédelos á todos ellos en gracia y aticismo. Su habilidad en preparar las situaciones y en acumular los incidentes, su gracejo y malicia, y sus animados y encantadores diálogos seducen tanto y tanto regocijan, que los defectos de invención y los de verosimilitud, fácilmente se perdonan en él.

En lo que mas feliz estuvo, fue en los enredos de amor y á las de este género pertenece su comedia *El Vergonzoso en Palacio*. Tan admirablemente conocia en esto, que un crítico notable ha dicho de él que no parece sino que el amor mismo habia descubierto á Tirso como al tierno Ovidio, todos los resortes de su ingenio infernal.

Por esto, tal vez, se cree que debian desterrarse sus obras de nuestra escena.

Es una exageracion. *El Vergonzoso en Palacio* es siempre un modelo de virtudes y gracia.

Traido de la mano de la Mendoza Tenorio puede aspirar á la canonizacion.

*
* *

Despues de *El Vergonzoso en Palacio*, *La Casa de Campo*.

La Tenorio se finge loca con manía amoroso fúnebre; canta en francés; habla como una chula; bebe vino, y gasta rewolver, puñal y navaja.

No necesitaba tantas armas para conquistarnos.

*
* *

La oportunidad de representar *El Vergonzoso en Palacio*, puede discutirse.

Lo que no puede discutirse es la oportunidad de terminar la funcion de anoche con un sainete titulado *De madrugada*.

Se representaba al amanecer.

4 Abril 1880.

TIPOS.

EL MUSICO DE LA MURGA.

Por el oscuro y desierto claustro de una iglesia parroquial de Madrid, que alumbra tristemente el débil resplandor de raquítica lámpara donde el aceite y el agua luchan en desigual contienda, avanzan con direccion á la calle grupos confusos de hombres y mujeres que acaban de salir de la sacristía y hablan y rien en el templo como si la oscuridad que reina, fuese motivo bastante para olvidar lo que se debe á la santidad de aquel augusto recinto.

El apagado llanto de un niño cuyo blanquecino trage forma raro contraste con aquellas tinieblas, anuncia que se ha celebrado un bautizo. Ya se recompensó con largueza á los sacristanes y á los monaguillos, verdaderos moscones, aun mas que por la negra sotana, por lo que zumban al oido de los concurrentes en demanda de propina; los chicos vagabundos que graznan como patos gritando *bateo*, *bateo*, entreténiense en recoger las monedas de cobre con que un padrino rumboso regó el suelo para li-

brarse de aquel ejército infantil que con tanto denuedo desafía su generosidad, y la comitiva dirígese procesionalmente á la casa paterna á dar cuenta de como se celebró el primero de los sacramentos.

De lejos, tres ó cuatro hombres, sombras mas bien, si no los denunciase como séres vivientes la abultada carga, siguen al alegre cortejo por calles y plazuelas, hasta llegar á la féliz vivienda.

Aun no han entrado en ella todos los que asistieron á la solemnidad mas grande que se celebra en ese templo sublime llamado familia, cuando los desacordes sonidos de un himno popular ó de una habanera, congregan á un baile gratuito en la via pública á todo el que quiera walsar sobre el empedrado pavimento con la misma facilidad que en un salon de Capellanes, *La Dalia*, *El Rubor ó El Ramillete*.

Aquellos tres ó cuatro hombres han dejado de ser sombras para convertirse en músicos. Muy pronto dejarán de ser músicos y se convertirán en mendigos.

Si les preguntárais si son pordioseros, levantando con orgullo la rugosa cara aun á trueque de enseñárosla, cosa por demás difícil en ellos, os contestarian mostrándoos su instrumento: «Soy un artista.» Si les preguntáseis si son músicos, mirando con dolor al envejecido figle se ruborizarian, sin atreverse á decir que sí, porque son modestos.

Ellos no son músicos, ni mendigos y son las dos cosas.

Son músicos de la murga.

La historia del músico de la murga, es casi siempre la misma. Sirviendo á la pátria, no con el mortífero fusil sino desde las filas de una charanga, donde con los bélicos himnos enardecia el valor de los soldados, pasó los años de su juventud. Se le licenció y fue músico de teatro. Ganaba solo cuatro reales y no todos los dias los tenia seguros. Pero se hizo viejo, su serpenton fue haciéndose viejo como él y aunque entre el serpenton y el hombre no hubo nunca verdadero consorcio artístico, entonces se divorciaron por completo en tal sentido, aunque hubieron de unirse estrechamente para juntos resistir los insultos de la fortuna. Desde aquel dia hasta que el músico se decidió á recorrer las calles con otros individuos de su especie hay un largo periodo. Es el paréntesis de la miseria que todo lo llena.

¡Lástima que los recursos musicales del murguista no alcancen mas que á la deplorable ejecucion de tres ó cuatro piezas, sin otro mérito que el de una antigüedad casi biblica! Si supiera una *marcha fúnebre* seria feliz, porque entonces figuraríase en vida que estaba honrando sus funerales. ¡Pero tiene la desdicha de no poder hacer nada por sí mismo! se lo debe todo á la felicidad ajena. Por eso le vereis solemnizando un bautizo al mismo tiempo que tal vez llora la muerte de un hijo ó de un sér querido, y pregonará la alegría de una boda cuando quizá cruza el desierto de la vida sin tener una familia que le de asilo y consuele sus penas. Esclavo de su miseria, tolera el dominio de la felicidad ajena, pero no la adula. Podeis mandarle que os

divierta con el *desairado* cornetin, pero nunca vereis asomar la sonrisa á sus labios, ni la felicidad retratada en los errantes ojos.

El rostro del músico de la murga es harapiento como su trage. Restos de un gaban que dejó de serlo antes de que el murguista le conociera; pedazos de un paño de mosáico que fueron pantalones; ojos que un tiempo brillaron alegres y hoy están cerrados como si tuvieran bastante con admirar la triste soledad del alma; boca desalquilada de dientes; pelo del que ya no quedan mas que algunos mechones como muestra ó reliquia. El trage, no logró encontrarle mejor la miseria para andar por el mundo. La cara, muda, fria, indiferente, solo puede verse en verano. En invierno la oculta por completo la revuelta bufanda, que sirve para encubrir la falta de camisa.

Algunos músicos de la murga tienen por casa el átrio de la iglesia, que solo abandonan para ejercer su profesion y para ir á la taberna en busca de la invariable y frugal comida. No temen el contacto de la luz, y la luz hace de ellos figuras vulgares. Los verdaderos murguistas son como los murciélagos. Abandonan su guardilla despues que el crepúsculo empieza á declinar y antes que los faroles se atrevan á sustituir la luz del sol. Se unen con sus compañeros y juntos se estacionan en la puerta de la iglesia ó en la esquina mas próxima. Dijérase, al verlos leer á la débil luz de un farol los nombres de los vecinos á quienes hay que felicitar, que eran conspiradores que estaban leyendo á la puerta del templo las listas de proscripcion y esperando

que la campana, pronunciando con su lengua de metal la palabra *¡venganza!* haga la señal de empezar la persecucion y la muerte.

¡Cuán distinto es su oficio!

Ellos aprenden de memoria las muestras de todos los establecimientos que hay en la parroquia para conocer el nombre de sus dueños; preguntan á todas las porteras si ocurre en la vecindad algun suceso estraordinario que merezca música; saben qué tiendas se inauguran y qué carbonero que eligieron concejal quiere serenata; saben aun mas, saben las opiniones políticas del vecindario. Pero no se crea por esto que son polizontes ó chismosos, no. Su profesion les obliga á ello; ¡qué sucederia si en el bautizo del hijo de aquel usurero de la esquina, que aun recuerda con delirio los buenos tiempos del rey Fernando en que era voluntario realista tocasen el himno de Riego, y que si en casa de aquel tabernero federal se atreviesen á tocar el *trágala* á pesar de regir los destinos del país un gobierno moderadote?

¿Mas qué veo? En aquella tienda á cuya puerta la música se habia estacionado, cesó de pronto el ruido de los instrumentos y los curiosos que se prometian un concierto gratis, retíranse desconsolados. Al murguista no le han dado dinero. Uno de los que formaban la comparsa separóse de sus compañeros, ocultó en lo posible el monumental trompon debajo del brazo, se quitó el grasiento sombrero, saludó sin pronunciar una sola palabra, y obtuvo por toda recompensa á su galantería un «estamos de luto» ó «no queremos música» ó «quítense ustedes de en medio.»

Frecuentemente se les despide diciendo que hay enfermo. No parece sino que al murguista se le sitia por hambre. El todo lo comprende menos esa despedida. ¡Cómo ha de comprender que un hombre no quiera oir música por estar enfermo; cuando él por un miserable pedazo de pan tiene que tocarla llevando la muerte en el alma!

Algunas veces, muy pocas por cierto, le dan una peseta ó dos y le dicen que no toque nada. Tampoco de ese modo queda satisfecho. Agradece la limosna, pero su orgullo se subleva y con él sus sentimientos de artista. Entonces da las gracias y estrecha consigo mismo el instrumento como si quisiera hacer de este modo menos terrible la decepcion sufrida. Estraña comunicacion entre un hombre y un pedazo de metal, y sin embargo, la comunicacion existe; diríase al verlos en ejercicio que el instrumento llora las desgracias del músico y el músico llora la ruina de su instrumento.

Pero la noche fue fria y tempestuosa; la caridad oscurecióse como las estrellas; las tiendas se cerraron muy pronto; los que cumplian dias al siguiente no se apercibieron de ello ó no acostumbraban á celebrarlos, y el músico, despues de correr calles y calles regresa triste á su habitacion sin el deseado pedazo de pan para atender á las necesidades del cuerpo, ni el agradecimiento como débil consuelo del alma. Ya no se le vuelve á ver salir de su desvencijado chirivitil hasta el dia siguiente. ¿Qué hará en esas horas? Es un misterio; misterio desconsolador en el que se adivinan los horrores del hambre. Si

en su escursion nocturna no obtiene ninguna ganancia, al siguiente dia no come, porque es viejo y su ancianidad le impide dedicarse á otro trabajo que no sea el de llorar sus penas.

En esos terribles momentos podria decir con Becker, si no fuese anciano:

«Ni sé tampoco en tan terribles horas
En qué pensaba ó qué pasó por mí,
Solo recuerdo que lloré y maldije
Y que en aquella noche envejecí.»

. . . .

El murguista puede tener familia, tal vez hijos que le ayuden en su penosa carga, pero lo general no es esto. Podria tener entonces un consuelo en medio de su desdicha; y aun ese consuelo le está negado muchas veces al pobre. No tiene relaciones sociales de ninguna especie. No tiene mas amigo que su instrumento, del que no se separa nunca.

Ellos se entienden, pero hasta en esa relacion hay algo de egoismo. Es una ruina unida á otra ruina, una miseria unida á otra miseria. Si le dejasen solo al serpenton, se iria al Rastro; si dejasen solo al hombre, le llevarian á San Bernardino. El hombre y el serpenton unidos suben la espinosa pendiente que conduce al Calvario.

LOS MIEDOSOS.

O no conozco el miedo, de lo cual me alegraria mucho, ó juzgo con exageracion la conducta del feliz morador del Paraiso, ó es indudable que nuestro padre Adan fue al mismo tiempo que el primer hombre el primer miedoso del mundo. Querria yo saber cómo esplicaba si no su resistencia á probar la gustosísima manzana con que Eva, seducida antes por la serpiente, logró seducirle. Bien sé que no todos creerán lo mismo, y que no faltará quien á prudencia y solo á prudencia atribuya las dudas y vacilaciones de nuestro padre comun; pero entre la prudencia y el miedo hay gran trecho, y asi debe declararse, por mas que tanto nos hemos acostumbrado á confundir ambas palabras, que para mí tengo que aunque la Academia se enoje acabarán por ser sinóminas.

Hay, sin embargo, una razon poderosa para que esto no suceda, y es que el miedo se ha civilizado, perdiendo su antiguo carácter, y recobrando en cambio todos los vicios de la afeminacion. Ya no es aquel miedo que consistia en huir

de un peligro cierto, lo cual era muy justo, puesto que lo contrario por heroicidad, que no por valor, se tenia. Hoy se llama miedo á las ridículas aprensiones ó á la grotesca cobardía, y anda por esas calles de Dios mas muerto que vivo, queriendo trabar relaciones con todo el mundo, y triste y cariacontecido, porque aunque su propaganda es activa y son muchos sus prosélitos, no está del todo satisfecho.

Esto sirve para demostrar su egoismo. ¿Quién duda que los miedosos abundan en demasía?

El miedo es injusto al quejarse. Las clases de miedosos son innumerables.

Hay quienes á todas horas se ven amenazados por motines, revoluciones, guerras, saqueos y degüellos. La palabra con que gozan maestros de escuela y clases pasivas en sus sueños felices, es la desesperacion de esos miedosos. *Va á haber*. Cuatro sílabas, que les producen el efecto de cuatro tiros. Desde el momento que corren rumores de conspiraciones no sosiegan, ni viven, ni comen, ni gozan un momento de alegría. No hay periódico que no lean para estar mas enterados de lo que sucede. Salen de su casa ansiosos por saber noticias que calmen la incertidumbre que les domina, y al primer amigo que encuentran en la calle le preguntan con voz apagada y actitud misteriosa:

—Amigo don Juan, ¿qué se dice?

—Nada; no sé nada de particular.

—¡Cómo! ¿Pues y esa conspiracion tan terrible de que habla *La Correspondencia*?

—Eso no vale nada. Veinte cartuchos y dos carabinas que se han encontrado en un sótano.

Quién hace caso de esas tonterías. Hoy por hoy el órden está asegurado. ¡Pues no faltaba mas!

—¡Hombre, le envidio á usted por la cachaza! Parece mentira que tomen ustedes á broma cosas tan sérias. Digo...., ¡Ahí es nada!... Veinte cartuchos... y dos carabinas.... y en un sótano... Mire usted, hombre, á mí lo que mas me dá que pensar es lo del sótano. ¡Si ya me lo temia yo! Nada: sin remedio nos achicharran. Volar á Madrid, volar á Madrid; eso es lo que quieren. Y luego que con estos inventos del diablo que en un momento ¡zas! una casa abajo... Para eso sirve el progreso. No, pues lo que es á mí no me cogen... Hoy mismo me marcho de Madrid.

—Pero dónde va usted, hombre de Dios.

—A Valdemoro, á Francia, á Pekin, á cualquier parte donde pueda estar tranquilo. ¡Dios mio, si para sustos no ganamos aquí! Lo que temo es una sorpresa en el camino.

—Créame usted, y no se mueva de Madrid; no sea que por huir de un peligro vaya usted á caer en otro mayor.

—Es verdad. Si no sé lo que me digo. Tiene usted razon: me quedo.

—Pues es claro. ¡A quien se le ocurre por dos carabinas y veinte cartuchos encontrados en un sótano!

—Dos carabinas... veinte cartuchos... y en un sótano.

Adios... Adios... ¡Dios mio, si lograré salir de Madrid antes que la esplosion nos destruya!

. . . .

Otros miedosos ven en todas partes la muerte

que amenaza sorprenderles á cada momento. No piensan mas que en buscar preservativos para las enfermedades, ni leen otro libro que la higiene. Se aprenden de memoria todas las prescripciones médicas, y no hablan mas que de tísis, reumas, tifoideas y cólera morbo. Ven entrar en su casa por cada uno de los balcones ó ventanas abiertos un constipado; en la puerta de los teatros, pulmonías; en un vaso de agua, tercianas; en un paseo largo en dia de calor, congestiones, y en cualquier dolor, por pequeño que sea el anuncio de una segura paralisis en el órgano dolorido. Para ellos todas las enfermedades son contagiosas... Que tuvo el niño sarampion... á blanquear las habitaciones. Que se murió un vecino... á variar inmediatamente de domicilio. Que hay anuncio de cualquiera enfermadad epidémica... pues ya no piensa mas que en el cementerio, y convierte su casa en un laboratorio químico.

Por la mas ligera indisposicion se aterra y cree llegada su última hora. En sintiendo un escalofrio se acuesta, se hace cubrir con media docena de mantas, manda preparar planchas ardiendo para los pies, pide confesion y junta de médicos, y se convence de que no podrá ni aun hacer testamento. Su familia se consterna, llama al médico, y solo cuando éste, despues de muchos trabajos, declara que en el enfermo no encuentra ningun síntoma de gravedad, empieza aquel á convencerse de que Dios no le llama aun á juicio, aunque protestando que debe su curacion á un milagro, á un verdadero milagro.

No faltan miedosos impenitentes que, siguien-

do la moda, permitiéronse un dia el lujo de viajar en ferro-carril, aunque siempre habíanse prometido á sí mismos no montar ni aun en galera, ni abandonar el pueblo que les vió nacer, temiendo morir en tierra estraña. Seducido por los pomposos anuncios de los trenes de recreo, se decidió uno de estos miedosos á ver un puerto de mar, y el de San Sebastian fue el que mereció su preferencia. Allí todas las tardes se paseaba junto al muelle para respirar la saludable brisa, y mas de una vez manifestó deseos de visitar uno de los buques que en el puerto estaban anclados; pero siempre que sus amigos le proponian embarcarse, poníase amarillo, verde, rojo; su rostro retrataba todos los colores del íris, le amenazaba un desmayo y fingia una repentina indisposicion, que si hubiéramos de creerle le impedia bien contra *su deseo* parodiar á Colon, ya que no al capitan Araña.

Pero el miedoso mas característico es el que á todas horas teme verse sorprendido por los ladrones. Las sombras de Jaime el Barbudo Diego Corrientes y Candelas son su pesadilla. Todas las nocbes las ve en sueños como fatídicos y amenazadores fantasmas acercarse á su lecho; despertarle violentamente; pedirle al mismo tiemdo que le amenazan con un afilado puñal, las llaves del arca donde guarda alhajas y dinero; amordazarle y huir despues de que le arrebataron toda su fortuna. Contra las sombras no puede luchar. Sus afanes son infructuosos para ahuyentarlas, y en vano se oculta la cara entre los pliegues de la revuelta sábana, porque el cuadro de horror que su escitada imaginacion le pre-

senta, adquiere mas característicos y terribles detalles.

Antes de acostarse recorre hasta el último rincon de su casa temiendo que en ella se oculte alguna cuadrilla de foragidos que aguardan á las altas horas de la noche para sorprenderle; abre todos los armarios donde puede esconderse un hombre, y hasta los cajones, donde solo cabria un raton; cierra la puerta con cerrojo, dobles cerraduras, barras, gancho y pestillo secreto con timbre de alarma, y debajo de la almohada, y en el cajon de la mesilla de noche y entre los colchones, y en el bolsillo de la bata y dentro de las zapatillas de alfombra guarda pistolas, revolwers, puñales, navajas, machetes, cachorrillos y sables, una coleccion de armas que por lo numerosa y variada podria enriquecer la real armería.

Cuando va al teatro, al regreso, como circula poca gente por las calles, se hace acompañar del sereno ó de la pareja de agentes de órden público, y aun así no va del todo satisfecho, porque su memoria, que para estas cosas es prodigiosa, recuérdale que mas de una vez los ladrones, para realizar sus intentos, se disfrazaron con el trage que á los agentes de la autoridad distingue.

Si lo que pocas veces sucede no encontró á sus cotidianos acompañantes en el sitio de costumbre, anda con la velocidad del miedo y no cesa de rezar á todos los santos de su devocion.

Decidle en uno de esos momentos que dónde está tal ó cual calle y creerá que vais á robarle, preguntadle qué hora tiene y creerá llegada

la última hora para su dinero y para su capa; encended una cerilla cuando él pasa, y como sea de noche, creerá que se trata de un telégrafo de luz para anunciar su paso al que está encargado de arrebatarle la existencia; andad detrás de él largo rato, y le vereis volver repetidas veces la cabeza y miraros con espantados ojos, al mismo tiempo que corre y corre sin direccion fija y sin saber en qué sitio podria meterse que le ofrezca garantías contra vuestra persecucion; decidle que tratan de robarle, y es hombre muerto; decidle que de los miedosos es el reino de los cielos y, aunque no lo confiese, os tendrá por su mejor amigo.

EL MOZO DE CAFE.

En esta confusion á que, al decir de los defensores del oscurantismo, el progreso nos ha traido, es raro encontrar con caractéres propios y perfectamente definidos los tipos que en el Madrid de ayer, eran fotografía exactísima de nuestra organizacion social y de nuestras costumbres y divertimientos. Pero la dificultad del hallazgo aumenta el valor de las cosas mas que el propio mérito de ellas, de tal suerte, que los brillantes tengo para mí que no se aprecian tanto por los fulgores de sus laboradas facetas, cuanto por lo escondidos y escasos; y así juzgo que merecen consideracion y respecto, ya que no gloria, para los que de liberales nos preciamos, los que apegados eternamente á los hábitos que como herencia recibieron, se enorgullecen de ser hoy lo mismo que ayer y no sueñan con variar mañana.

Hoy que no hay verdaderas clases sociales, y la sociedad de ordenado escaparate donde lucian espuestos conforme á su categoría todos los hombres, háse convertido en cajon de sastre, revuelto conjunto de géneros y de colores; hoy que

todo el mundo se afana por disfrazar su condicion y un torero usa levita, y frac un acomodador de teatro, y un escribiente va mejor vestido que un ministro, merece aplauso un tipo que bien pudiera tenerse por clásico: el mozo de café.

Ni los años ni los acontecimientos han pasado por él, ni alterado en nada sus costumbres. El café podrá haber sustituido sus antiguas mesas de súcia madera por otras de blanquísimo mármol, en que los parroquianos jóvenes escriben nombres de mujeres, y los parroquianos viejos dibujan mapas de guerra; las raquíticas lámparas de aceite las habrá desterrado deslumbradora la luz de gas, y el vistoso papel donde aparecian groseramente pintadas todas las glorias guerreras de la pátria ha dejado su puesto en las paredes á los grandes y magníficos espejos que las cubren; pero el mozo es siempre el mismo, y aunque los dueños, envidiosos de su constancia, quieren seducirle y desacreditar su fidelidad, obligándole á lucir la nívea corbata; conviene advertir que la corbata no hace al mozo de café, como el hábito no hace al monge, y que el mozo que no dejará de llamarse así aunque aventaje en años al mismísimo Matusalem, no ha merecido ser culpado de apóstata.

Miradle con su negro trage y sus tradicionales patillas que á dos interrogaciones se parecen entretenido en limpiar la mesa que de él está mas próxima, con el blanco paño que nunca le abandona, ni cesa de hacer viajes de las manos al hombro y del hombro á las manos. Está reflexionando, porque su memoria acaba de recor-

darle que un señorito á quien llama parroquiano se fué la noche anterior sin pagarle por olvido el café que tomó con media tostada de abajo. Problema difícil. ¿Qué hacer? El mozo vacila entre decidirse por la pérdida segura de dos reales, ó por la pérdida probable de una propina diaria de cuatro cuartos. Va á decidir, pero siente fuertes palmadas y todo lo olvida ante aquella voz del deber que le llama, aplaudiéndole. Acaba de entrar un parroquiano.

En el café no se saborea nada con tanto gusto como la conversacion porque es el templo erigido en holocausto á la charlatanería desde antes que don Hermógenes le hiciese teatro de sus distingos, y todos los aprendices de ministros escuela de elocuencia.

Bien lo sabe el mozo, y por eso, mientras el falsificado moka humea, y el parroquiano espera á sus amigos ó el folletin de *La Correspondencia*, sabe entretenerle hablándole del frio, del calor, de los parroquianos que no pagan, de las parroquianas bonitas, de lo que ha ocurrido y de lo que puede ocurrir. El repertorio es inagotable; pero el tema mas frecuentemente usado es la política. En este punto se manifiesta el mozo de café conservador, no de las instituciones, sino de la parroquia, lo cual quiere decir que, como los concurrentes al café no se muerden la lengua, y el mozo no es tonto, aunque los dias festivos lo parece, ha tenido ocasion de saber á qué opinion pertenecen sus favorecedores, y de ella se muestra decidido y enérgico partidario.

Los conocimientos del mozo de café son enci-

clopédicos, pero poco profundos. Lo que sabe lo sabe de oido, como las señoritas de pueblo tocar el piano. Su periódico es el *Diario de Avisos* los mas de los dias, y los lunes *El Tio Conejo*; en pintura recuerda algunos grabados de *La Ilustracion*; y de las piezas de música que en el café se interpretan ordinariamente solo conoce por su nombre el *Ave María*, la *Stella confidente* y la *Mandolinata*, que son los que por encago de las parroquianas sentimentales todas las noches suplica al pianista que ejecute. Aborrece los domingos y los domingueros, sabe mejor que el Padrenuestro la vida y milagros de todos los que le dieron propina tres veces y no de los que no se la dieron, porque esos no quiere verlos ni en pintura; para él amor y media tostada son sinónimos, y ¡cosa rara! los aplausos ruidosos que tanto embriagan á los oradores le incomodan, porque casi siempre le proporcionan una reprimenda de su amo por descuido ó poca actividad.

¡Lástima que el mozo de café no dé mas valor á la patria que al hombre que paga por el café solos doce cuartos y medio! Triste es confesarlo, pero es verdad. El mozo de café no es español; es inglés por naturaleza y gracia.

Por naturaleza, porque prestar á algunos de sus parroquianos, le dá carta de naturaleza entre los *ingleses*; por gracia, porque le hace gracia que le paguen á *la inglesa*.

LOS CURSIS.

Como no soy competente en Historia Natural, ignoro si Linneo y Cuvier y Buffon han clasificado á los cursis, pero si no lo hicieron, culpa suya será haber perdido la ocasion de aumentar la justa fama de que gozan, dando nombre propio á una familia tan generalizada en España y cuyas glorias corren parejas con las de la plata Meneses y los diamantes americanos.

Yo, dicho sea con permiso de nuestra santa, ya que no siempre sábia, madre la Academia, estoy dispuesto á bautizar con el nombre de cursis á todos los que lo soliciten y á los que sin solicitarlo lo merezcan, aunque para ello tenga que incurrir en el enojo de mil bellísimas mujeres, capaces de dar envidia á Venus por lo hermosas, y en el desagrado de otros tàntos galanes ante los que el simpático Apolo sentiríase vencido y humillado, si abandonando la áurea lira y escapándose de la olímpica mansion, le diera un domingo la gana de pasear toda la tarde por Recoletos é irse despues de anochecido al café de Madrid á dar buena cuenta de un vaso de café con media tostada de abajo.

Tengo un motivo para hacerlo asi, y aunque callándome me ahorraria el disgusto de ser considerado como delator, la justicia puede en mí mas que el miedo y he de decir cuál es. Sí. Lo diré aunque tanta franqueza me conquiste mas enemistades que las que tienen los hombres de talento: los cursis son la langosta social del siglo XIX. Tanto abundan que constituyen una verdadera plaga.

Ahora que los congresos se han puesto de moda, creemos que bien merecia esta cuestion honores de ley de presupuestos en un país constitucionalmente regido. Habiendo congresos políticos, postales, mercantiles, filoxéricos, vitícolas y farmacopeos, no seria malo reunir una asamblea que se encargara de señalar las condiciones propias y características de los cursis y nos aconsejase los medios de irlos desterrando poco á poco como desterramos las vinculaciones y los candiles.

Porque da envidia tanta popularidad y tan irresponsable dominio. De la palabra cursi se hace mas uso que del agua de Lozoya cuando no viene á propósito para fabricar santitos de barro. Es, por lo visto, un artículo de crítica enciclopédica en cinco letras, y asi vemos que se aplica á los trages de las mujeres, á las corbatas de los hombres, á los muebles, á los discursos, á las comedias, á los bailes y á los entierros, á las targetas de visita y á las lápidas de los cementerios. Hasta en la Bolsa oimos decir una vez que el consolidado era cursi porque subia poco.

El primer punto que la Asamblea que propo-

nemos habria de discutir si se formase es la definicion de la Academia Española. Desde luego profetizamos que concluiria por considerarla corta de talla, y quien dice de talla dice de alcances aunque la talla es el soldado quien la da y los alcances es el soldado el que los cobra.

Dice *El Diccionario*: «*Cursi*—m. y f. fam. La persona que presume de fina y elegante sin serlo. || adj. Todo aquello que con apariencia de elegancia ó riqueza es ridículo y de mal gusto.» El *Diccionario* ha comprendido la idea pero no ha querido detenerse en esplicarla. De su definicion no es aprovechable mas que el sentido, porque precisamente en la presuncion está lo cursi. El que se vanagloria de algo ó tiene alto concepto de sí mismo ó de sus cosas, puede ó no equivocarse con tal creencia. Si no se equivoca es presumido; si se engaña, cursi. Mas claro; lo cursi recorre á sus anchas, sin tropiezo, por sufragio universal, el centro que separa la extravagancia ridícula de la pretension inmotivada. Se puede ser cursi llevando brillantes y elegante con un vestido de percal. No es cursi el que se ve mal vestido sino el que no va bien y mira desdeñoso los figurines de los escaparates como diciéndoles «aprended de mí.»

Los cursis os salen al paso á todas horas.

¿Será preciso que yo os lo enseñe? No lo creo. Pueden figurar desde luego en el gremio los que realzan siempre el brillo de su lustroso trage negro con una corbata roja de la que podrian muy bien hacerse varias divisas; los que para asistir á un baile de Capellanes se rizan el pelo; los que van á ver una piececita á Eslava de frac y dejan

el gaban en el guarda-ropa; los que veranean en Chamberí, en Torrelodones ó en Carabanchel de Arriba y escriben á sus conocimientos fechando las cartas en Trouville ó en Spa, y los que no cesan de hablar en todo el dia de sus relaciones aristocráticas, del baile de las de Martinez y de los domingos de las de Perez.

Hay cursis, y en mi concepto son los mas ridículos é impenitentes, cuya manía consiste en parodiar los usos y costumbres del que se llama gran mundo, y en suponer que descienden del Cid en línea recta, cuando mas fácil les seria encontrar el tronco de su linajuda familia en Adam, orígen que sobre ser verdadero, tiene como ninguno el mérito de la antigüedad. Estos cursis lo sacrifican todo al placer de ir vestidos con elegancia. Pasean por la Carrera de San Jerónimo de la que son parásitos como ellos creen que debiera pasear un duque. Tienen especial gusto en ser centinelas del escaparate de Lhardy con un palillo en los dientes por fusil, para hacer creer que han comido fuerte. Sacrifican la tranquilidad del estómago al lustre del sombrero, y la nacionalidad española á los tres botones del *chaqué* que los convierte en súbditos de sus *ingleses*. No se cuidan nunca de trabajar ni se les olvida poner en las targetas el aristocrático *de* precediendo al oscuro apellido.

El teatro de sus triunfos son las reuniones de medio pelo que de continuo frecuentan y en las que se reproducen corregidas y aumentadas las interesantes escenas de la *soire* de Cachupin. En estas reuniones se sirve agua caliente por té, bollos de aceite, agua helada para

que el público no se acuerde de los sorbetes, cariñena por champagne, y un suculento *lunch*... de almendras tostadas. Se baila al son de una carraca que en los tiempos de Calomarde tuvo pretensiones de piano. La señora de la casa encarga que los concurrentes se sienten con cuidado para que no la rompan las sillas que por un milagro de equilibrio se tienen de pie, y el dueño no se cuida mas que de abrir la puerta, arreglar la alfombra y quitar luz á los quinqués para evitar la rotura de los tubos. No es raro que en algunos momentos se quede la habitacion á oscuras. ¡Qué lástima! Entonces es cuando podrian verse mejores cosas.

Hablan uno por uno, de todos los gustos, de todos los usos y de todos los trages que dan á una mujer ó á un hombre derecho innegable á que se les conceda patente de cursi, es tan difícil como enumerar á los infusorios. Y mas aún. Han dejado de ser una escepcion para convertirse en regla general y en ese triunfo han perdido los rasgos distintivos que antes hicieron de ellos una familia digna de estudio, con la estravagancia por sistema de vida, la farsa por religion y la ridiculez por patrimonio.

Los cursis, sin embargo, no han cambiado de inclinaciones. Tienen hoy como siempre su teatro y su disfraz.

Su teatro está en la Carrera de San Jerónimo y en Recoletos y en los cafés donde hay músicas.

Su disfraz, es el trage, que muchas veces cubre con prestados adornos la ciencia.

EL SERENO.

El gasto que mas se siente son los cuatro cuartos que el sereno cobra por abrirnos la puerta.
(Todos los estudiantes pobres que se retiran tarde á su casa.)

Si nadie se acuerda de Santa Bárbara mas que cuando truena, y eso que la patrona de los artilleros ocupa un lugar distinguido en la córte celestial y padeció en vida crueles martirios, no es estraño que no me acuerde yo de mi sereno, que al fin y al cabo nada tiene de santo, y procura pasar á tragos sus tormentos, si no cuando se me olvida la llave de la puerta de mi casa, cosa que por desgracia me acontece con escandalosa frecuencia.

Hace muy cerca de diez minutos que ese cancerbero noturno, para quien tiene el vino idéntico poder que el canto de Ulises con el guardian del infierno mitológico, pues le bastan para dormirse algunas copas de Valdepeñas, ha contestado á mis voces con el invariable *¡voy, señoritu!* y aún no distingo la masa informe que su farol deja ver en la oscuridad como una penumbra

amenazadora. ¿Qué menos que dedicar algunos momentos de atencion á aquella *autoridad* que con una modestia digna de mejor suerte se resigna á franquearme el domicilio sin temor al precepto constitucional?

Bien conozco que él mejor querria que le dedicase un real que un recuerdo, pero acostumbro á pagarle por meses para que aquella venta de autoridad sea menos vergonzosa, y porque sé que el dia del mes que destina á la cobranza de sus abonos es el único que ve la luz del sol si no está nublado, y este es un placer que no podrá menos de agradecerme.

Nadie sabe por qué ingeniosos medios pudo llegar á un puesto tan distinguido como desempeña, y él mismo, si le hicieran tal pregunta, difícilmente podria contestarla, porque es hombre de pocas palabras; prueba de ello es, que toda la legislacion de sus funciones se reduce al adagio que dice: «el pan, pan, y el vino, vino,» y no contento con esto, muchas veces quiere limitarla ya tanto, que vino y sólo vino es la única cosa que él comprende y aprecia en sus efectos.

Allá en su pueblo, á donde de cuando en cuando manda algunos ahorros para que su familia los emplee en tierra de labranza, no falta quien murmura si necesitó valérse de algunas intrigas para ser *primera autoridad* en los Madriles; pero de ello no podemos dar fé, porque este asunto, como todo lo que rodea al sereno, es bastante oscuro.

Parece cosa averiguada, sin embargo, que vino de Asturias ó Galicia, andando, para no cansar-

se ni descarrilar, y que á costa de adulaciones y convites logró que un pariente lejano suyo, sereno en propiedad, le designara para sustituirle en ausencias y enfermedades.

La muerte, que no tiene miedo ni á los serenos, se encargó de hacer lo demas, llevándose al tio no sabemos donde, y el sobrino se cargó con el santo y la limosna, ó mejor diríamos, con el farol y el chuzo.

Así, sin mas estudios ni mas aprendizaje, empezó á ejercer sus funciones y á dormirse en todas las puertas de su jurisdiccion, con la misma serenidad que si hubiera sido sereno de toda su vida.

Su farol, en los inolvidables tiempos en que Madrid se alumbraba con aceite, era muchas veces humilde competidor de la luna, y otras su orgulloso sustituto; pero vino el gas, y el farol del sereno hizo en las calles parecido efecto al de una cerilla en un salon iluminado.

El sereno ama la luz, pero ama solo la luz artificial; por eso antes de que el sol se despierte, retírase de las calles prudentemente, avergonzado de su derrota, con algunos tragos de mas, y con alguna fé en las cosas del mundo de menos. Aborrece el sol y adora la oscuridad. El dia le amenaza y le insulta en sus alegrías; la noche le rinde culto, porque le tiene por confidente de sus miserias, y es que el dia con su bullicio y su ruido y su animacion, se aparece al alma escéptica del sereno como un pueblo carnavalesco, ocultando sus deseos y sus sentimientos; y la noche con sus verdades terribles, con sus crímenes y con sus miserias como la realidad abruma-

dora pero franca para quien no hay mentira posible. Centinela avanzado de la sociedad, en esas horas en que el mundo descansa, tiene ocasion de conocer lo que ésta es, y no admite duda que el juicio que de ella forma debe ser terrible. Es cosa corriente que cuando se nos revela un secreto que no tiene importancia, no pongamos gran interes en conservarle, y que le ocultemos y hasta queramos borrarle de nuestra memoria, á ser esto posible, si reviste gran interes y trascendencia. Pues bien, el que la noche confía al sereno debe ser gravísimo. El debiera poner de relieve de dia y á la luz del sol todo lo que en la oscuridad presencia, y de dia, temeroso de que el mundo no pueda perdonarle el haber descubierto sus imposturas, ó despreciado á la sociedad, se duerme. ¡Notable enseñanza! La filosofía del escepticismo tiene su representacion cumplida y verdadera en la conducta de un sereno.

Pero si bien se mira, el sereno lleva en sus manos símbolo exacto de las dos tendencias civilizadoras del mundo. Sus armas son un farol y un chuzo; el elemento civilizador luz, y el destructor representado por un arma prosáica. Y en esos objetos que el sereno lleva unidos, puede leerse: si se miran por delante: «á la luz solo se llega venciendo la violencia.» Mirando el sereno un aviso para pensar bien lo que debe hacerse antes de emplear un último recurso, paciencia, resignacion, parsimonia, cachaza, todos estos preceptos que tan al pie de la letra cumple para desesperacion del vecindario, que le adopta como portero universal.

Sereno, serenooo, serenooo; en tres ó cuatro

distintos puntos de la calle se oyen voces análogas, y el sereno, ¡que si quieres! no da prueba de su existencia. Tal vez haya ocurrido algun trastorno y esté en la prevencion, dicen algunos resignándose á coger una pulmonía ó á hacer centinela de estremo á estremo de la calle. ¿Quién sabe si estará en alguna taberna? dicen los mas versados en estos asuntos, disponiéndose á investigar con su mirada todos los templos de Baco, ansioso de descubrir en alguno de ellos el llavero movible. Pero nada de eso; el sereno está acurrucado en el quicio de la puerta, y el farol sostenido en ella del revés para no denunciar la presencia de su dueño. Al fin se despierta, da tres ó cuatro voces para desperezarse, hace que corre, mueve mucho el chuzo para que los rayos del farol, que forman sobre el oscuro pavimento una rueda de luz que oscila á uno y otro lado sin direccion fija, haga creer á todos los que esperan sus servicios una movilidad estraordinaria, y por último, os abre la puerta despues de tres ó cuatro frases de ordenanza, confiando en que el frio de la noche que os ha hecho tomar ha de ser disculpa para quien como él tiene que soportarle todas las del invierno.

El trage de un sereno no puede definirse. En verano toma todas las formas y variedades imaginables. En invierno se envuelve en un anchuroso capoton, verdadera trinchera contra el frio, y la lluvia que de continuo le amenaza. La cara no se le ve nunca; no parece sino que de propósito procura colocar el farol de modo que proyecte en ella una sombra, temeroso de que indiscreta mirada pudiera adivinar alguno de los

secretos que guarda. Lleva al cinto una canana donde se albergan las llaves de todas las casas de su jurisdiccion. Si fuese posible utilizarlas ¡cuántas escenas que la hipocresía oculta se presentarian en toda su desnudez á nuestros ojos; cuánto misterio descubierto; cuánto crímen fraguándose, cuanta felicidad sorprendida! El mundo, en fin, en un inmenso cuadro de estudio, pintado con los colores de la verdad, se someteria á nuestro análisis, y entonces... entonces, imposible es saber qué sentimiento seria el rey del corazon y el dictador de nuestras acciones.

Aunque yo sufro muchas veces los deplorables efectos de la tardanza de mi sereno, y sé que la mayor parte de ellos tienen por costumbre andar lo mas despacio posible, no he de negar, aunque el símil parezca raro, que tienen en un punto grandísima semejanza con las locomotoras. Lo mismo el sereno que la locomotora se valen para reclamar auxilio en los momentos precisos, y para anunciar la proximidad ó la existencia del peligro, de un silbato. Que dos borrachos se empeñan en no reconocer la auridad del sereno, y les ha dado la borrachera (como vulgarmente se dice) por quitarle el chuzo, aprovechando un momento en que el guardian del barrio soñaba con poder dormir; que un matrimonio civil de media noche quiere divorciarse con escándalo; que se pegan dos; que han robado en una casa, y llegó nuestro hombre á enterarse del lance, casi siempre por casualidad, y siempre despues de haberse escapado los ladrones; pues el silbato del sereno conmueve los aires y avisa al mas próximo de que algo grave

ocurre, éste al otro, y así, como por *electricidad* en los momentos de apuro es muy frecuente ver reunidos dos ó tres serenos en poco mas de tres ó cuatro horas, y me quedo corto, que vienen dispuestos á todo, hasta á volverse á su sitio á dormir, despues de tomar unas copas en agradable compañía para demostrar que si no se beben los vientos, en cambio son capaces de beberse una bodega, y váyase lo uno por lo otro.

En aquella casa de la esquina reclaman con demasiada frecuencia los servicios del sereno. El dueño de ella, pues un solo inquilino la habita, le previno hace algunos dias que pensaba dar reuniones todas las noches, y que para que los convidados no escandalizasen el barrio, convenia separarse de allí lo menos posible. La recompensa no permitia mas respuesta que el silencio y la seguridad del género de reuniones que allí iban á darse.

En efecto, desde aquel dia el sitio donde el sereno descansa, es la puerta señalada.

De tiempo en tiempo llegan algunos caballeros, unos van solos, otros acompañados, como quien no conoce el terreno que pisa y necesita un guia.

El sereno les abre con mucha cortesanía, porque las gratificaciones menudean y no se apercibe de nada, es decir, sí, se apercibe de que aquellas reuniones no deben ser muy agradables, porque la mayoría de los que de allí salen llevan en el rostro señal inequívoca de fiebre y de tristeza.

Aquel señorito que se anuncia por su acompasado taconeo, y que interrumpe el tararear de

una marcha brillante para llamar al sereno, bien claro demuestra que viene del teatro. Nada mas natural para todo el mundo, que un hombre se retire á su casa á las doce; pero el sereno sabe que aquella no es la casa del señorito, porque á las dos vuelve á salir, tiempo que sin duda emplèa en alguna visita que sus muchas ocupaciones le impiden hacer de dia.

En el número 31 de la calle, hay una taberna que cumpliendo las ordenanzas de buen gobierno se cierra á las doce; pero con frecuencia se abre una de las hojas de su puerta para dar entrada ó salida á indivíduos de ambos sexos de no muy buena catadura.

Cuando el sereno *acierta* á pasar por aquel sitio en el momento en que la puerta se abre, el dueño del establecimiento se muestra en estremo obsequioso y agradecido.

El solo sabe á qué obedece aquel miramiento de un tabernero que tiene para él cara de ángel, siendo así que en el barrio le apodan *Cara de perro*.

Aquella casa de mediana apariencia no tiene mas que dos pisos, el portal está cerrado, los balcones no dejan ver ni la mas leve señal de una luz, todo anuncia un silencio que no debe interrumpirse hasta el próximo dia.

Y, sin embargo, el sereno ve todas las noches de doce á una abrirse las maderas del balcon sin que aparezca luz alguna, y que un papel bastante voluminoso cae á la calle.

Sin duda no debe ser para que un trapero le aproveche ó se destina á un trapero poco vulgar, porque un hombre que lleva sombrero de copa

cruza la calle, coge el papel y se aleja precipitadamente, llevándose en él... ¡quién sabe! tal vez la dicha de un ángel.

Absorto en tan raras reflexiones, la noche á que aludo, prévio el auxilio de mi sereno, entré en mi casa y me acosté.

En aquel momento las alegres notas de una popular jota magistralmente ejecutada por una comparsa de guitarristas llegaron á mis oidos. Tal vez, pensé entonces, sea este el único placer de que el sereno disfruta, y casi lo hubiera asegurado á no acordarme de que tenia otro mejor, el que como *canario municipal* podia llamarse compañero de la Nilsson y la Patti, de Tamberlick y Stagno. Los serenos cantan; las plácidas ilusiones del divino arte podrán alegrarles. Porque ellos son los cantores de la eternidad, los cantores del tiempo.

Aquí cesaron mis digresiones.

Una voz hueca, ronca, aguardentosa, se oyó tan solo en el silencio de la noche, voz que cantaba:

Laaas... eesss, y... aaaaoooo.

Pues cualquiera sabe la hora que es, dije, y me quedé dormido.

LOS AMIGOS DE LA ANTIGÜEDAD

¿Quién no ha mirado mas de una vez con curiosidad tan afanosa como disculpable, á uno de esos hombres que á la puerta de una prendería ó ante un puesto ambulante de cosas viejas, pasan horas y horas revolviendo libros, mirando cuadros y buscando escritos en todos los muebles é inscripciones en todos los artículos de cacharrería con mas ansia que busca su libertad un preso y algo que comer un maestro de escuela? Pues esos hombres son finos y rendidos amantes de la arqueología. La prestan de contínuo veneracion y culto; persiguen incansables, platos, libros, bancos de tres pies, trages y monedas que cuentan siglos de existencia ó hayan pertenecido á algun personaje ilustre, aunque nada valgan, y no teniendo mas que una aspiracion y un deseo: hacen de su casa un cementerio de ruinas ya que de su cabeza hicieron una ruina, cementerio de ideas provechosas.

El aspecto de un anticuario puede ser vulgar, pero generalmente merece estudio. Alto ó bajo,

que la estatura no suele influir mas que para librarse ó no de las quintas, no podemos prescindir de figurarnos al anticuario delgado y viejo. Si fuera gordo le creeríamos mas capaz de comerse todos los suculentos manjares que á Nabucodonosor servian en sus famosos banquetes, que de guardar como reliquia una cazuela ó un vaso de los que adornaron la mesa de aquellos festines. Si fuera jóven nos faltaria valor para llàmarle anticuario; pareceríanos cosa justa tenerle por loco, y mas que el regalo de un museo arqueológico, seria premio justo á sus merecimientos la jaula de un manicomio.

En el amigo de la antiguedad lo mas característico despues de la manía es el trage. Partidario absoluto, y acérrimo defensor de las cosas viejas; viviendo solo con los recuerdos de grandezas pasadas; teniendo adornada su casa con muebles que, segun él dice, fueron nuevos en casa de un patricio romano y que bien podian haberlo sido por lo súcio y rotos que se encuentran; leyendo de continuo á Estrabon y á Tácito; llevando en el bolsillo del rameado chaleco monedas del tiempo de Trajano; y en su cartera escritos algunos pensamientos de Bruto, nada tiene de particular que se crea trasportado al mundo antiguo y que ya que no puede vestir la viril toga de los romanos por temor de que le apedreen ó le silben, use trage tan raro y ridículo que pudiera dar quince y falta al del dómine mas enemigo de la moda.

Todos los gustos y deseos sacrifícanse en él al orgullo de enriquecer su coleccion de ruinas con alguna de que no tenga ni noticia su amigo

don Fulano, anticuario como él y como él aficionado á hacer con la herencia del pasado un cajon de sastre del presente. ¡Con cuánto placer busca y rebusca en las prenderías objetos raros y obras de mérito! Generalmente su mirada se fija investigadora en las cosas mas feas y súcias sin sospechar que con esta predileccion hace una ofensa á la antigüedad de quien está tan locamente enamorado.

No es cierto, pero el anticuario con gran serenidad afirma siempre, que en esos montones de basura en que se confunde flotando sobre un océano de polvo, desiguales botones de cobre, pedazos de metal, y vidrios rotos, pocas veces deja de encontrarse algo muy útil.

Nadie que no tuviera la vastísima erudicion del anticuario, verá en aquellos vidrios y botones y pedazos de metal cosa digna de llamar la atencion; pero él es distinto. Ha estudiado mucho; sabe perfectamente lo que cada cosa representa; tiene fé en su fortuna y buen acierto, y seguro de haber hecho una brillante adquisicion, compra aquellos restos de algo que no sabe lo que fue, y los lleva gozoso á su casa-museo.

Allí se encierra; lee dos ó tres autores á quienes la posteridad llamará arqueólogos ilustres; medita largo rato; junta varias veces las manos como si fuera á aplaudir ó á cantar «*Dominus vobiscum*;» hace luminosas comparaciones y ¡oh felicidad! el corazon no le habia sido infiel; su museo va á tener un ingreso valiosísimo. Coloca el pedazo de vidrio, resto sin duda de algunas antiparras verdes, en el lugar correspondiente y lo mismo hace con el boton y con el pedazo

de cristal. De seguida escribe en su catálogo:

Núm. 627. Cristal del anteojo que usaba Tolomeo para mirar á los eclipses.

Núm. 628. Boton arrancado de la túnica de César cuando Bruto y Cacio le dieron de puñaladas ante la estátua de Pompeyo.

Número 629. Pedazo de metal en que iba á grabarse el busto de Catilina dictador de Roma. No pudo llegar á ser moneda ó medalla porque la conjuracion de Catilina fue descubierta y se inutilizaron los troqueles.»

Para ese anticuario de pura sangre no hay obstáculos ni dificultades ni imposibles, cuando se trata de adquirir una curiosidad. Si es rico, emplea todo su dinero en largos y costosos viajes, sin otro objeto que visitar ciudades destruidas. Lee toda la prensa europea para estar enterado de cuantos descubrimientos geológicos se realizan. ¿Que en las escavaciones del Monte Cénis se han encontrado restos de un elefante? pues el anticuario ya no duerme. Todas las noches sueña en alta voz y se le oye decir: «Monte Cénis... elefante... desde Atila sin duda...iré.» En efecto, al dia siguiente prepara su maleta y se va á Italia para volver... con una bola de billar ó unos gemelos de marfil.

Un dia en un puesto de libros encontró uno, que por estar cubierto de polvo le pareció utilísimo. Libró al pergamino de su polvorienta carga; admiróse de ver en la cubierta una inscripcion ininteligible; le abrió despues de mucho trabajo, pues el tiempo habia pegado las hojas y vió que el libro estaba escrito en latin. Para él esto, lejos de ser una contrariedad, era una ventura.

El libro hablaba de una espedicion secreta hecha por Amanzor desde Córdoba á Granada. Como detalle curioso, decíase en él que Almanzor, cerca del castillo de la Luz había perdido en tal viaje un importante pergamino. ¡Aquí del anticuario! Su vida ya tiene objeto. Averiguar dónde se alzó en tiempo orgulloso el castillo de la Luz y apoderarse del pergamino perdido al mas noble, al mas valiente, al mas afortunado de los sarracenos.

¡Sublimes empresas! ¡Lástima que á ello solo puedan dedicarse los ingleses!

El anticuario modesto se contenta con coleccionar lo que buenamente encuentra en su camino. Una cazuela que con la mayor seriedad os quiere hacer creer es la en que por ser primera comió sopas el emperador Alejandro; un abanico roto y sin la mitad de las varillas que porque tiene en el paisaje de tela, una M y una S, perteneció segun él á María Stuardo á quien no duda levantar el falso testimonio de que fue el suplicio abanicándose; un papel en que guarda pelo sin duda de algun cofre; pero que asegure ser el que Luis XVI mandó á su esposa como recuerdo cuando estaban los dos presos en la torre del Temple; un zapato bastante súcio que supone fue el que vió Felipe II el dia de sus segundas bodas; y un pedazo de paño azul que de buena fé cree cortado de la levita que llevaba Napoleon al entrar en las Pirámides. Eso constituye su riqueza, eso su felicidad, felicidad que le costó bien cara y que de nada sirve.

La vida del anticuario pasa en el misterio.

Pero esto no le mortifica en manera alguna. Cree que la posteridad hará justicia á sus estudios y esto le basta para ser dichoso. Aquellos objetos que á costa de tan rudos afanes pudo coleccionar, están llamados á ser la admiracion de las edades futuras...

¡Lástima, que despues de muerto, su mujer que no piensa como él, los venda á un trapero por dos pesetas!

INVENTARIO.

UN AÑO.

(ALEGORÍA).

Como los niños precoces de quienes dijo el glocester de Shakespeare que mueren pronto los años, nacen condenados á pasajera vida. Apenas vista la cara cubierta de nieve del año que nace, el que se va desaparece perdiéndose en lo infinito del tiempo, como la deshecha nave combatida por las olas en un dia de tempestad, desaparece hundiéndose en lo profundo de los mares. ¿Quién llorará sus desventuras? Dejémosle pasar. Va triste, lloroso y aterido de frio. Se esconde como un mal pensamiento. Piérdese al fin. Libre el año jóven de tutelas, entrégase bien pronto á los ardores de una loca alegría. Pero no le condenemos. La culpa no es suya, es del Carnaval que ha jurado pervertir á todos los años y que no quiere por lo visto ser perjuro. Bailes de máscaras, fiestas magníficas, esposicion inmensa de caretas le precedieron; turbas estudiantiles recorriendo gozosas durante la noche, calles y plazas entre alegre rasguear de guitar-

ras, repicar de panderetas y gritos de contento le precedieron, y el séquito variado y brillante de otras veces le acompaña. ¡Qué lástima que tenga que morir tan pronto! Hace una mueca entre horrible y graciosa; sacude al desperezarse, con las conmociones estrañas del cuerpo, los sonoros cascabeles del vistoso trage; mira inquieto á un lado y á otro como pájaro prisionero que busca la salida de su cárcel de alambre; ve el domingo de Piñata abriéndole las puertas de la mística cuaresma llena de ayunos y abstinencias y desaparece entrándose por ellas cargado de caretas descoloridas, bromras de alquiler y trages de seda que las manchas del vino, miradas por el sol semejan *moire*, como desaparece por escotillon un diablo de teatro dejando tras sí rojiza llama que muere apenas vista.

La decoracion ha cambiado. No representa el patio de una casa de locos, sino el sereno pórtico de un templo. La careta sustituida por el tosco sayal del asceta, la orgía por el ayuno, la atronadora carcajada por el rezo ferviente. Ya tenemos en casa á la Cuaresma.

El campo se llena de flores y las iglesias de devotos. Desde las copas de los árboles, que empiezan á cubrirse de hojas y verdor, la compañía de ópera mas charlatana, menuda, movediza y primorosa que darse puede atruena el espacio, con trinos y gorgeos; risas y lágrimas de ignorado idioma; y desde la gótica nave suben á la region divina entre nubes de incienso las plegarias ardientes de la fé. Aquella deleitosa vida cantada por Virgilio; los recuerdos del viejo Silvano; el labrador que con el corvo arado

abre la tierra pródiga en frutos; la verde espiga que sube audaz hasta que el peso de su cabeza la rinde; los chaparros y las madroñeras detrás de los que ejércitos de liebres y perdices se encastillan, hacen adorable y paradisiaca la vida del campo. Hasta el sol parece que al visitarnos en tales dias nos encarga guardar silencio. Nos acercamos á esta época con el mismo cuidado que á una cuna ó con el mismo respeto que á un sepulcro. Y eso es. Nos acercamos á la naturaleza que renace, el sepulcro del hijo de Dios muerto. Por todas partes nos salen al paso saludando corteses, el aroma de las violetas y un ejército de recuerdos de pasados dias. Recordar, es el consuelo de los que han sido felices; esperar, la dicha de los que nunca han sido dichosos.

Si la Cuaresma es la época de las abstinencias y de los ayunos es al propio tiempo como arco de flores por donde la Pascua de Resurreccion entre alegre y risueña con sus procesiones de ángeles, sus solemnes fiestas religiosas en el magestuoso templo, cubiertos los altares de oro y de rosas; sus giras campestres que recuerdan los cuadros de Teniers, y sus funciones de tauromaquia en las que allá en lo alto del arenoso circo, vénse los palcos convertidos en guirnaldas de caras bonitas y abajo en el redondel escenas dignas de las aguas fuertes de Goya.

Abril está cerca. Ha robado á Febrero el privilegio de ser loco y ejerce casi siempre. Así nos esplicamos que un dia sofocado y ardiente por la visita del sol, nos haga pensar con su trato cariñoso y afable en la proximidad del calo-

roso estio, y que al siguiente se ponga sério, se le anuble el rostro, lance contra nosotros, torrentes de su ira, lluvia y granizo, amenace convertirnos en estátuas de nieve y no tenga para los que tanto esperábamos de su venida otra cosa que la herencia de Marzo, el campo que verdeguea, la lenta y parsimoniosa resurreccion de los árboles y un derroche de lilas que se disputan nuestras miradas en las puertas de los templos, en los tiestos de los balcones y en el peinado de las mujeres bonitas.

Los dias calorosos se anuncian mas tarde como hulanos del estío y á poco el grueso del ejército acampa entre nosotros con sus pertrechos de siestas, trages de dril, noches de hermosa luna, baños de sudor y sombreros de paja. Recibiéndole sin imitar el ejemplo de Zaragoza no como traidores, nos vengamos de la odiosa tiranía del invierno. Una sonrisa del verano basta para que el mundo se llene de frutos y los hombres de alegría.

Los pensamientos, verdaderos cómicos por la variedad de trages con que saben presentarse en escena; los claveles reventando de orgullo; las rosas encendidas como el rubor ó blancas como la inocencia, los geraneos, la avara azucena, que hasta momentos antes de morir no quiere enseñarnos los hilillos de oro que encierra, los hermosos jacintos y la presumida dalia, coqueta impenitente sin otro mérito que el de saber guardar bien las apariencias, nos salen al paso en todos los jardines. ¿Qué ruido es ese? Silbatos que siguen la carrera de críticos y voces que pregonan rosquillas. Verbena tenemos.

A un lado y á otro de las puertas del estío, como á un lado y á otro del Bidasoa los carabineros españoles y los gendarmes franceses, están San Antonio de Pádua, con su ramito de azucenas, y San Juan Bautista con su concha de nácar en la mano y su banderita de paz. Pero no para impedir el contrabando. Aprovechando la poesía de que está impregnada la atmósfera y la tibia luz de la luna, sonrisa de la noche, solo se siente mas claro y distinto que otro alguno el ruido del amor que pasa, y aun cuando el amor necesita certificado de orígen y sello de marchamos, los aduaneros del estío hacen la vista gorda y no hay que temer registros ni aprehensiones. Esta tolerancia, sin ser interesada, ha valido mucho á los dos santos. A ella deben que se les espere con verbenas, que se les salude con alegre música popular y canturreo de coplas, que se pongan ante su paso rosquillas y aguardiente; que se madrugue mucho para verlos entrar y que les regalen su aroma mil tiestos de claveles y albahaca. Solo los miran con malos ojos los vizcos y los estudiantes que despues de ocho meses de contínuo trabajo en la viña de la pereza, encuentran en vez de notas, calabazas, fruta que por este tiempo se cosecha con gran abundancia en Universidades y escuelas. Protestemos contra estas malas intenciones de los estudiantes desaplicados y convengamos en que tienen mayor razon para quejarse las niñas casaderas y los actores dramáticos. Antes San Antonio, sin inquietarle el venir cargado con el precioso niño, las traia en un bolsillo de su sayal de penitente, todos los maridos de encargo que le habian

pedido en sus rezos con verdadera devocion; antes San Juan autorizando bondadoso en las riberas del Manzanares, galanterías, discreteos, citas amorosas, encuentros, tapadas y desafíos, daba asunto para infinitos dramas y comedias; ahora se han asustado de su generosidad ó de nuestra civilizacion y ¡adios regalos!

El presupuesto de gastos ha concluido con las grandes remesas de maridos. Los faroles de gas y los agentes de órden público han acabado con la poesía de los desafíos en medio de la calle, y los robos por las alcantarillas con la grandiosidad de un rapto.

Difícil es soportar con paciencia, la conversacion de un nécio, la prosperidad de un enemigo ó la guerra de un envidioso; pero mas, mucho mas difícil todavía es resistir la subida del termómetro. En cuanto á este caballero se le antoja pasár de los treinta y cinco, Madrid deja de ser una ciudad animada y bellísima, para convertirse en un desierto; se hace un consumo estraordinario de abanicos y sombrillas; se sofoca la gente aunque no riña y huye á todo correr temiendo ser víctima de un martirio semejante al de la Vírgen de la Lorena. El mar por su parte ha dado tregua á la obra de destruccion en que se ocupará durante el invierno y ahora descansa. No le domina la fuerza del sol ni la encadena su impotencia; se rinde á la adulacion y está orgulloso del tributo que todos le prestan. En las playas del Mediterráneo serenas y azuladas como el cielo de Italia y en las del Océano que este mar cubre, á intérvalos con sus revueltas y formidables olas, se ven innumerables viajeros

que creerian morir abrasados si no encontrasen en el mar un asilo al que sirve de fanal el cielo. Los bañistas se disfrazan como en Carnaval. Y hay náyades y driadas con polison.

La moda al ver fijar en los aparatos de la Anunciadora por carteles, las listas de la compañía de teatros, ha puesto á todas las mujeres que huyendo del calor salieron de Madrid, un telégrama, diciéndolas que es hora de que se vayan las golondrinas y de que vuelvan ellas. Las mujeres esperaban por lo visto la órden, pues es de ver como ellas tan perezosas y rebeldes á toda imposicion, se han apresurado á cumplirla. Han mirado por última vez desde la playa allá á lo lejos la incierta línea en que el mar y el cielo se confunden; han abandonado con tristeza las calabazas de que se servian para nadar; han lucido el último trage y han tomado los trenes por asalto.

Descorred la cortina de seda azul que sirve de telon á cada ventanilla de un coche de primera; mirad dentro y á la escasa luz de un farolillo que agoniza las vereis volver rebujadas en mantas de viaje; el cabello desordenado y polvoriento, la cara pálida con la palidez que dan la fiebre ó el insomnio y debajo de los ojos un semicírculo mas bien que amoratado, negro, denunciando que el humo de la máquina se ha entretenido en pintar ojeras. Al abandonar el coche ya están desconocidas. Mientras el marido ordenó encima del asiento los lios y maletas, ó contó los minutos que faltaban para llegar, ó tomó nota de una estacion olvidada en la guia, la mujer pidió auxilio á un tocador de campaña y gracias á él

se nos presenta trasformada. Ya no tiene mas que ese color moreno que deja impreso en el rostro el beso del sol, y que es en los meses del estío tan aristocrático como la sangre azul.

—¡Vamos! la dicen las amigas que la esperan en la estacion, así que la letanía de los besos acaba.

Y la mayor parte de las veces contesta:

—No. Aguardad. No quiero irme sin él.

El no es el marido, es... el *mundo*.

A las puertas del mes de octubre se ha parado el verano. Ya no viste de trasparente gasa, ni trae en sus manos la dorada espiga, ni quema el aire, ni sale de noche para no esponerse á coger una pulmonía. Emigra con las golondrinas y no volverá hasta que vuelvan las golondrinas y le anuncien que ya tiene arreglada la casa. Aceptad la invitacion tentadora del sol, una tarde de otoño, salir al campo y vereis que ofrece una incomparable variedad de colores y de matices. Pero si quereis gozar de los últimos momentos de alegría de la naturaleza parecida á los gladiadores y á los mártires, en que al morir sonrie, no perdais tiempo, que la vida del otoño es breve. Tampoco puede negarse su inclinacion á la melancolía y á la tristeza. Basta ver cómo pone amarillos pámpanos, castañares y robledales, para convencerse de que tiene el color de la ictericia; basta sentir la intensidad del frio para que arropemos todas nuestras pasiones. Hasta el amor siente la calma y se hace formal y sério si los hay; ó se casa ó va con las manos metidas en los bolsillos.

Pronto las cruza como si fuera á hacer una ple-

garia; inclina la cabeza sobre el pecho; sumérgese en honda meditacion, se nubla su semblante; se dispone no sabemos si resignado ó si gozoso á dedicar veinticuatro horas al recuerdo de las almas benditas; cae de rodillas delante de una tumba y reza un responso. ¡Dia de difuntos! ¡Cuántas historias tristes que recordar! ¡Cuántos remordimientos no acallados! ¡Cuántos fingidos dolores que desaparecen como fuegos fátuos! Los cementerios se llenan de luces. Un rio de gente que va á rezar y el mismo rio que vuelve para ir á ver como don Juan Tenorio mata una vez mas á Mejía y al comendador don Gonzalo; el tin, tan, acompasado, monótono, igual de la campana que toca á muerto; trages de luto; bazar de coronas para todos los duelos y todos los bolsillos; una frase de cariño ordinario, por seis reales y una frase de cariño superior por dos pesetas.

En sueños, la imaginacion delirante vé, como Dante, llevado de la mano por Virgilio, en el infierno, clamores confusos, suspiros, llantos y gemidos, ruido de manos y de cuerpos que se golpean; como el gran poeta cuando Beatriz le guia en el cielo, la vida paradisiaca, el Empíreo, un rio de luz que corre entre dos orillas esmaltadas de flores.

Despidámonos de los coros de los ángeles que otros coros mas bulliciosos nos aguardan en la tierra. Hemos subido muy alto y es preciso bajar. ¡Abajo!

El marcial tambor, la destemplada pandereta, la chillona chicharra, los alegres villancicos y el prosáico, pero nutritivo mazapan se han puesto de

acuerdo, para anunciarnos que la Noche Buena quiere hacernos una visita.

Ya se sabe. Como la Noche Buena camina sin cesar en el peor mes del año, llega siempre á Madrid muertecita de frio y tan cansada que es una lástima verla. Unas veces, sin duda porque hizo estacion á la orilla de algun rio, viene tan mojada, que cualquiera creeria que quiere ofrecernos un baño; otras deseosa de ocultarse á nuestra curiosidad porque algun dolor la atormenta, se tapa la cara, pues no se ve la luna y la luna es la cara de la noche; casi siempre para que no la llamemos descortés, detíenese un momento en el Guadarrama, oculta con cuidado la presa de que le despojó y al llegar aquí vierte menudos copos de nieve, blanqueando calles y plazas, de tal modo, que parecen platos inmensos de *chantillí*.

Cansada de viaje tan largo y penoso, mas gustaria del reposo que del bullicio, pero no puede impedir que se manifiesten las estraordinarias simpatías de que goza. Bien quisieran los madrileños obsequiarla con un espléndido almuerzo, ó mejor con una comida, que es lo mas natural y corriente; pero la Noche Buena no puede detenerse mas de lo justo; trae su itinerario marcado; está comprometida á dejar la entrada á las Pascuas, tambien como ella deseosas de descanso, y hay que contentarse con preparar en su obsequio una cena. A ella asiste sin cumplimiento, gozosa con presidir la mas alegre y patriarcal fiesta de familia. Despues se aleja de nosotros sin despedirse, para evitar sensiblerias y ¡adios Noche Buena! Trescientos sesenta y cinco

dias han de pasar para que nuevamente la volvamos á ver. ¿Pero qué es eso? El año inclina la cabeza y cae como herido de muerte... ¡Y se va sin habernos dado la dicha prometida!... ¡Cómo ha mentido! Esperemos que el nuevo año sea mas generoso.

La esperanza es una dicha pintada con humo en el aire.

EL WALS.

Yo no sé bailarle, pero esta circunstancia no es un obstáculo para que el wals me entusiasme como no es un obstáculo para que me entusiasme la poesía el no haber hecho en mi vida, en renglones cortos, ni aleluyas. Admiracion debe sentirse por todas las cosas estraordinarias, y el wals lo es bastante para que nadie estrañe el encanto que me produce y la irresistible seduccion que sobre mi ejerce, á despecho de los pícaros pies que se empeñan en estar torpes y pesados cuando la voluntad quisiera convertirlos en alas. El wals es la redencion del baile.

Era sin duda una época desventurada para el baile. Su mision no tenia objeto. Todo lo habia sacrificado á la felicidad ajena, y el hombre empezaba á reirse de aquellas amaneradas y casi ridículas actitudes que tenian mucho de los grotescos saludos con que árabes y bufones saludaban á sus monarcas. La humanidad corria, y el baile se estaba quieto. Los lanceros eran demasiado ingleses, es decir, sobradamente frios; el rigodon ceremonioso, y la gavota casi antidilu-

viana. Todo iba en progreso; pero el baile habia empezado uniendo las manos de los danzantes y no pasaba de allí. Esta situacion era intolerable. Momentos hubo en que se creyó que el baile desapareceria causando desde cerca el mismo efecto que desde lejos cuando no se oye la música; el efecto de un baile de locos al compás de la *Danza Macabra*, pero afortunadamente no sucedió así. Se encargó de impedir aquel desastre el wals aéreo espiritual, encantador, movible, que animó con el fuego de la pasion el baile, é hizo de lo que antes era frío y nieve, volcan irresistible.

Desde aquel dia el wals lo llena todo. Ensayó sus virtudes en los aristocráticos salones, y bien pronto hubo de condescender, luciendo sus encantos, en los que antes se llamaban bailes de candil; cruzó lleno de vivacidad y gracia las aterciopeladas alfombras de los palacios, siendo allí muchas veces la llama que prendió en el amor vírgenes corazones; y poco orgulloso ó demasiado franco y campechano, entró en los bailes públicos, dando motivo á celos y disputas: su supremacía está hoy reverenciada mas que reconocida, y seríamos injustos no confesando que merece este triunfo.

Es por demás encantador y hermoso el espectáculo que el wals nos ofrece, y con nada pueden compararse las dulcísimas sensaciones que se esperimentan al eco de aquellas notas vivaces, alegres, arrebatadoras, de seduccion irresistible, á cuya voz se borran todos nuestros recuerdos tristes, los ojos adquieren fuego vivísimo, la imaginacion sueña con mundos desconocidos de

infinita belleza y sentimos renacer en nuestro sér nueva vida y nuevas ilusiones. Bailar en un salon que estando espléndidamente iluminado, la imaginacion se finge á oscuras porque no ve mas luz que la que despiden los negrísimos fulgurantes ojos de la mujer con quien se baila; llevar sus manos juntas con nuestras manos, y el flexible talle sujeto por nuestro brazo, que le rodea y oprime como una culebra; confundir nuestro aliento con su aliento; embriagarse con el aroma que de su boca exhala, mas puro que el de las flores que adornan su artístico peinado; verla arrebatada, delirante, balancearse como una palmera movida por el viento; murmurar en su oido como un suspiro dulces palabras de amor y al mismo tiempo correr, correr, volar mas bien dando vertiginosas vueltas en presencia de un público, que lejos de escandalizarse admira, seria volverse loco si el placer no fuese una locura y la mayor de las inmoralidades sino se llamase wals y si la sociedad no los admitiera como la cosa mas inocente y natural del mundo.

Los antiguos creian que el diablo sorprendia bailando á sus víctimas para condenarlas al fuego eterno.

El wals, hace imposible esta picardía del diablo.

Aun logrando que las parejas muriesen en el momento del baile, sus esfuerzos serian inútiles. Las encontraria ya en el cielo.

EL RETRATO.

Si otros muchos méritos no hicieran al retrato acreedor á mi cariño, yo le saludaria como al mas liberal y progresivo de todos los objetos de arte, y tendria para él un puesto distinguido entre los partidarios de las teorías desvinculadoras. Sí. El retrato que nació á la sombra del poder aristocrático para perpetuar la hermosura de alguna egregia dama, ó la avinagrada cara y los bigotes inconmensurables de algun general ilustre, supo romper las cadenas de la feudalidad y del esclusivismo; entró de lleno en la revolucion; abandonó sus viejas y absurdas preocupaciones; se escapó de las manos de Van-Dick y de Velazquez; abjuró, aunque con pena, del arte, en honor á la popularidad; refugióse en el fondo de una cámara oscura para preparar su conversion; cuando la humanidad gritaba «¡igualdad!», él supo contestar «¡fotografía!»; se hizo internacionalista y partidario práctico de la comunidad; se instaló en las guardillas de las mas elevadas casas, para que nadie dudara de sus democráticas intenciones; pensó que debia ven-

derse por poco dinero para conseguir un nombre popular, y así, diciendo y haciendo, ha llegado á ser el consuelo de mas de un cabo de gastadores, que de otro modo no hubiera podido dejar á las venideras generaciones recuerdo fiel de su marcial figura, y el símbolo de la igualdad, puesto que es adorno preciso, lo mismo en el rico y lujoso álbum de la aristócrata, que sobre la modesta cómoda de la mujer del pueblo.

Feliz, pues, el retrato, que ha sabido conquistarse un nombre glorioso y una popularidad estraordinaria. En todas partes se le mira con afecto, en muchas con entusiasmo, en algunas con veneracion. Sus méritos son relevantes; sus virtudes, públicas; su importancia social aun está puesta en tela de juicio; pero es seguro que muy en breve habrá de reconocerse unánimemente. En cambio, nadie duda de que el retrato es útil. Los autores dramáticos se sirven de él muchas veces, para complicar el enredo de sus invenciones; los empresarios de teatro, para dar celebridad á los artistas desconocidos que contratan; los bufos, para hacer propaganda; los héroes de segunda fila, para ser admirados; los artistas del circo de Price, para lucir su musculatura; las suripantas, para demostrar que, si la pobreza las hizo venir á menos, la enseñanza las puede hacer ir á mas; los tontos, para esponer sus cruces y condecoraciones en el portal de una fotografía; los estudiantes para probar que han terminado su carrera, y los fotógrafos para comer.

Tambien el retrato tiene enemigos. ¡Quién no los tiene! Una cosa no puede hacer el retrato,

mentir, sin que todo el mundo lo conozca. La verdad es su norma. Ni quejas, ni súplicas, ni recomendaciones, ni protestas, logran apartarle de ella, y por eso tiene enemigos. Los enemigos del retrato son los chatos, que soñaron que la máquina fotográfica seria capaz de ponerlos una nariz que no tienen; los vizcos, que no encuentran en el retrato las niñas de sus ojos; los enanos, que esperaban verse convertidos en gigantes por obra y gracia del retratista; los presumidos, porque no se les ve bien la cadena del reloj, ni tiene brillo el diamante de la sortija con que se retrataron; y todo el que, fanático por su propia belleza, no puede tolerar que el retrato venga á decirle á todas horas: «eres feo.»

¿Creeis que el retrato da valor á estas censuras? Las desprecia. Sus méritos son muy grandes, y ademas tiene un defensor digno de él, que obtiene siempre el triunfo de su causa, y quien en todo lo que vale agradece servicio tan importantísimo: la mujer hermosa. Entre el retrato y la hermosura, hay una fraternidad elocuente, consorcio mas bien; la belleza sueña con verse admirada en un retrato, y el retrato suspira por enseñar un rostro hermoso.

—

¡Cómo negar la importancia que el retrato ejerce en la vida del hombre!

¿Quién á los veinte años no ha sentido el fuego del amor, algo de sublime armonía, algo que nos robaba el reposo á ratos, y á ratos nos absorbia en dulce éstasis de felicidad? En esa edad, un ángel se nos aparecia en sueños; ángel pu-

rísimo que, acercándose risueño, murmuraba en nuestro oido un secreto de amor; ángel de ventura que nos hacia adorar la vida y ser crédulos; su imágen no se borrará nunca de nuestra memoria; era la imágen de la mujer amada. ¡Con qué ansiedad deseábamos obtener su retrato! Nuestras cartas, nuestras súplicas, nuestras conversaciones, se dirigian solo á conseguir aquella dicha que no hubiéramos cambiado por la gloria de César ó el génio de Mirabeau. Al fin le conseguimos. Desde entonces no se ha separado de nosotros. A todas horas le contemplábamos en dulce arrobamiento; él consolaba nuestras penas y nuestros desengaños; él era el que animaba nuestro desfallecido ánimo, señalando al deseo brillantes horizontes; él era la esperanza, el porvenir risueño, el cielo prometido. En la ausencia, fue el talisman que enardecia el fuego de nuestra pasion. ¿Quién sabe si andando el tiempo puede ser el recuerdo de una infidelidad? La culpa de esto no es suya, ni aquella infidelidad de que es recuerdo podrá borrar nunca del nuestro los dias felices que al retrato debemos. Ademas, el retrato no nos engañó. Aquella mujer ¿era hermosa? En el retrato se admiraba su hermosura; ojos de mirar irresistible, nido de perlas por boca, torneada garganta, blonda cabellera; una cosa no nos dijo el retrato que tuviera aquella mujer, corazon... y no le tenia.

—

Aquella pobre madre está afligida porque su hijo, ansioso de lograr la fortuna que, segun cree la juventud, se esconde en el Nuevo Mun-

do, abandonó el paterno hogar, y cruzando el Océano, partió á América en busca de riquezas. Desde aquel dia, para la desolada madre, no hay uno de alegría. No piensa en otra cosa que en el hijo adorado que tan lejos de ella está; no sabe si encontrando la muerte donde creia sorprender la felicidad. Su dolor sólo un consuelo tiene: el retrato del hijo querido, que está colgado en la empapelada pared. De allí le descuelga frecuentemente, y pasa horas enteras contemplándo-lo. Parece que el alma del hijo está en aquel pedazo de cartulina mirando á la madre que tanto le ama. La ilusion de la pobre madre es completa. Cree que no es el retrato, sino el hijo quien en sus manos tiene, y le besa; entonces sus labios tropiezan con el cristal frio, que le recuerda la horrible realidad. Y llora; llora, pero sin separar sus labios de aquel retrato querido, á quien mira como su salvacion.

Este retrato no es tan poético, pero presta grandes servicios á la sociedad; y sino los presta, podria prestarlos, que es lo mismo. Descansa en el mas oscuro fondo de la grasienta cartera de un agente de órden público, y es igual á otro que figura, honrándola, en la galería fotográfica del Gobierno civil de la provincia. No es el retrato de ningun gobernador ilustre, ni siquiera el de algun jefe de policía; es el retrato de ***Mil hombres***, mozo de veinte años, á quien por su destreza en el hurto conocen muchos y temen todos los relojes de bolsillo. Este retrato sirve para dar á la autoridad las señas del ladron que

Quien sea aficionado á inspeccionar los puestos del Rastro y las almonedas y prenderías, al lado de ruinas que fueron objetos de mobiliario sabe Dios en qué época y en qué forma, habrá visto muchas veces retratos que se darian de balde, suponiendo que alguien los desease á este precio. Ese es el motivo que los enemigos del retrato escogen mas frecuentemente para censurarle. Dicen que en la vejez se envilece y denigra, olvidado de lo que á su dignidad y renombre debe. ¡Calumnia! ¡Pura calumnia! Mientras el hombre no se abandona, nunca falta á los deberes que la fidelidad le impone. Cuando se encuentra solo y despreciado, busca un asilo, y no es culpa suya si no encuentra otro que la miseria. ¡La miseria! Es el sepulcro de muchos génios, y de él debe estar orgulloso el retrato.

—

¿Qué hace aquella hermosísima mujer, preciosa vírgen, que se cree encerrada en su templo, bien agena de que nosotros le miramos? Sonrie satisfecha; mira á todos lados, como si temiera ser sorprendida; saca no digamos de donde, un retrato; fija amorosa en él sus ojos, le besa, y...

—¿Y qué?

—Que eso es lo que se figuran todos los novios que hacen con sus retratos las mujeres á quienes aman.

FLORES.

No deis martirio á la imaginacion, ni por no haber sabido encontrar la verdad acepteis como buena la mentira. Ni dálias, ni rosas, ni claveles, ni camelias, ni nardos. Las flores que mas le gustan á una mujer son..... las que la dicen.

No se puede pasar por un jardin sin detenerse largo rato á contemplar las flores. Aquí se alzan orgullosas como la belleza, y allí se inclinan mústias como una esperanza perdida. Unas salen á nuestro camino, queriendo tal vez impedir profanemos con nuestra presencia su felicidad, ó como si desearan seducir nuestra mirada, impidiendo que se fije en alguna de sus compañeras; otras, escondidas entre la yerba que al lado del sonoro arroyuelo crece, se anuncian por su fragancia, invitándonos á que las busquemos. Cuál murmura al suave arrullo del viento un secreto, para queéste vaya á contársele á la vecina flor; quién se afana en enamorar á la dorada mariposa, para llorar mas tarde su inconstancia.

En aquel hermoso recinto las penas se olvidan, la desgracia cesa un momento de mortificarnos, y el alma, gozosa y satisfecha, llega á creer en la felicidad.

Las flores desempeñan una importantísima influencia en la vida. Muchas veces procuran nuestra economía, otras se ofrecen como un recuerdo amoroso, bastantes como la voz acusadora de la infidelidad, algunas como el último adorno de la muerte.

Vamos á probarlo.

Hoy es el santo de M., una amiga de nuestra niñez, á quien tenemos que demostrar con cualquier obsequio que aun no nos hemos olvidado de ella. ¡Qué mejor regalo que un ramo de flores! El nos libra de un compromiso; nos ahorra grandes gastos; nos quita el temor de no haber acertado á elegir un obsequio propio del objeto á que se destina, y tenemos la seguridad de acertar porque las flores gozan el privilegio de ser bien recibidas en todas partes y á todas horas. Pero si no es una amiga, si es la mujer amada, á quien no tuvimos valor para declarar nuestra pasion, aun sospechando que gustosa accede á ella, no hay que dudarlo. Cuando el ramo se pone mústio y sus flores pierden el color, se quitan del jarron en que antes luciera sus encantos; pero no van todas á la calle. Del seco ramillete falta una flor, la jaspeada camelia que le servia de corona, y que la hermosa dueña puso un momento en sus blondos cabellos, para ocultarla despues con cuidadoso esmero en el mas escon-

dido cajon del tocador. Un dia la veis, y aquella rosa os descubre un misterio. Sois amado, pero la revelacion de tan feliz secreto la debeis á una flor.

Las flores tienen grandísima influencia. Ellas han producido un tipo social, tipo clásico lleno de encantos y hermosura, con ojos negros que matan y manos blanquísimas llenas siempre de nardos y claveles; la florera.

Los caprichosos bolsillos de su blanco y bien planchado delantal suelen ocultar muchas veces el billete amoroso que, por arte de prestidigitacion, se escapa al bolsillo de la opulenta dama.

Protectora de muchas relaciones ocultas, amada y amante de todos los que la compran muchas flores; alegre, sonriente, parece feliz, y no lo es ni un solo dia.

De florera pasa muchas veces á ser señora; pero cuando deja de ser señora, ya no puede volver á vender flores.

Nadie las compra, ofrecidas por unas manos que tienen arrugas y una boca que perdió la frescura de la juventud.

Cuando junto á la reja que os separa de la mujer á quien amais, dulcemente entretenidos en esa conversacion en que el «yo te amo» y el «no me olvides» son el tema obligado, se introduce alguna variante, suele ser la causa la rosa que la novia lleva puesta en sus hermosos rizos. Esa flor es en las horas que el dichoso coloquio dura

objeto de una reñida campaña, en la que se combate con palabras de cariño y sonrisas celestiales.

El primer recuerdo que obtenemos de la mujer amada suele ser una flor. La caja que la madre de Darío regaló á Alejandro, y en que éste puso los poemas de Homero, nos pareceria poco para guardarla. No la cambiaríamos por todos los tesoros de Creso.

Pero el tiempo corre, los años pasan, y la vida se va. Un dia que en la edad de la meditacion dirigimos casualmente una mirada á los trofeos de esa batalla que se llama juventud, guardada en un papel junto á un paquete de cartas que el tiempo puso amarillentas, encontramos los restos de una flor seca y marchita, es la que en un momento de amor nos dió la mujer á quien entregamos nuestro corazon. La mujer fue infiel. La flor está denunciando su infidelidad. Si nuestras lágrimas pudieran devolverla su existencia, aquella flor renaceria fresca y lozana.

Las flores tienen una virtud superior á todas las ya dichas. Las flores hablan. Yo creo que despues del de los ojos, el lenguaje de las flores es el que mejor espresa el amor. Los árabes inventaron ese poético idioma. Ellos dijeron que la albahaca era señal de ódio y el pensamiento de tristeza y el clavel de amor. Ellos hicieron de la violeta el símbolo de la hermosura, de la virtud y de la modestia. Ellos saludaron en la rosa á la reina de las flores y como á tal la querian y

reverenciaban. Aquellos hombres pretendian conocer el mundo en dos libros sublimes. En el cielo querian ver el porvenir. En las flores el amor. En el cielo y en la naturaleza unidos, leer la grandeza de un Dios, que no han comprendido por los errores de un falso profeta.

En esas reuniones del gran mundo donde el lujo despliega orgulloso su poder, las flores desempeñan un importantísimo servicio. Ellas adornan la elegante y marmórea escalera por donde toca mas que pisa el aristocrático pie que calza blanco zapato de raso; ellas forman el delicado *bouquet* que la graciosa niña tiene entre sus manos *dándole de su aliento los olores*; ellas las que cuando van unidas á la hermosura eclipsan las fulgurantes luces de las mas ricas joyas; ellas las que pueblan los elegantes y aéreos vestidos de baile dándoles una alegría y una belleza incomparables; ellas, en fin, las que no reconocen clases ni gerarquías ni se postran mas que ante el imperio de la belleza.

En el lecho de muerte de la vírgen, sobre el fúnebre tablado que sostiene el blanco ataud, se ve frecuentemente un ramo de flores, tristes como la melancolía, y con el apagado color de la desgracia; son las flores de la muerte. En todos los jardines nos salen al paso recordándonos lo efímero de nuestra desdichada existencia. Son

blancas, y alrededor de su corola tienen un círculo amarillento como si estuviesen enfermas de melancolía... Con esas flores se hacen las coronas que vemos depositadas sobre la losa fria de una tumba.

Viven en el cementerio mientras las lágrimas las riegan; mueren cuando el olvido empieza á iluminar nuestra alma, abriéndola las puertas del consuelo.

LA GUITARRA.

Caja misteriosa, que guardas escondidas en tu seno mágicas notas de la mas esquisita dulzura; democrático instrumento que á pesar de tu grandeza no desdeñas visitar la casa del mendigo ni consolar sus penas; símbolo perenne de pasadas glorias; fiel traductor de todas las pasiones y de todos los sentimientos del hombre, yo te admiro y reverencio, y aunque mi mala fortuna me hizo incapaz de comprender la clave de tus secretos, no te muestres por eso quejosa, que tus grandezas me seducen y tus admirables acordes me embelesan.

No lamentes que la inesperta mano de un señorito que creyó encontrar en tí un medio mas fácil que el piano para ser músico, te desdeñara á los pocos dias, convencido de su error, relegándote al mas humillante olvido, en escondida percha ó revuelta y confusa guardilla. No llores si un trapero que te adquirió en pública almoneda como mueble inútil, pregona con aguardentosa voz tus miserias y desgracias. Ten serenidad ante la vista del Rastro, cementerio eterno

donde encuentra seguro panteon tu egregia familia. No llores, no; no pierdas el valor, que un guitarrero que hace guitarras nuevas de las viejas que le venden, como algunos sastres pantalones nuevos á los niños de los viejos de los papás, te comprará, compadecido de tus infortunios; te dará barniz á discrecion, convencido de que en este mundo poco importa que las cosas estén carcomidas ó rotas si lucen y brillan; encargará á su mujer que con cintas de colores haga para tí un arco íris de seda, mas bien moña lujosa para un toro que adorno propio de guitarra; y te espondrá orgulloso á la puerta de su establecimiento en reivindicacion de la injusticia que te hicieron tus antiguos dueños, y en justo deseo de venderte por seis pesetas á alguno que llegó á tenerlas despues de seis semanas de ahorro, y que por lo mismo que te deseaba, hasta hacer por tí el sacrificio de toda su fortuna, te tratará con el mayor amor y respeto.

Convéncete de tu valor pero no te endioses. Muéstrate como siempre, modesta, y tendrás seguro el triunfo de la popularidad sobre todos los demás instrumentos musicales; porque ninguno te iguala en esa melancólica dulzura, fiel espresion de los mas altos sentimientos del alma, ni puede competir en recuerdos contigo en nuestro país, que es el país de los trovadores, de la música popular, y de esos cantos del pueblo que nacen á tu sombra y alientas y enriqueces al unirte á ellos, con un tinte armonioso y triste que aumenta su belleza y sentida espresion.

Si fuéramos á hablar de tu progenie ilustre, no necesitaríamos una obra de heráldica para

demostrar que vienes en línea recta de las antiguas razas españolas. Dos pueblos aguerridos, impetuosos, valientes, combatian por su religion y por su gloria; el pueblo árabe y el pueblo castellano los dos igualmente tenaces, los dos igualmente músicos. Uno cantaba su amor á las bellas huríes de ojos negros bajo el poético ramaje de los jardines árabes al sonido melancólico de la guzla; otro el amor tambien y la religion y las glorias de la patria, en los torreones y almenas de los silenciosos y tétricos castillos, acompañándose del laud. La guzla y el laud se odiaron, porque los dos aspiraban á dominar en este país el imperio de la música; pero ninguno de los dos logró llenar sus aspiraciones. Del ódio pasaron al amor. Se amaron porque no pudieron destruirse, y de este consorcio nació llena de encantos y vida la guitarra, preciado tesoro que lleva en sus cuerdas un mar de armonía y un mundo de recuerdos.

Pero esta idolatría que por tí se siente ¿es inmotivada? ¿Es una de tantas mentiras como viven dentro de esta mentira mayor que se llama mundo? No, de ningun modo. Sobrados títulos tienes para gozar de esta consideracion universal, y si los hombres, y sobre todo los españoles no te la otorgasen, faltando á la tradicion y á sus antecedentes, cometerian contigo la mas negra de las ingratitudes.

Tú eres el consuelo del marino que en esas eternas noches de soledad terrible halla en tí un dulce compañero á quien confiar todas sus penas. Al eco de tus cuerdas suenan menos fúnebremente las horas del reloj para el presidiario que

entona sus plegarias de arrepentimiento, ó canta sus esperanzas con tu auxilio, y tanto te quiere que él, que para sus semejantes no tuvo en libertad otra cosa que ódio y venganza, llora al sentir tus suspirados acentos y ve en tí la esperanza de su redencion. Tú eres el indispensable equipaje de todos los estudiantes de provincias que vienen á Madrid, y que tal vez se entretienen contigo con perjuicio para sus estudios, mas tiempo del que conviene al derecho romano ó al canónico, á la anatomía ó la terapéutica, envidiosos de verse cubiertos de polvo, en tanto que eres objeto del mas cuidadoso esmero. Tú la tabla salvadora del mendigo, su fortuna, su libertad, su paño de lágrimas en los Asilos del Pardo. Tú la reina de esas rondas nocturnas de los pueblos, que tanto se prestan á la poesía, y á cuyos acordes se mece el amor, orgulloso de tenerte por auxiliar sumiso. Tú cuando te haces andaluza y frecuentas algun templo donde se rinde culto al Valdepeñas, la que promueves ese estrepitoso palmoteo que atrae embelesados multitud de curiosos. Tú la que inmortalizaste á Perico el Ciego, un héroe tan popular por lo menos como Frascuelo ó Lagartijo. Tú la que traduces al vulgo las mejores piezas de las zarzuelas que hacen furor en nuestros teatros. Tú...

¡Pero á qué mas! Seria interminable la lista de tus merecimientos porque no hay milagro que no realices, ni dificultades que no venzas. Una prueba.

Todos los barberos tienen con justicia la fama de ser los primeros habladores del mundo; pues bien, aun es un problema no resuelto, el de sa-

ber qué le gusta mas á un barbero, si hablar ó tocar la guitarra.

La guitarra ha comprendido que el instrumento musical para ser digno de su mision, necesita practicar la libertad mas absoluta y dar cabida á todo género de música. De aquí uno de sus mayores méritos.

Las malagueñas en un arpa no se comprenden, porque pierden ese sabor clásico que las da vida y las reviste de una forma de misterioso encanto. La jota aragonesa en un piano, pugna por escaparse asustada resbalando por las teclas, y si la escuchamos atentos, parece que da tregua un momento al estribillo de «no quiero ser francesa,» para decir «que me lleven á la guitarra.» En cambio con la guitarra no sucede nada de esto, porque en ella tienen fiel y acabada espresion lo mismo el canto popular, que la ópera mas grandiosa, la serenata mas dulce de Mozat que el mas espiritual nocturno.

Pero sábelo guitarra, yo no te admiro por eso; yo te aplaudo porque eres símbolo de la música de nuestro país, que si no puede competir con otras en brillantez, es la primera del mundo en sentimiento.

En Andalucía rindes culto á las playeras, al jaleo, á las rondeñas, sentidas canciones que nos recuerdan toda la melancolía poética de los pueblos árabes y absorben al hombre en inesplicables éxtasis, mezcla confusa de espirituales sentimientos y sensaciones mundanas, porque cada nota es un beso apasionado, un suspiro, una lágrima... la muerte en fin.

En Aragon, alegre y franca como el carácter

de aquel pueblo, ries con una vivacidad escesiva y das á tus belicosos acentos la valentía que inspiró á Zaragoza sus famosas hazañas. Allí todo lo pones bajo la proteccion de la Vírgen del Pilar.

En las Castillas das vida á las picarescas *manchegas*, que tanto incitan al baile, produciendo en brazos y piernas un hormiguero irresistible.

En Madrid.... En Madrid eres cosmopolita en géneros musicales, y querida con delirio. No hay barbería de la que tú no seas, por decirlo así, un adorno mas indispensable que la navaja, ni baile que no animes con tu presencia, ni taberna en que no emborraches con tus notas aun mas que el negro líquido, ni calles que no recorras en manos de los ciegos, ni gira campestre en que no te se solicite, ni boda para la que no seas la primera convidada, ni verbena en que enloquecida con la fiesta no concluyas por hacer un disparate en la cabeza de algun prójimo, con quien tu dueño no quiere practicar el segundo de los preceptos en que el Decálogo se encierra. En fin, ya lo sabes, tú lo eres todo en este valiente pueblo, y puedes tener por seguro que si la estátua de Apolo la hiciera un español, sin remordimiento de conciencia le quitaria la tradicional lira de las manos, y le pondria en ellas la guitarra.

. . . .

En el estío, á las altas horas de la noche, se oye de cuando en cuando por las calles ruido confuso de dulces preludios que llegan á nuestros oidos como coro sublime de voces magestuosas que se pierden cantando en el espacio. Torrentes de armonía que nos despiertan en lo mas

profundo del soñar, haciéndonos creer que habitamos regiones ideales de absoluta belleza. Melodiosas notas que ahora se oyen claras y distintas por el profundo silencio que reina y mas tarde apaga el rodar de un coche cómo apaga el canto del ruiseñor, el ruido del trueno. Trovas alegres y bulliciosas, ó tristes y sentidas, que llenan nuestro corazon de felicidad, ó le abisman en un mar de dudas y dolorosos recuerdos: es la voz de una guitarra, á quien algun rondador nocturno arranca sus secretos... el amor... el consuelo... la esperanza... los secretos dichosos de la humanidad.

CALABAZAS.

No soy botánico ni aspiro á serlo: esplicacion precisa para que no se crea que voy á hablar de la importancia de un vegetal que, como todas las cosas creadas, podrá tener aplicaciones utilísimas, pero que en mi entender para maldita la cosa que sirve, dicho sea con perdon de los valencianos, á quienes las calabazas asadas les gustan tanto que por Navidad recíbenlas con el mismo entusiasmo que en Puerto-Rico el aguardiente de caña, sino es mentira aquella conocida copla que al son de una malagueña disfrazada cantan esos italianitos parias del arte, que recorren toda la Europa acompañados de un roto y ruinoso violin, ó de una destemplada y vieja arpa, para la que David de seguro habia tenido uno de sus mas tristes y melancólicos salmos.

Presciendo, pues, de las calabazas comestibles, aun con el desconsuelo de prescindir del cabello de ángel, y arrepentido hasta cierto punto de mi aborrecimiento á las calabazas las saludo como al símbolo de una de las penitencias mas frecuentes en los antiguos tiempos, y hoy casi

en el olvido: la peregrinacion. El peregrino no se comprende sin la calabaza.

La figura del peregrino es una de las que mas escitan nuestra curiosidad y nuestra fantasía. Mucho contribuye á ese defecto la virtud de los peregrinos; mucho aquella pobreza de que da indudables pruebas el burdo y destrozado trage; mucho las desiguales y numerosas conchitas que como santa reliquia adornan el ancho sombrero; mucho aquellos descalzos pies que el sol con toda su grandeza no se desdeña en mirar hasta ponerlos negros; pero indudablemente la calabaza puede mas. En aquella calabaza que el peregrino coloca al estremo de la nudosa vara que le sirve de único sosten, va al agua con que se refresca sus labios secos y polvorientos y le da fuerzas y esperanza. El peregrino sin la calabaza no se comprende. Es su mejor compañero y su distintivo característico. Dijeron que la calabaza, símbolo de los desengaños y de las contrariedades, se ha convertido por la fé en manos del peregrino en representante del cariño y de la esperanza.

Rarezas de la casualidad.

Tambien la casualidad ha hecho que las calabazas se tengan por pesadas y resistentes, cuando en realidad parecen ligeras y débiles.

¿Quién no habrá sentido como el de una masa de plomo el peso de unas calabazas pero que las calabazas están huecas? Pocos seguramente. Las calabazas abundan como la envidia y pasan como el desprecio. Parece que aquella cavidad hueca en cuya verdosa capa al pasar el sol deja impresas sus rojizas huellas, no tiene fortaleza

ninguna, y sin embargo, está demostrado que uno de los poderes mas fuertes de la tierra es impotente contra ella. El arco de Cupido desprende su flecha para la que nada significan las preocupaciones, ni el orgullo, ni las condiciones sociales, ni el dinero, que estrella como contra una roca de granito en unas calabazas. Ese vegetal, no sabemos por qué medios, ha logrado que se le admita como la representacion del desden, arrebatando á la albahaca y á otras flores y plantas el privilegio ya de autiguo conquistado, de ser símbolo de la indiferencia y del desprecio.

Todo lo recibe el hombre con gusto de una mujer menos unas calabazas, y esto se esplica muy bien. Las calabazas tienen algo de degradante para el que las recibe; ofenden en el hombre el amor desdeñado y el amor propio: niegan una felicidad y regalan un insulto. De este modo se comprende que hayan llegado á convertirse en pesadilla constante de todos los enamorados ó de los que siguen la carrera, y que las primeras calabazas que el hombre recibe en su vida las considere como el billete para recorrer el camino de desengaños que se llama vida... Despues de las primeras el hombre se acostumbra á echárselas á la espalda, y como allí no pesan, no es estraño oir esclamar á muchos prácticos en la materia: «Vengan calabazas,» con la misma indiferencia que pudieran decir «venga agua» llevando paraguas, ó «ya puede nevar» arrellenados en cómoda butaca junto á una chimenea, mirando como juguetean las flamígeras llamas.

Las calabazas no se crian solo en los jardines, ni solo las produce el desden de las mujeres.

Nacen tambien en las Universidades; y durante el mes de junio se recoge allí tal cosecha que no son pocos los estudiantes que llevando alguna á su pueblo para muestra, á cambio de todo el dinero y tiempos gastados inútilmente en ocho meses. Sabido el precio, convendrian ustedes conmigo en que esas calabazas cuestan caras, y en que los padres á cuyos hijos tocóles tamaña suerte podian decir, despues de comparar los cuartos que gastaron y el regalo que su hijo les lleva: «¡no es mucho traer!» pero al fin y al cabo las calabazas universitarias no son fruta tan desprestigiada que no se cotice, y es de ver como algunos estudiantes las llevan á sus pueblos, sino gozosos, por lo menos resignados, con la esperanza de que volverán á recoger otras cuando á Madrid regresen.

En el verano las calabazas cobran humos aristocráticos, y no pudiendo ocultar que son amigas de las mujeres ya aficionadas á los usos y costumbres de éstas, dan palpables muestras de movilidad. Aunque parece que por su gravedad debieran estarse quietas, no sucede así, sino que, reducidas por la generalizada costumbre de veranear, emigran; y como si fueran personajes distinguidos, no se contentan con menos que ir á las azuladas playas del Mediterráneo ó á las revueltas y traicioneras del Cantábrico.

No se sabe si hicieron el viaje en la vara de un peregrino; ó entre el burdel de un tren de recreo, al que prestaron auxilio desempeñando las funciones del botijo, ó facturadas en un tren de mercancías como parte esencial del equipaje de las señoras: ello es que el milagro se hizo, y

que en el verano las encontramos en todas las playas votando alegremente sobre las aguas. Allí nadie las huye, todos las solicitan. No con un desden ni un desengaño; sirven de maestro de natacion y de salva-vidas.

La nudosa cuerda que une á dos calabazas es el maestro favorito que las mujeres eligen para aprender á nadar. Sobre aquella cuerda que ciñe el torneado cuerpo, la mujer hermosa, con el cabello flotando sobre las aguas; los ojos vueltos al cielo, de cuyo azul robaron el color y á cuyas estrellas no envidian la fulgurante luz; los blanquísimos brazos que rígidamente estendidos se mueven á intervalos jugando con las olas, y el caprichoso trage de baño, parece un ángel dormido que tiene por concha el mar y por fanal el cielo.

Por eso no es estraño que el hombre mire con cariño á las calabazas en el mar.

Yo he visto á una mujer dar á su amante las calabazas con que se bañó y besarlas este entusiasmado.

¡Qué es cuanto se puede hacer, tratándose de unas calabazas!

EL FRAC.

Acaba de salir nuevo, flamante, de las manos de un afamado sastre, y espuesto en el escaparate de una elegante sastrería luce su mérito y pregona su elevada alcurnia, orgulloso del importante papel que está llamado á desempeñar en la comedia de la vida.

Bien quisiera poder librarse de la exhibicion prematura á que su confeccionador le obliga, porque está seguro de que nació para ser admirado, y presume de modesto, pero tiene que someterse, porque el hombre gusta de la lisonja, se entusiasma con el efecto que causan las obras de que está orgulloso, y el orgullo del sastre es un frac. Quitad esa prenda del número de las de vestir, y el sastre, aunque en otras muchas puede lucir su habilidad y gusto estético, estará amilanado y no se atreverá á llamarse artista.

Conozco quien asegura, con el acento de la conviccion mas profunda, que su felicidad se cifraria en vestir la túnica romana; sé que hay muchos que gustarian adornarse con el pesado casco de los guerreros de la Edad media para

tomar café en el Suizo, ir al barrio de Salamanca en tranvia y abonarse á palco en los Bufos; y no falta quien se deja seducir por el recuerdo de las famosas capas largas y chambergos, que tan famosísimas desazones dieron á Esquilache, uno de los ministros mas famosos del no menos famoso rey Cárlos III.

Esta variedad en el repertorio de sastrería demuestra que cada época tiene un carácter predominante, y que á ese carácter corresponde el trage.

La tribuna, las discusiones en la plaza pública, el pueblo-rey, los ciudadanos árbitros y los juzgadores de sus propios destinos, necesitan la túnica de los romanos, porque ese trage es el símbolo mas exacto de la seriedad y de la magistratura.

Los combates, la lucha eterna del señor con el vasallo y de ambos con el enemigo comun que á cada momento amenazaba destruir la propiedad y mofarse de la religion cristiana, exigen la coraza y el casco.

En esta época del dinero y del positivismo impera el frac, y no hay rival que intente despojarle de un dominio, justamente conquistado, porque si puede decirse que el frac no es la prenda que representa la talla de las gerarquias, nadie se atreverá á negar que es la que mejor sirve para hacer fortuna, y la que mejor la da tono.

Un conocido escritor, amigo mio, ha dicho que la blusa es la camisa de fuerza del obrero.

Yo creo que la blusa es mas bien el padron del trabajo.

Pero hoy, por desgracia, este padron no es conocido. La blusa va desapareciendo.

Solo hay dos prendas de vestir, nobles en la adversidad como en la fortuna, que tienen valor propio y uso muy distinto, y entre las cuales hay un abismo: la chaqueta y el frac. La chaqueta vive de dia, el frac de noche; por eso la chaqueta puede ser de muchos colores, y el frac solo negro, del color de la noche en que vive.

Pero todos los fracs no son iguales. En ellos no existe esa fraternidad tan decantada como inútilmente perseguida, que aun sirve para alucinar á los cándidos. En los fracs hay tantas clases como en el pueblo indio. Allí habria patrias. Tambien en los fracs existen.

El frac de lujo es el verdadero frac, el destinado para las grandes empresas, el llamado á lucir, á brillar. Siempre satisfecho de su elegancia y de los servicios que presta, le vereis pasear orgulloso en una reunion, en un baile ó en un teatro. Para él no hay penas; todo es alegría. Su dueño no le trata mal si le usa mucho. En cambio, si le olvida, pronto sus arrugas indican una vejez prematura, que es signo infalible de la muerte.

¿No habeis asistido nunca á una funcion dramática de sociedad ó á un espectáculo en el que el jóven violinista D. N. tomaba parte, tal vez porque la fiesta se organizó con un objeto benéfico? Pues si en la funcion de sociedad se representaron comedias de costumbres, habreis visto á los actores con fracs dignos de figurar en el museo arqueológico, y si llegasteis á oir al violi-

nista, lo que mas os sorprende es el frac de aquel Paganini inédito, pobre, que empieza el camino del arte, camino fatal, pues que no siempre está por él la gloria, y sí el Calvario.

Aquel artista desde el primer momento os es simpático. Antes que la música que ejecuta, os ha conmovido el raido frac del debutante, y hecho salir á vuestros ojos una lágrima, mezcla de compasion y de protesta muda contra la fortuna. Y esto ¿por qué? Porque el frac del pobre inspira mas lástima que una blusa rota ó una chaqueta con harapos, porque denuncia la mas terrible de las pobrezas, la que se ve obligada á fingir felicidad; porque, en una palabra, aquel frac es una burla del destino, que obliga á la miseria á presentarse en trage de etiqueta.

La fortuna de un jugador, es la baraja, la de un poeta sus manuscritos, la de un torero la cadena del reló, la de los cómicos su guarda-ropa, la de un ayuda de cámara ó mozo de café, el frac.

Si alguno dudase de que el frac imprime seriedad á quien lo lleva, bastaria para convencerle de lo contrario lo que con los ayudas de cámara sucede. Ellos, que con blusa ó chaqueta pierden la serenidad y se entregan á los furores de una alegría estúpida y escandalosa, parecen estátuas cuando visten de frac, y creerian un crímen sonreirse.

El frac es el trage de lujo de los señores, y el uniforme de los criados.

¡Inexplicable ley de los contrastes!

Al frac se debe una igualdad que no han logrado todas las revoluciones.

El frac tiene la filosofía de la mujer. Porque sabe que se le estima es exigente.. Siempre está pidiendo. Teneis necesidad de que el pantalon sea de elegante corte y género superior, que el sombrero sea nuevo y reluciente, que el charol de las botinas brille libre de arrugas, y que la nívea camisa haga mas perceptible con su especial planchado el oro de la botonadura. Aun así no se da por satisfecho, y cuando una corbata, cuándo un «clác,» cuándo unos guantes, pocas veces dejan de mortificar sus peticiones. Es un censo irredimible, un fraile agonizante, un estómago hambriento que nunca logra verse satisfecho.

He dicho antes que el frac era siempre negro, y no es verdad. Los hay tambien verdes y azules, pero no se ven ya por el mundo.

Los fracs verdes que han quedado tienen influencia en la política moderna. Son el trage de gala de los diputados rurales viejos que aun nos restan, para demostrar que es mas antigua que lo que parece la costumbre de decir «sí ó no,» por aquello de que en boca cerrada...

Comprendo que el frac no tenga muchos partidarios; pero solo puedo atribuir á mala fe el que diga que no tiene ninguna virtud.

Esto no es cierto, y de ello enérgicamente protesto. Si otros muchos méritos no le hicieran aceptable, este solo motivo bastaria para ganarle nuestra consideracion. Tiene una virtud rara en todos los tiempos, y aun mas en estos de positivismo y mentira que nada se respeta; la virtud de la fidelidad.

No os fiareis del amigo mas íntimo, ni de la

mujer que mas os diga que os ama, ni aun de vuestro perro, pues hay pruebas de que hasta el perro se ha contagiado con la enfermedad reinante y ha olvidado algunas veces su lealtad tradicional; pero os podeis fiar del frac. Si le llevais puesto, nadie dudará que os pertenece. Si le dejais á un amigo, perder cuidado, que con sus anchuras ó estrecheces irá diciendo desde cien leguas: «este no es mi dueño.»

Los enemigos del frac son los demagogos y la polilla. Los demagogos aspiran á destruirle por completo y no consiguen nada; la polilla, mas modesta en sus deseos, se contenta con perseguirle con el mayor sigilo, concentrando su rabia en uno solo, y raro es el trac á quien ella fia el secreto de su enemistad que no llora amargamente tal infortunio.

Del frac podria escribirse una historia, que, á semejanza de uno de los dramas de Echegaray, se titulase «Como empieza y como acaba.»

Empieza bien, muy bien; llamando la atencion de todo el mundo por su buen corte, elegancia y distincion.

Acaba mal, muy mal; en el fondo de un cofre, sepultado en vida por los siglos de los siglos, ó en un baratillo ó prendería, donde se esconde avergonzado entre antigüedades ruinosas, hasta que algun comprador de «recuerdos» le adquiere en bajo precio para utilizarle como ropa vieja.

Tiene, en fin, la misma suerte que el vicio, por mas que no lo merezca.

Se ve glorificado un dia, despreciado una eternidad.

LA CARTA.

Un pliego de papel que lo mismo puede ser grande que pequeño, inglés finísimo que de barba, rayado blanco ó de colores caprichosos, perfumado ó sin perfumar, con el lujoso timbre que denuncia la aristocrática mano que le usa, ó liso completamente segun ahora la moda manda para los neos y la economía ordenó siempre para los pobres; escrito por una ó mas carillas; con buena ó mala ortografía; con elegante ó grosero estilo; con borrones ó sin ellos; con menuda letra orgullo de la caligrafía ó gruesos y desiguales garrapatos que mas que á letras se asemejan á una araña; envuelto en un sobre en que campea el nombre da la persona á quien aquel papel se dirige y oculta á indiscretas miradas un contenido, eso es una carta. Y, sin embargo, aunque al observador mas minucioso no podria exigírsele que viese nada mas en esa espada de dos filos que si unas veces llena nuestra alma de consuelo, otras siembra en ella implacable el dolor y la desconfianza; seguro estoy que vosotros no quedais satisfechos de mi descripcion á pretesto de

que ésta podria referirse al cuerpo, á la materia, á lo tangible de una carta, pero que no da completa idea de la carta misma. Es cierto. Dejemos reducido el valor de la carta al de un papel mal ó bien escrito y habremos cometido una injusticia y una ingratitud. Su verdadero valor está en lo que la carta dice. Un libro cerrado ¿qué es? Una coleccion de letras ordenadas con maravillosa simetría en diversas hojas de papel, pero aquellas letras pueden encerrar el canto épico de la humanidad, las desgracias de un génio, las glorias de un país, ¡quién sabe si las esperanzas de todo un pueblo!

El alma de la carta, lo que encierra, es lo que para nosotros tiene valor; alma que unas veces nos inunda de alegría y otras nos arranca frases de reconcentrada ira ó hace asomar al rostro el gesto delirante del dolor. La lectura de aquella carta nos produce lágrimas, besos, suspiros, rabia tambien. Despues de leida, la arrojamos al fuego ó la guardamos en el bolsillo interior de la levita ó chaqueta que mas cerca está del pecho, como si entre aquella carta y el corazon se hubiese establecido relacion directa ó una corriente eléctrica de dulcísimas emociones.

¡Rindamos culto á ese leal amigo del hombre á quien debemos tantos beneficios! Unas veces es fria como un escéptico y otras apasionada como una mujer. Es la conciencia del hombre retratada en el papel.

*
* *

¿Qué seria del amor sin ese pedazo de papel que pone en comunicacion dos almas enamora-

das á quienes el celo escesivo de la familia ó las conveniencias sociales impiden otro medio de relacion mas conforme á los caprichosos deseos del travieso y burlon hijo de Vénus? ¿Qué seria de tantos amantes tímidos sin ese poderoso auxiliar que declara lo que los torpes labios, mas cobardes que los ojos, no se atreven á decir ó dicen mal? La carta nos pone en contacto con la mujer amada, nos inspira valor, logra arrancar uno por uno todos nuestros mas escondidos secretos que despues vemos escritos con sorpresa, y es el enviado estraordinario de que Cupido se vale por regla general cuando intenta confundir dos corazones distintos en un solo amor verdadero. Esta primera carta en que una mujer nos confiesa su amor correspondiendo al que nosotros le hemos declarado, forma época entre los dias memorables del hombre: el recuerdo de un contenido no se borra nunca. Al recibirla sentímonos dominados por violenta sensacion, de buena gana hubiéramos querido retardar aquel momento, y sin embargo, ansiábamos que llegara cuanto antes; miramos el sobre por todas partes como si pudiera decirnos que es lo que oculta; nuestra mano dispónese á despegarlo y antes de hacerlo lo intenta mil veces como si temiera profanar el secreto que encierra. El hombre fíngese amigo de la verdad y aparenta no temer la muerte, pero cuando la muerte se le aparece ó la verdad dispónese á hablarle, tiembla. Aquella carta si es satisfactoria, podrá muy bien ser una mentira, pero si es una negativa nadie duda que es una verdad: por eso el hombre teme abrirla; ve en ella la sentencia que ha de dar al corazon la

libertad ó la muerte. Al fin la abrió; si la respuesta es favorable, la felicidad se retrata en el animado rostro; si en ella va envuelto un desprecio, el desaliento se apodera de nosotros y á los errantes ojos acuden lágrimas rebeldes de dolor, pero las cartas amorosas tienen una virtud que envidiarian las obligadas á pegar sello de franqueo aunque no fuese mas que por reirse de la ignorancia de los empleados y no andar de administracion en administracion de correos sin llegar nunca á su destino; esta virtud es la de valerse de cuantos medios encuentran á propósito para cruzar la distancia que va de la cartera del novio al bolsillo de la novia ó viceversa. ¿Quién no conoce todos esos procedimientos de que los amantes se valen para burlar la vigilancia de una madre gruñona ó de un padre terrible! Ahora es la hermosa niña la que asomada en el balcon, deja caer un pequeño papel cuidadosamente doblado que el novio recoge fingiendo se le ha caido el pañuelo en el mismo sitio donde la carta con ansiedad vivísima aguarda su llegada, temerosa de que la indiscreta mirada de algun *chico de la calle*, la haya visto caer y quiera enterarse de su contenido; otras veces, aprovechando la oscuridad del templo, el amante se coloca junto á la marmórea pililla del agua bendita esperando que llegue su amada, que sin duda tiene costumbre de encontrar en aquel sitio algo mas que el agua del Jordan, porque al mismo tiempo que en ella humedece los bien torneados dedos de la derecha mano, estiende con precaucion la izquierda hácia el sitio en que su Amadis está colocado, segura de que poco tardará en en-

contrarse el perfumado billetito que con presteza oculta entre el pañuelo y leerá gazosa cuando la hora del reposo suene y con ella disfrute la libertad que le garantiza su inviolable templo de vírgen; cuando es la criada el cartero que las lleva y las trae, no siempre sin que hagan estacion en menos de la complaciente mamá que si no se opone á los puros amores de su hija, quiere estar segura de esa misma pureza; cuando la portera, que con ese servicio ve colmadas sus dos constantes aspiraciones, tener dinero y noticias que comunicar al conciliábulo de criadas y soldados que forma en la portería. En una palabra, la carta ha descubierto todos los medios de seduccion; pocas son las puertas y pocos los corazones que encuentra cerrados en su carrera. No es estraño. Casi siempre va acompañada del dinero y el dinero está de luengo tiempo reconocido como la llave ganzúa universal.

*
* *

Una carta encierra muchas veces toda nuestra fortuna presente ó es la base de nuestra riqueza futura. Trayéndola guardada en el mas oscuro y escondido bolsillo de una cartera de badana que puede ser nueva pero que es viejísima las mas de làs veces; vienen á la córte todos cuantos buscan proteccion y fortuna. Sin relaciones de ningun género, sin mas dinero que el preciso para no morirse de hambre en algunos dias, no muchos por cierto, los que en Madrid ven un filon abierto á las aspiraciones del hombre, consideran la carta que les dió un personaje de un pueblo como el talisman que ha de colocarles en el carro de

la fortuna para hacer un viaje de recreo hasta el pináculo de la gloria. Desgraciadamente tan dulces ensueños logran verse satisfechos muchas veces; pero la culpa no es de la carta cuyos esplícitos términos bien claramente demandaban proteccion, elogiándose como un medio de conseguirla.

Y sin embargo, seria una injusticia negarlos importantísimos servicios que á la juventud prestan las cartas de recomendacion. Una carta abrió al aprendiz de periodista las puertas del periódico en que redacta. Una carta pone al escritor en trato con los editores acostumbrados á comprar las obras por el peso del papel. Una carta nos proporciona la proteccion de un potentado que aun tiene en algo las peticiones de sus amigos. Una carta nos valió el destino (y entiéndase que yo no soy empleado) cuyo sueldo cobramos presurosos, y la licencia que nos permite pasar el tiempo en santa calma sin cuidarnos de otra cosa que de esperar el primero de mes, fecha feliz en que la nómina se firma. El pretendiente incansable cuyos deseos de ver al ministro se estrellaron siempre contra el mal humor de un portero gruñon, arpía con cuya distincion sueñan todos los cesantes, el estudiante desaplicado y calavera que vió llegar el mes de Junio perfeccionándose en las carambolas ó *poniendo pesetas á un caballo;* el que tiene un espediente en las oficinas del Estado, cuya resolucion le urge; y el que desea, en fin, hacer fortuna, sueñan con una carta de recomendacion y en ella cifran todas sus esperanzas. ¡Lástima que algunas veces se vean defraudadas!

* * *

¡Qué infamia mas cruel cometieron con la carta! Sedujéronla logrando falsificarla: por la violencia ó la dádiva la hicieron llegar á un destino que su honor rechazaba, y la carta, sufriendo las vergonzosas humillaciones á que la obliga su criminal oficio, se ve colocada sobre la elegante mesa de un despacho, entre las hojas del libro de misa ó sobre el mármol blanco de la mesilla de un tocador donde la colocó la traidora mano. Aquella carta es un puñal dispuesto á clavarse en el corazon del hombre cuyos ojos la lean, es un veneno que roe las entrañas del que la toca, es un delito infame que se enreda con la alevosía. El mundo ha comprendido que era una ofensa llamar carta á ese libelo, ha comprendido que era arrojar sobre la carta un borron de inmoralidad y le ha llamado *anónimo*. Ha hecho bien; de otro modo la carta no podria tolerar tanta deshonra como sobre ella pesaria, porque el anónimo es la semilla de los celos que algunas veces da por fruto el crímen, es la traidora mano que á sangre fria nos da una puñalada por la espalda.

Las lineas del anónimo, llenas de cinismo, á través de las que vemos la mano oculta de un enemigo que no tiene valor para arrostrar nuestra ira, denuncian casi siempre un adulterio. Los fines del anónimo son bien manifiestos; aspiran á ser al destructor de la familia. El anónimo no respeta honores, ni reputaciones, ni amistad; para él nò hay nada que merezca veneracion. La madre amante y virtuosa no es mas que una mujer á quien conviene sacrificar porque con heroismo supo resistir el poder de la seduccion; el es-

poso cariñoso, un hombre que estorba y á quien conviene «quitar de en medio.» La calumnia ha escogido el anónimo para su disfrar.—¡qué de horribles males produce!

El hombre está convencido de que casi siempre es mentira lo que el anónimo asegura, y á pesar de eso no puede desprenderse de él. Cuando los irritados ojos que enrojeció la ira se fijan en el infame anónimo, el dolor, la rabia y el desaliento retrátanse en ellos sucesivamente. Se desea quemar el anónimo, y un poder superior al deseo retiénele en las crispadas manos. Procúrase hacer esfuerzos supremos para olvidar un contenido ó no hacer caso de él, y en vano, porque en todas partes la vista encuentra escritas las maldecidas palabras. El anónimo logró su objeto. Difícil será que vuelva la felicidad al corazon que él destruyó, como es difícil borrar la negra mancha de la calumnia.

El anónimo es hijo del contubérnico de la envidia con el temor cobarde y rastrero.

No no estraña su destructora influencia; ha nacido maldito.

*
* *

¡Cuánto no llora la afligida madre que vió un dia partir para la guerra al hijo querido! Las quintas le arrebataron del hogar. Tal vez su muerte hubiérale librado del penoso servicio, pero no habia sorteo; era tiempo de guerra y solo á dos mil pesetas les estaba concedida la gracia de redencion; á la pobre familia, aunque le sobraba honradez si la honradez pudiera sobrar,

faltábanle los ocho mil reales, y el hijo vistió el uniforme militar. Durante el mes primero de su ausencia escribió tres cartas, con avidez y alegría leidas por todos los parientes y amigos del soldado, pero los dias se pasaban, trascurrieron tres meses y nadie volvió á saber en ese tiempo qué suerte habia cabido al pobre jóven en la ruda contienda á que le hicieron asistir sin haber aprendido los primeros rudimentos de la milicia. De la casa de sus padres, donde desde su ausencia habia faltado la alegría, llegó á faltar la esperanza y la resignacion. Los demas soldados del pueblo escribian con frecuencia, pero nada decian del que fue su amigo en los venturosos dias de la niñez. La infeliz madre lloraba juzgando que aquellas lágrimas eran derramadas por la muerte de un hijo. Al fin un dia de dicha y de felicidad, Dios entró en la modesta vivienda en la figura de una carta. El soldado decia en ella que habia sido herido en un combate y que enfermo durante mucho tiempo en un hospital, no habia podido escribir, pero que estaba ya completamente bueno y que sus jefes, en premio de su valor, habíanle concedido un grado y una cruz. Aquella carta fue el sol de la alegría tanto tiempo oscurecido y que ahora volvia á brillar puro y esplendente: leyó cien y cien veces en el pueblo, y al fin la cariñosa madre guardóla cuidadosamente envuelta en negro pedazo de tela de seda, allá en lo mas oculto de un rapado cofre, como santa reliquia.

Hablar de todas las demas cartas seria tarea interminable, que por enojosa abandonamos.

El dinero, para aligerarse de peso y burlar

muchas veces la persecucion de los ladrones, se presenta de incógnito en la forma de una carta de pago.

El dolor y el duelo han escogido para espresarse la carta de luto.

El vicio, para dominar al hombre y acercarle á la perdicion, la carta de juego.

La osadia la carta de mas.

El temor la carta de menos.

LOS OJOS.

¿Quien no se sentirá atraido por la mágia irresistible de algunos ojos?

Comprendo que al oir esta pregunta solteis la risa y ni siquiera os acordeis de que todas las preguntas están pidiendo una respuesta. Sentirse atraido por el entornado y prometedor mirar de algunos ojos es lo mas natural del mundo cuando se trata de los ojos de una mujer.

Son estos ojos al hombre, lo que el iman al acero, lo que el diamante al rayo, lo que la envidia á los corazones pequeños que les atrae y les seduce.

La cara dicen es el espejo del alma.

Los ojos son el espejo de la cara y el libro de la inteligencia.

Un hombre ciego es una caja herméticamente cerrada.

Habladle al corazon y habreis encontrado la llave.

Y por otra parte, ¿habrá algo que tanto hermosee á la raza humana ni que de mas la sirva?

Cerrad los ojos y no conocereis á vuestro me-

jor amigo ni podreis admirar los divinos destellos de la hermosa y pródiga naturaleza.

Los ojos son brillantes porque se alimentan de la luz.

Quedaos á oscuras y vuestros ojos se cerrarán sin que sepais daros cuenta del por qué.

Por eso la noche os invita al reposo; por eso cuando teneis un profundo sueño os quedais sin luz.

Hay quien se acostumbra á dormir con iluminacion.

Pero esta no deja de ser una rara costumbre y hay otras mas estrañas.

Yo os aseguro que con un pensamiento que os preocupe y una luz brillante en vuestra habitacion os será imposible conciliar el sueño.

Si muchos duermen con luz, es con esa luz opaca de las antiguas lámparas egipcias que acrecienta el deseo de dormir.

Cerrad los ojos y sentireis arder vuestra cabeza y fiebre en vuestras manos.

Y parecerá como que la tierra anda en vertiginosa rapidez y os arrastra en su veloz carrera.

Y os tendreis que coger al objeto mas próximo ó á la pared mas cercana para no caer.

¿Qué es esto? es un abismo que os atrae, el abismo del vértigo, el abismo de la oscuridad.

Pero abrid los ojos á la luz, y entonces la fuerza volverá á vuestro cerebro, la risa á vuestros labios y tendreis en los pies la firmeza y la seguridad que antes les faltaba.

La luz es el poder y la alegría.

Por eso los ojos que de ella se alimentan casi siempre están alegres, por eso brillan siempre.

Los ojos ocupan la parte mas superior de la cara.

Son mas nobles que las restantes partes que la forman.

Pero no que la frente, porque la frente representa la inteligencia que los dirige.

Escuchad el mas brillante discurso, la poesía que mas os hable al alma, la música mas dulce y melodiosa, y á fuerza de tanto oir, el discurso os irá pareciendo monotono, la poesía insípida y un sonido molesto la música. Vuestro oido se habrá cansado.

Hablad mucho; recitad con el entusiasmo del artista una bellísima composicion; leed un trabajo vuestro del que esteis orgulloso; contad á vuestro amigo mas íntimo los pesares que os atormentan ó las alegrías que os adormecen, y aunque tengais el mayor gusto en la conversacion, á pesar vuestro concluireis por sumiros en un largo mutismo del que no se sale tan fácilmente. Os habeis cansado tambien.

¿Cuándo os cansais de ver?

Nunca.

Los ojos recibirán siempre un placer en admirar. Pasarán por todas partes alegres ó sérios, segun que les agrade ó no lo que ven, pero mirarán siempre, y será necesario un cuadro de desolacion y ruina, una escena terrible, la vileza de un asesinato ó la repugnancia del crímen, para que se aparten del cuadro ó de la escena.

Y los ojos tienen bien merecida esta supremacía.

Con la boca no podeis mas que hablar ni mas

que escuchar con los oidos. ¿Pero y con los ojos?

Los ojos tienen mas poder, mas virtudes, talento mayor y variado.

Podrá estar vuestra imaginacion muy lejos del sitio donde se encuentra vuestro cuerpo, y sin embargo, mirad con atencion al que os habla, aunque no os fijeis en lo que dice, y estará orgulloso del valor que dais á sus palabras, cuando tal vez, tal vez ni siquiera las habeis oido.

Pero hay mas: yo creo que sobre el lenguaje simbólico, sobre el de la mímica, y muchas veces superando al de la palabra, está el lenguaje de los ojos.

Y no culpeis á este idioma de engañoso.

¡Cuántas veces con la palabra se dice lo que no se siente y se pregona lo que no se cree!

Decid que por eso debe desterrarse un idioma y tendreis que borrar todos los diccionarios del mundo.

Mas cuando no es mentira, ¿hay lenguaje tan elocuente como el de los ojos?

Quitadle á un hombre una ilusion y en su rostro vereis reflejarse el llanto, aunque no veais lágrimas.

Que lo que él creia un sueño de felicidad se realice, y sus ojos sonreirán, y hablarán mas elocuentemente que las palabras, porque en aquel momento es dichoso, y la dicha gusta poco de ser vestida con frases pomposas sin eco en el alma.

¿Quereis saber hasta qué punto la ira domina en el corazon del que, víctima de una ofensa de

esas que no se comprenden sin el deseo voraz de vengarlas, se entrega á los mas violentos arrebatos? Pues miradle los ojos, los vereis con la pupila roja, y en ellos la fiereza no saciada, la rabia comprimida, el dolor infinito, la infinita desesperacion.

Pero noto que los he puesto muy altos y voy á bajar un poco los ojos.

La union es la fuerza, hé ahí un axioma universal.

Sumad y aumentarais, hé ahí otro que quiere decir lo mismo.

Pues aplicad estas dos reglas á los ojos y os dan idéntico resultado.

Cuatro ojos ven mas que dos.

Se esceptúan los de los agentes de la autoridad que por razon de su cargo están dispensados de ver.

Yo sabia que los ojos conspiraban, pero nunca llegó á mi noticia que estas conspiraciones perjudicasen mas que al individuo á quien se trataba de arrebatar su tranquilidad.

Hoy reconozco que he estado en un error.

Sé de ojos que conspiran contra instituciones respetables.

Los de los bizcos, de quien todos los dias se dice que miran contra el gobierno.

Los ojos no valen lo mismo para todo el mundo; para un oculista son una mina; para un centinela la vida; para los que tienen ojos y no ven un adorno; para los vistas de aduana una cosa perfectamente inútil.

¿No habeis oido á muchos hombres sensibles decir entusiasmados, soy todo corazon?

Pues decid á un hombre curioso que vais á enseñarle algo y esclamará: soy todo ojos.

Así como la cara tiene antifaz, le tienen tambien los ojos.

La careta de los ojos son las gafas.

Claras ú oscuras disfrazan igualmente, pero en las primeras hay posibilidad de conocer; en las segundas hay que renunciar al reconocimiento.

El hombre que lleva gafas oscuras es impenetrable, prueba de que los ojos son el termómetro de las emociones.

Si teneis un amigo que las lleve ya lo habreis notado, hablareis con él una hora sin saber si vuestra conversacion le es simpática ó desagradable, como él mismo no quiera decíroslo, sin conocer las sensaciones que le causa vuestro relato ó si le ofende lo que le decís.

Un hombre con gafas es un ciego que ve y que quiere ser ciego.

Por eso no se las quita nunca.

Los ojos son la cédula de vecindad del hombre.

Por eso muchos que no tienen sus papeles en regla apelan á un recurso.

Ponerse gafas.

Hay un problema cuya resolucion se deja para cuando se haya dado direccion á los globos, la cuadratura del círculo sea la primera verdad de la geometría, y el movimiento contínuo una cosa tan natural y corriente como ahora hacer andar un cronómetro de cuatro mil reales. Hasta tal punto parece el problema insoluble y complicado

Es decidir qué ojos valen mas, si los azules ó los negros.

Ya que le he anunciado, no quiero dejar de dar mi opinion, valga lo que valiere.

Los ojos negros son el fuego que consume y mata sin sentirlo, un abismo divino.

Los ojos azules son la seduccion tranquila y reflexiva, un divino cielo.

Cuando unos miran, matan de felicidad.

Cuando otros miran, nos prometen una dicha eterna.

Si los ojos negros matan y los azules son la gloria, mi resolucion está tomada.

Quiero morir para ir al cielo.

A cambio de su gran poder y de su infinita sabiduría, los ojos desconocen por completo una cosa que no es mala en ocasiones; el disimulo.

Estais en una reunion. Os habeis propuesto no mirar á la mujer que os enamora, para que nadie se aperciba ni nadie conozca ese cariño, todo será en vano; á vuestro pesar, los ojos no cesarán de mirarla y os habrán vendido.

Tienen ademas poca precaucion para buscar auxiliares.

Una mujer que os quiere, os mira en el teatro, y aunque en sus ojos sorprendais un verdadero amor, si no sois inmodesto, solo os atrevereis á decir: me mira.

Pero si ella, temerosa de que lo conozcais, y no pudiendo resistir al deseo de veros, se vale de un auxiliar, los anteojos, y cree que poniendo cristales por medio entre sus ojos y los vuestros ha conseguido su deseo, se equivoca; porque entonces, no ya vosotros, sino todos los que hayan visto la escena, esclamarán: le ama.

Y es que si los ojos son atrevidos, los auxiliares son escandalosos.

España ha sido el país de los conventos. Pues bien, sucedia á veces no haber en alguno de aquellos inmensos edificios donde se refugiaba la novela desdichada de nuestra vida social mas que un prior y un lego, restos de una comunidad numerosísima. La disciplina no se rompia por eso.

El prior conservaba siempre su autoridad, y el lego estaba obligado á respetarle, como si les diferenciaran sesenta frailes.

Lo mismo pasa con los ojos.

Los ojos, aunque son dos, no tienen el mismo valor. Forman una república, pero una república de castas.

Ved á un padre que alaba la aplicacion y las cualidades de su hijo, que os habla del acendrado cariño que le profesa, y le oireis decir: es mi ojo derecho.

Si quereis conquistar el amor de una mujer, la proteccion de un potentado ó el aplauso del público, poco servirá que seais bello y elegante, os adornen méritos ó tengais talento, si no habeis inspirado esa simpatía que en el lenguaje vulgar se llama entrar por el ojo derecho.

Del izquierdo nadie se acuerda.

Horrible leccion para la humanidad.

En la república de los ojos, y eso que no son mas que dos, hay desheredados y elegidos.

¡Allí tambien impera la ley terrible de las desigualdades!

La propiedad que mas aprecia la mujer es la de sus ojos.

Decid que es pobre, y aunque el humo de la ambicion tenga ennegrecida su alma y se abrase en el deseo de parecer riquísima, quizás podrá perdonaros, porque quizás llegue á tener lo que desea.

Dudad de su virtud: si es virtuosa ya se encargará de demostrar que la injusticia ó el despecho hablaron en vosotros mas alto que la verdad; y si teneis razon hará poco caso de vuestras palabras, porque aunque le hiciera no han de faltarla medios de engañar á quien la convenga.

Decid que es una coqueta despiadada, que no tiene corazon, que os abrió las puertas de la dicha para cerrároslas cuando íbais á traspasar sus umbrales, y os perdonará tambien, porque sabe que una sola de sus sonrisas, una palabra, una de sus miradas, os desarmará y volvereis á idolatrarla.

Pero no la digais si es bonita, buenos ojos tienes, y será vuestra irreconciliable enemiga; no os perdonará nunca, porque la habeis herido en lo que mas quiere, en su orgullo; el orgullo de una mujer es su hermosura, y su hermosura está en sus ojos.

Pues, ¿y el juego de los ojos?

Prohibidla hablar, y aunque á mas de habladora como mujer, lo sea porque la interese la conversacion, el amor ó el miedo podrán hacer que permanezca silenciosa.

Si ofuscado por los malos consejos á una mujer amante la impedís que fiscalice vuestras acciones, quizás nada os pregunte.

Pero no podreis impedirla jugar con los ojos, y esa interrogacion muda que tanto seduce; co-

mo no lograreis nunca prohibir á una buena madre que haga caricias á sus hijos.

Los ojos de una mujer son el mejor libro para un hombre.

En él leerá si es amado ó aborrecido, la duda ó la esperanza, la promesa ó la felicidad.

Se condenan como libros heréticos los ojos de las mujeres coquetas, que son muchas.

Pero considerando los ojos de la mujer como un libro, aun debo añadir que hay muchas clases de libros.

Unos, á semejanza de los que teneis en vuestro estante, solo se abrirán cuando querais abrirlos, y nadie mas leerá en ellos.

Otros, como esos grandes libros que en los coros se ven, están siempre abiertos, dejándose leer.

Otros, como los de las bibliotecas, están á disposicion del último que llega.

Leed mucho en los primeros; pero por Dios no leais en los ojos de una mujer que, como los libros de coro, están siempre esperando miradas, ni que, como los de biblioteca, se dejan leer por todo el mundo.

Está de moda, y nadie se opone á los mandatos de señora tan augusta como intransigente.

Todo el mundo rabia por ver su efigie en un lienzo ó en una fotografía con todos sus pelos y señales.

Elígense para el retrato, como quien dice, los trapitos de cristianar.

El que se retrata al óleo, persona de posibles por regla general, no se deja en el armario ni el frac ni el uniforme, si le tiene, ni todas las cru-

ces con que le honraron. ¡Pues no faltaba mas!

El que se retrata en fotografía procura ponerse una levita flamante, peinarse lo mejor posible, y si ser puede que se le vean las sortijas ó la cadena del reló.

Esto último es de absoluta necesidad.

Hay quien no está ni por ese lujo, ni por esas fotografías, ni por esos cuadros.

Hay quien solo aspira á verse retratado con el trage de la complacencia en los ojos de una mujer hermosa.

Los ojos tienen tambien enemigos. ¡Quién no los tiene!

Los enemigos de los ojos son encubiertos.

No tienen valor para decir muera la luz, pero dicen: «ojos que no ven corazon que no siente.»

¡Que absurdo!

Ver y sentir; hé aquí la armónica y divina relacion entre el cuerpo y el alma.

Por eso las almas grandes quieren ver un solo dia, aunque al siguiente mueran de sentimiento.

EL RELO.

Es de noche y acaba de apagarse la luz en mi dormitorio.

El silencio profundo que reina solo se ve roto por el tic-tac acompasado, igual é inalterable de un reló que por costumbre dejo todas las noches sobre el mármol de una mesilla colocada junto á la cabecera de mi cama. ¡Qué de estraño que piense en el reló! ¡mas bien en el tiempo!

¡El tiempo! ¡Cuánto es su poder, cuán eterna es su vida, cuán duras é inflexibles son sus leyes! Su fuerza es incontrastable, y aunque la necia y odiosa tiranía llevó su locura hasta pretender atajar al tiempo en su camino, y detenerle, bien pronto, hubo de convencerse de lo absurdo de su deseo, porque querer que retroceda el tiempo es lo mismo que dominar las rugientes olas del Océano ó hacer de los leones animales domésticos.

Las glorias del tiempo han menester de un cronista imparcial y le tienen; la historia; pero el tiempo necesita ademas de una medida, y el reló sabe prestar tan importantísimo servicio.

Los griegos profesaban la religion católica con una fe que rayaba en fanatismo; adoraban á los santos, y postrados de rodillas ante las imágenes, hacíanlas intermediarios para con Dios. Pero del fanatismo surgió el error bien pronto. Olvidaron que quien hacia los milagros no era la imágen de madera, sino el santo á quien aquella imágen representaba, é incurrieron en la herejía de adorar la representacion en vez de la santidad representada.

Bien mirado, otro tanto acontece con el reló. El reló no hace mas que medir el tiempo, y sin embargo, muchas veces creemos que es el tiempo mismo, y que de aquel complicado objeto que señala las horas depende el que se acerquen ó se retarden los sucesos que nos interesan.

Se ha dicho que no es el reló sino el corazon la medida del tiempo, y yo lo niego. Las horas parecen siglos, decimos, cuando esperamos con ansiedad un acontecimiento. Parece que fue ayer, se dice tambien de sucesos antiguos cuyo recuerdo no ha borrado de nuestro corazon el olvido. El corazon se equivoca porque le alteran las pasiones. El reló, ni optimista, ni escéptico, libre de deseos aunque no de compusturas, cuenta el tiempo con la misma indiferencia que se cuenta el dinero ajeno cuando se va á entregar religiosamente á su dueño.

¿No es desconsoladora la frialdad de un hombre á quien contais vuestras penas ó vuestras desgracias, sin lograr que se interese por ellas?

¿No conoceis muchos hombres egoistas, calculadores, insensibles, sin mas religion que el negocio ni mas virtud que la puntualidad, á

quienes ni ruegos ni amenazas consiguen apartar del propósito que se han decidido seguir? Pues lo mismo es un reló.

Aguardais un suceso feliz, esperais ansiosos que llegue la hora de la amorosa cita, ó la de abrazar á la familia de quien mucho tiempo estuvisteis alejado, ¡pues ya se sabe! La ansiedad os martiriza, y creeis engañarla mirando el reló cinco veces cada minuto. El reló es en esos momentos la desesperacion, porque el deseo se estrella contra la indiferencia. Si teneis mas de un reló los consultais todos para convenceros de que andan; si encontrais un amigo, pedís que os enseñe su reló para compararle con el vuestro, y el reló en tanto, insensible á las suplicantes miradas, ni hace mas rápido su tic-tac, ni se inquieta por nada.

Sucede á veces que el hombre, no pudiendo resistir aquella tiranía del tiempo, se subleva contra ella y cree dominarla adelantando el reló; pero el desengaño se hace esperar bien poco. Si eran las once, por ejemplo, y le adelantásteis hasta las once y media, pronto la vista del reló de una tienda, ó las sonoras vibraciones del de la iglesia vecina, os convencen de lo inútil de vuestra obra, burlándose de ella.

El reló es un enamorado del tiempo que canta todas las escelencias del objeto amado.

Hay relojes que apuntan, pero no dan la hora; son diputados con voto pero sin voz.

Mas no todos los relojes son modelos de exactitud. Los hay que se atrasan y se adelantan, y ú os hacen creer que es la hora de la comida, cuando apenas si acabais de dar cuenta del al-

muerzo, ó como la vieja de las Gacetas de que nos habla Fígaro, viven retrasados y dicen con la mayor seriedad que son las cuatro de la tarde en un dia de verano, cuando los faroles de gas empiezan á hacer la competencia al sol.

El reló tiene horas alegres y horas tristes. En esta diferencia la luz influye poderosamente. De dia las doce parece que suenan alegres y animadas: de noche, tristes y sombrías; de dia es un sonido que viene á aumentar el ruido y el bullicio de un mundo que se mueve; de noche es la voz triste y melancólica que vela por un mundo que en el sueño está muy cerca de la muerte.

Los relojes mas famosos de las ciudades no pueden competir ni en grandeza ni en puntualidad con el que en el campo se emplea. Para Madrid basta el reló de la Puerta del Sol; para la grandeza del campo no hay mas que un reló posible; el cielo. De dia el sol luce espléndido, y sus vivísimos rayos son como los minuteros que miden el tiempo. De noche las estrellas, formando caprichosas figuras, hacen del cielo un reló inflexible y sublime, en el que el munde todo puede formarse idea de la grandeza de la eternídad.

El reló para un empleado es una ley que la holgazanería puede alterar respecto á la hora de entrada á la oficina, é inflexible para el trabajo, si alguna vez éste ordena retardar la hora de salida; para el agente de órden público el objeto de todas sus miradas cuando está de servicio; para el cochero, la fidelidad y la tarifa si trabaja por horas; para el ratero la impunidad, y para Caco el mejor holocausto.

Si todos los hombres hiciesen con la conciencia lo que hacen con los relojes, el mundo seria un paraiso.

El reló de la calle de Sevilla goza merecidamente fama de exacto; pues bien, pocos hombres pasarán por dicha calle que no pongan su reló á la misma hora que el modelo.

Si del mismo modo los hombres pusiesen sus costumbres y sus sentimientos al nivel de los sentimientos y de las costumbres del verdadero justo, seria posible la felicidad.

LA MUSICA.

La mitología fue poco pródiga al diseñarla, y eso que puso en manos de una bellísima diosa el arpa ó la lira de oro como representacion de tan sublime arte.

Yo creo que esta figura no da idea de la música, del mismo modo que una corona de laurel no da idea de lo que pudo ser el genio á quien se otorgó tal prueba de admiracion y entusiasmo.

La música es la mas antigua de todas las artes, la cuna de la belleza en sus múltiples y variadas manifestaciones, el cimiento de ese grandioso é incomparable edificio que formaron arquitectos tan sublimes como Dante, Rafael, Mozart, Byron, Murillo y Rossini, y que se llama Arte universal, el gérmen de todo sentimiento artístico, la madre, en fin, de todas las ramas del arte y la que en el órden de los tiempos aparece la primera.

La naturaleza, dicen es la poesía. Yo creo que se equivocan los que tal aseguran; la naturaleza es la música.

El mundo, desde que apareció formado por la suprema voluntad, una orquesta.

Los pájaros entonan sus alegres gorgeos.

Los rios se despeñan por las cascadas naturales, produciendo un fúnebre sonido, y si por el contrario, corren por una superficie arenosa y plana, este sonido es tan agradable como el preludio de un arpa.

La tempestad es la música de un drama trágico. Los truenos tienen algo de aterrador, y su ruido seco y penetrante, que retumba en el espacio como si ellos mismos se escuchasen con delicia, admirados de tanto poder, son la voz de las pasiones que hay en la naturaleza, como esos sonidos fuertes que en los dramas líricos se combinan, son la espresion mas exacta y acabada de las pasiones del hombre.

El aire al arrastrar las hojas secas ó al mover las que hay en los árboles, produce un ruido estraño. El silbar del huracan tiene algo de rugido de un hombre dominado por la idea de venganza. La lluvia, en fin, suena á nuestros oidos como el llanto con que el cielo se duele de la ruina de la naturaleza.

Para mí no hay música mas perfecta y acabada que la del mar, porque toca todos los sentimientos, desde el mas dulce y tranquilo hasta el mas terrible y borrascoso.

De aquí se deduce que la música mejor, es la que mejor imita la naturaleza.

Los primeros hombres asistieron al concierto mas notable de cuantos se han verificado: al concierto de la naturaleza vírgen. Por eso fueron músicos antes que nada.

Esto es indudable. Unos hombres hay á quienes comparamos por sus costumbres con los primeros pobladores del mundo: los pastores.

Pues bien; los pastores desconocen esos sentimientos nobles, que, como el amor, hacen de esta vida algo mas que un camino de amarguras; no se esplican la religion, aunque tienen fé; la belleza del campo no les conmueve, porque la ven todos los dias; en aquellos árboles, bajo cuya sombra descansan libres de las punzantes picaduras del sol, no ven mas que un objeto útil, sin fijarse para nada en su belleza, y el cielo no tiene para ellos mas valor que el de un reló de que no se puede disponer, para el hombre que vive en las ciudades. Y sin embargo son músicos. Sus canciones no se parecen á ninguna de las que hay escritas; con sus instrumentos rudos é imperfectos no hacen frecuentemente otro cosa que imitar á la naturaleza en lo posible, y esas canciones y esa música tienen un encanto y una belleza inesplicables, y han inspirado muchas veces á los grandes compositores las obras mas acabadas y perfectas de genio.

Sé de quien admirado de tantas bellezas como la mano de Dios se entretuvo en colocar en Italia, á la manera que un diamantista forma en sus escaparates las mejores perlas y las piedras mas preciosas, decia admirando á Petrarca, el Tiziano, Bellini y otros muchos artistas, pero no olvidando á pesar de todo su amor patrio: «si no fuera español seria italiano.»

Yo soy de los que dicen que no es nada el que no es aficionado á la música. Hasta tal punto me seduce el divino arte.

Una magnífica estátua, la Vénus de Fidias ó de Milo, el Apolo de Belvedere, son esculturas bellísimas que gustan y entusiasman; pero el espíritu humano puede encontrarse en un estado, que ó no las aprecie ó no las entienda.

Un cuadro de Rafael ó de Murillo, un fresco de Miguel Angel, embelesan. Amante de la belleza en cualquier parte que se halle, decir que no la encuentro en altísimo grado en el arte de Velazquez, seria un crímen; pero puede darse el caso de que me desespere no comprendiéndola tan bien como quisiera.

Con la música no pasa nada de esto. No hace falta estar especialmente educado para comprenderla, porque la música llega al corazon, y lo que se siente no importa que no se comprenda.

Podrá estar vuestro espíritu mal dispuesto; pero no lo dudeis, un torrente de armonía le arrastrará siempre, y cualquiera que sea su situacion le domina, le envuelve, le suelta un momento para apoderarse de él con más ímpetu, y así en una serie de alternativas plácidas ó tristes le lleva en sus ondas hasta dejarle entusiasmado en el mar de la belleza, ahogándole en dulcísimas emociones.

No me esplico, por tanto, que haya quien diga que no gusta de la música; es decir, esceptúo los sordos, porque para estos, como para las tapias, debe tener poquísimo interes.

Una mujer que no gusta del amor, es un sér raro en demasía, y para mí que soy partidario de lo natural y corriente, carece de atractivos. La que no ve en los versos ni siquiera una manera delicada de decir las cosas, tiene mucho

adelantado para declarar un dia como su única religion el amor al dinero. No me merece mejor crédito la que presume de aborrecer las flores.

Pero todos esos defectos son perdonables, porque todos pueden mas ó menos tarde corregirse: en cambio la mujer á quien no le gusta la música no puede ser buena, porque no tiene ccrazon, y el corazon no puede sustituirse con nada.

Yo no sé cómo hay quien se atreve, desconociendo estas grandes verdades, á hablar mal de la música, ni mucho menos, quien de un modo indirecto habla de ella en despreciativo tono, negándola todo valor y toda importancia.

Y sin embrrgo, aunque sea triste confesarlo, eso es cosa que está sucediendo todos los dias.

Un hombre emplea todos los recursos de su habilidad ó de su talento para obtener de vosotros algo que solicita ó para convenceros de alguna cosa que os obstinais en negar, y como sino tuviéseis que oponer ningun argumento á sus argumentos, ninguna razon á sus razones, esclamais: «todo eso es música,» como diciendo que la música es una mentira, que no tiene ningun poder. Discutamos.

Por lo pronto ya se reconoce que es bonita, desde el momento en que lo galano de la frase y la brillantez de las formas en que el pensamiento se espresa, arrancan esa concesion involuntaria que es su mejor defensa.

La música tiene sobrados méritos para ocuparse de calumnias con que enemigos pequeños quieren bastardear y empequeñecer su poderoso influjo. La historia de la humanidad es la historia de las grandeza de la música; á cada accion

grandiosa acompaña un himno como su mas fiel espresion, y los cantos de alabanza que al conquistador se prodigan, páginas de la historia son donde el mundo entero puede ver que la música fue el mas rico presente ofrecido á los dominadores de la tierra.

¿Qué arenga ó discurso puede competir con la música para dar valor á los ejércitos?

Un himno guerrero enardece nuestra sangre, y el hombre mas débil se siente, al escuchar sus notas, capaz de las mas difíciles y arriesgadas empresas. Europa va en las Cruzadas á libertar del martirio millares de cristianos, entonando cánticos religiosos que suben á las superiores esferas como la plegaria de un ejército que confia en Dios y en lo noble de su causa para conseguir la victoria. Francia conquista el mundo al bélico son de la Marsellesa y al eco de sus estrofas repetidas que conmueven las empolvadas pirámides de Egipto, despertando á la vida otras generaciones; el mundo se doblega ante la voluntad de un hombre que representa la gloria del pueblo francés. Zaragoza, en fin, la inmortal Zaragoza canta en su popular jota la independencia de España, y una guerra á muerte contra los enemigos de su libertad; logra abatir el influjo prepotente de un héroe, y el brazo de Agustina, encendiendo la mecha del célebre cañon, es el dedo que penetrando en los abismos del porvenir y arrebatando al tiempo sus secretos, señala á Napoleon el camino de Santa Elena.

Arquímedes decia: «dadme una palanca y moveré el mundo.» Con tanta razon puede decirse: «un pueblo que se aficione á la música, será

un pueblo de hombres virtuosos y valientes.»

Algunos gobiernos, siguiendo ese consejo, han querido llevar á la práctica su aplicacion, declarando obligatoria la enseñanza de la música como base firmísima para la educacion moral del individuo; tan seguro es que un hombre que se apasiona con dulcísimos torrentes de armonía, no puede ser malo.

David, el cantor de la Biblia, el incomparable músico de tan sublimes recuerdos, el que con sus cantos conmovia al pueblo de Dios, ofuscado por su orgullo y atento solo á la voz de un deseo impuro, incurre en el crímen, y sin embargo, cuando arrepentido eleva á Dios el testimonio de su dolor en los poéticos salmos, cada nota que arranca del arpa es un dardo que en su conciencia clava el arrepentimiento, abriendo esa dolorosa herida, solo cerrada por el bálsamo divino del perdon.

Estoy viendo un argumento en contra de esta verdadera teoría: la sonrisa de la desconfianza asoma á vuestros labios, precursora, tal vez, de un mentís á mis palabras, y ejemplo por ejemplo direis: ahí está el de Neron, que contempla el incendio de Roma y canta en su lira al mismo tiempo la destruccion de Troya. Esto no prueba nada. Aquellos cánticos resuenan en la humanidad como el eco fatídico de la sonrisa del loco. El loco se rie mas cuanta mas en su furia. El último emperador de la casa de los Augustos es un loco, y si algo puede apartarle del crímen es la música, á la que profesaba una singular aficion. La historia cuenta que muchos infelices condenados á muerte, debieron la existencia á

la feliz casualidad de pedir gracia cuando el emperador se hacia aplaudir una cancion por sus favoritos.

La música es una vida de recuerdos.

¿Quién, cuando escucha alguna que le conmueve, no ve pasar por su imaginacion como en tropel confuso, fantasmas que desaparecen al soplo de la realidad, todas sus alegrías, todas sus esperanzas? ¿Quién no se siente á los acordes de una magnífica orquesta, noble aspiracion de representar algo en la sociedad en que vive? ¿Quién no ve que su espíritu y su inteligencia se desarrollan en mas elevada esfera que de costumbre, como si fuera poco á contenerlos el mundo entero? ¡Ay! es que en esos momentos el hombre aislado consigo mismo busca sus deseos, sus ilusiones, y remontándose á la eterna region de los principios, concluye por llorar una felicidad que adivina, pero que nunca logra.

No parece sino que, como Moisés, está condenado á ver la tierra de promision y á no llegar jamás á ella.

¡Ni como tampoco censurar á la música porque reproduce tristeza las mas de las veces! Si el hombre no ha nacido para ser dichoso, si su felicidad no está sobre la tierra, la música, impresionándonos dolorosamente, es ese consejero fiel que nos dice hasta las verdades mas amargas, no aduladora servil del momento, cuyas mentidas amistades no deben merecernos crédito alguno.

Música hay alegre y bulliciosa que por su belleza juguetona que tiene algo del vuelo de la mariposa, nos seduce y nos hace entregarnos

con delicia á las dulzuras del baile; walses que nos incitan á correr con vertiginosa rapidez, buscando sensaciones desconocidas en las regiones del placer; marchas ruidosas que por su bélica sonoridad nos alegran y fortalecen nuestro ánimo; pero en todas esas composiciones de la música hay, y á poco que en ello nos fijemos seguramente habremos de descubrirlo, un fondo de sentimiento que conmueve las fibras del corazon, y que nos distrae de todo lo que no sea un recuerdo para el pasado, y una esperanza para el porvenir.

La música que tan perfectamente refleja todos los sentimientos y todas las pasiones; la música que unas veces quiere hablarnos el lenguaje de la alegría y otras veces lleva impreso un timbre fúnebre en todas sus notas; la música, que en ocasiones logra dominar nuestros arrebatos, tornándonos dóciles y sumisos á pesar de la violencia de nuestro carácter, y otras nos enardece al amor de un pensamiento noble, hasta hacer de el hombre mas pacífico un héroe; la música, que por su inmensa variedad de formas y de efectos afecta todos los tonos y colores de la belleza, representa el cariño mejor que ninguna otra pasion de las que al hombre animen.

Es sin duda alguna el lenguaje del amor. Lenguaje apasionado y poético, sublime como el amor mismo, y eterno como la humanidad, que á semejanza del hombre ha tomado el carácter de la época en que vive, sin dejar de ser inmutable en su esencia como es inmutable la esencia del hombre.

En la época feudal la música tiene vida pro-

pia como lenguaje del amor. ¿Qué seria del castillo de la Edad-Media, alzado en el solitario campo como un dominador de la vida, honra y riqueza de la plebe, triste y sombría barrera donde la familia y la religion se escudan contra bastardas asechanzas; inmensa mole de piedra que, como un sol de muerte, imprime su carácter lúgubre en todo cuanto le rodea, sin el amor que se anidaba en ellos, como en sus torres las enamoradas palomas, y qué de ese amor sin aquellas sentidas y melodiosas trovas, madre de la poesía moderna, fundamento del arte lírico y gérmen de tanta aventura como alegre y bulliciosa se entretiene en inventar ardiente fantasía? Allí, al pie de los muros que ennegreció el tiempo y que hace ya verdeguear la influencia de la hiedra, ¡cuántas veces el enamorado doncel y el vagabundo juglar paráronse á entonar, acompañados del laud, sentidas trovas que encontraban eco en el alma de la gentil doncella! ¡Cuántas el magestuoso silencio de la noche dejó oir las protestas de dos amantes que se valian de la música para contarse sus alegrías; cuántas en otras el caminante parábase á oir las desgracias de algun desventurado cantor, que en el fondo del mas hediondo calabozo pagaba con su vida el *haberse atrevido á enamorar* á la hija de un señor de horca y cuchillo!

Nadie tan aficionado á la música como los árabes: su amor es una ópera, sus quejas y sus alegrías notas escapadas de su guzla, á quien el corazon las trasmite; sus cantos tienen siempre algo de la tristeza de un suspiro; son sus lamentos una lágrima que la melodía arranca al

alma, y hasta sus mas terribles pasiones tienen en el divino arte exacta y perfecta espresion. Son verdaderos artistas: por eso aman tanto la música y las flores. Italia es el país del arte y la música tiene en él grandísimo influjo. Pero la cuna de la buena música está en Alemania, donde el feudalismo empezó mas pronto y ha durado mas tiempo.

Pocas naciones que igualarnos puedan en esos romances, obra de la literatura popular á que la música daba color y vida, y que elaborándose de generacion en generacion son la base de la literatura erudita de un pueblo, y á un tiempo mismo fundamento de su esplendor poético, y seguro presagio de un siglo de oro que podrá ocultarse mas ó menos pronto, pero fecundo siempre en provechosísimos resultados. En todas las provincias hay cantos populares, ricos en color nacional y amor patrio, nacidos á la sombra de la religion y para perpetuar las glorias de inolvidables hechos. Aragon tiene su jota, y arregladas á ella coplas de todo género en que resalta la independencia de carácter de un pueblo que produce los hombres mas tenaces del mundo; las manchegas no pueden oirse sin que vengan á nuestra memoria en conjunto todas las costumbres y diversiones de la poética vida de los pueblos, y como ninguno escita nuestra admiracion ese canto andaluz, tan español y tan popular, que rivaliza en belleza con todos los cantares del mundo y los escede á todos en sentimiento.

Madrid es la ciudad de las galantes aventuras de los tiempos de Felipe IV y de las épicas ha-

zañas del Dos de Mayo; el pueblo de los motines y de la manolería, de las fiestas populares y del amor á la tradicion, de las verbenas y de las procesiones, y sin embargo no tiene ningun canto propio, peculiar, esclusivamente suyo, en que esprese esas grandezas y esas costumbres. No lo necesita. Aborrece el esclusivismo, y como verdadero artista es cosmopólita. Por eso en pocas partes se rendirá tanto culto á la música como en la capital de España.

La guitarra del ciego, que canta habaneras ó las coplas mas chistosas de la última zarzuela estrenada con éxito; la banda de los regimientos que van á la parada, seguidos de un ejército de desocupados; la tradicional murga que por las noches recorre las calles en busca de un bautizo ó de un cumpleaños; la admirable orquesta que en la ópera entusiasma á un numeroso público por su notable maestría; los pianos de los cafés y los violines que de cuando en cuando se sienten por las calles; todo denuncia á Madrid como un admirador entusiasta é incansable de la belleza musical en todas sus manifestaciones en el pasado y en el presente.

Pero ahora me acuerdo de que tambien hay música del porvenir. Este nuevo género aparece anunciado con el calificativo de científico-filosófico social. Yo he oido algo de esta música, y sin negar que tiene grandes bellezas y que podrá dominar en el porvenir, en el presente soy en este punto reaccionario, y formo en las filas de los amigos de la música del pasado.

Hay razon para ello. Antes de entender la música, es preciso estudiar música y filosofía, y

aquí apenas si entendemos lo primero y eso que tiene poco que aprender.

Bethowen es el Dios de la música.

Los evangelios de esta sublime religion, sus obras, la música clásica.

Yo cuando oigo algunas de sus producciones creo que aquella armonía no puede ser obra de un hombre, y arrebatado en inesplicable éxtasis, me figuro estar en el cielo escuchando los trinos de los ángeles. Un escritor ha dicho que la música de tan insigne maestro suena al oido como un collar de perlas roto, corriendo sobre una superficie de oro. La comparacion es poética, no lo dudo; pero para mí el sonido es mas dulce aun, porque me parece... el ruido de un beso.

COMER.

Hé aquí un artículo que si hubiese de entrar en Madrid pagaria derechos de consumo.

Os desafío á que me señaleis otro mas útil y necesario. Pero no. Retiro el reto. Me acuerdo de que seríais capaces de aceptar el duelo ante la dulce perspectiva de un cubierto en Fornos ó en los Cisnes.

Desafío y comer van siendo sinónimos. Andando el tiempo acabarán por confundirse ambas palabras.

Porque, ¿qué es la comida sino un desafío entre el hambre y los manjares?

Se dice que nadie tiene mas poder que el hambre. Por eso cuando los comestibles se ponen á su alcance los derrota siempre: pero no los dispersa; se los come.

No sé la razon, pero es cosa muy cierta que pocos gustan hablar de la comida, y que escepto algunas mujeres que cifran su orgullo en contar á las vecinas lo que comen, ó algunos hombres que, á imágen y semejanza, de las tales mujeres, no encuentran mejor tema para sus

conversaciones que el pavo trufado ó el salmon á la tártara, nadie se acuerda de lo que tiene que comer, si está seguro de que comerá.

Con la comida sucede lo que con el dinero y el honor; por regla general solo alardean de esas virtudes los que mas adolecen de los vicios contrarios.

Cuando encontrais en vuestro camino uno de esos hombres todo trage, figurines movibles, esclavos del pantalon ancho ó de la levita estrecha, que no tienen mas aspiracion que pasar por elegantes, ni ojos para otra cosa que para recrearlos en los escaparates, ni mas ilustracion que la que les reportan las conversaciones de Caracuel, ó los periódicos que oyen leer en la Cervecería inglesa, seguro estoy que sentís hácia ellos repulsion y aborrecimiento instintivos. Pero despues recordais lo que esos hombres significan, os fijais en las ridiculeces en que tan frecuentemente incurren, y lo que á primera vista os pareció repugnante, juzgais que es solo risible; aquellos hombres son tontos ó siguen con aplicacion la carrera.

Cuando con mas paciencia que la que Job necesitó para soportar sus desventuras, oís á algun amigo alabarse tanto, que desconfiais, no de que tenga, sino de que haya tenido abuela: y si se cree poeta, dice que sus idilios son mejores que los de Melendez y sus odas superiores á las de Quintana; y si aspira á músico, le parece poca gloria para él la que alcanzó Rossini: y si pintor, asegura sériamente que ni á Murillo envidia: tanta desfachatez subleva vuestra tolerancia y quereis protestar de aquellos sacrilegios; pero la

reflexion interviene tambien oportunamente y á la ira sucede la compasion; el que asi habla mas merece lástima que reproches; está muy cerca de la locura.

¿Pero os sucede lo mismo cuando veis á un hombre que con las manos escondidas en los bolsillos del pantalon, la cabeza levantada con orgullo, la cara de un color rojo subido y el sombrero inclinado hasta tapar una de las cejas, camina con aire de conquistador y provocativa mirada, mordiendo, no la punta de un cigarro, sino la de un palillo que va pregonando que aquel hombre ha comido? Seguramente que no, porque aquel palillo es una espina que se clava en el pecho del que no come.

Hay quien ha dicho que el corazon es un cronómetro.

Yo no lo dudo, pero creo tambien que es un cronómetro el estómago.

El primero mide los sentimientos, las pasiones y la vida; el segundo marca casi siempre con maravillosa puntualidad las horas de comer.

Un hombre antes de comer es como un dia sin sol, un pulmon sin aire, un reloj sin cuerda, un corazon sin pasiones, una inteligencia sin ideas, una habitacion sin luz, un alma sin deseos. Despues de haber comido, si lo hizo sin esceso, no es el mismo hombre. La inteligencia antes adormecida por el hambre, luce esplendente sus facultades, y si ocultó el ingenio manifiéstale ahora con un carácter chispeante y festivo que aumenta su mérito, los ojos despiden arrebatadoras fosforescencias; las fuerzas crecen considerablemente, y el deseo no encuentra obstáculo

que le parezca imposible. Por eso no es de estrañar que los hombres solemnicen todos los sucesos mas señalados de su vida comiendo.

Hay quien pretendiendo encontrar el orígen de la comida, ha dicho que es de derecho divino.

Yo casi me atrevia á asegurar que es de derecho endemoniado, y para probarlo, recurriria á la causa que lo dió motivo.

Una comida es el primer suceso de trascendencia para la humanidad, de que nos habla la historia, y esa comida no pudo ser ni mas frugal, ni mas silenciosa.

Se redujo á una manzana que comió Eva, y de la que hizo gustar á Adam para que no se diese por ofendido. El cocinero que preparó ese festin fue el mismísimo diablo en figura de serpiente; de aquí el orígen endemoniado de la comida.

Hoy el entusiasmo no tiene mas que una traduccion verdadera: comer.

Se trata de celebrar en familia un suceso feliz, un cumpleaños, una buena noticia, la herencia de un tio, una boda, un bautizo ó un negocio provechoso; pues ya se sabe, la solemnidad exige una suculenta comida. Sube un partido al poder; pues los que á él estaban afiliados, creen indispensable «hacer boca» para atracarse de presupuesto, celebrando banquetes en los que se brinda por la libertad, por el patriotismo y otros escesos.

Un candidato, que cuando se siente en el Congreso no dará á sus electores ni los buenos dias, cuando pretende ser revestido con la re-

presentacion de un pueblo, obsequia con una comida á los mas influyentes caciques del distrito electoral.

Por este camino se lleva mucho andado para que hasta en las grandes catástrofes se coma, procurando hacer el pesar mas llevadero y fácil. Pero no seria el primer caso.

Recuerdo que un escribano, á quien se le murió su suegra, con la que, caso raro, se llevaba bastante mal, mandó á sus mas íntimos amigos una papeleta de defuncion, en la cual despues de encarecer las virtudes de la que habia sido su mamá política (mamá política del escribano, no de la papeleta) terminaba asi: «Se suplica el coche. El duelo se celebra en La Perla.»

Hay mucha gente á quien no gusta convidar á comer ni comer de convite, porque en ninguno de los dos casos se come bien. La comida gusta poco de cumplimientos, y el que convida tiene que hacerlos y el convidado que sufrirlos.

Sin embargo, como en el mundo no todos piensan del mismo modo, seguro estoy de que habria quien se comprometiese á comer todos los dias de convite sin reparar en esos cumplimientos.

Molestos y todo, esos cumplimientos son casi una necesidad cuando se trata de comer, sobre todo en España, donde tan rara idea se tiene de lo que significa la confianza. Bien podeis perdonar que un amigo no os salude cuando os encuentre en la calle, ó que, como sucede con frecuencia, la confianza se confunda con la grosería; pero Dios os libre de que os conviden á comer con confianza, porque entonces, de cien probabi-

lidades, noventa las teneis ganadas para no comer.

Por fortuna, hoy los españoles vamos entendiendo qué es lo que debe hacerse cuando se come de convite.

Antes no sucedia lo mismo; la urbanidad exigia que despues de una comida de convite el convidado quedase con mas hambre que al empezar á comer y en disposicion de irse á la fonda para purgar la broma que habia jugado al estómago. Hoy es lo contrario. Del que come como un buey es del que los anfitriones quedan satisfechos, porque ha hecho honor á la comida.

De la mano á la boca desaparece la sopa, dice un refran.

Si es para demostrar cuán difícil es asegurar la comida, no puede ser mas exacto; pero si pretende convencernos de que debe desconfiarse de protecciones ofrecidas, creo que hay otro refran que lo logre mejor que el copiado, y es este: El que espera sopa de otro, fria se la come. Y aun el que eso consigue puede tenerse por feliz. Desdichado del que ni aun fria puede comerla, porque ese maldecirá del prójimo.

Comer: hé aquí el pasado, el presente y el porvenir.

Si la historia del mundo concluye como empezó, su última página nos hablará de un festin. Con un festin acabaron grandes imperios y con un festin acaban los años: con el festin de Noche Buena.

RONDEÑAS.

Alarcon ha dicho que la guitarra se ha hecho para el fandango y el fandango para la guitarra. Afirmacion esclusivista, de cuyo egoismo protesto en nombre de dos cosas igualmente respetables: en el de la guitarra que ve mermada su importancia con esa injusta limitacion de sus méritos: en el de las rondeñas despiadadamente desheredadas, y que si no son el Benjamin de la guitarra, están reconocidas como hija legítima de tan encantadora y popular dama.

¡Quién se atreverá á negarlo! ¡Quién no ha sentido alguna vez salir de los puros y delicados acordes de una guitarra, sombrías ó tristes, apasionadas ó elocuentes las notas de una rondeña, llanto misterioso de irresistible seduccion que penetra en el ánimo despertando los mas encontrados deseos! ¡Ah! Podrá decirse que tiene sus horas de loca alegría, sus horas de sensualidad y delirio; pero tiene tambien sus penas, penas que lamentan, esas tristes rondeñas que son el llanto de la guitarra.

Llanto desgarrador, terrible, infinito, que en-

cuentra en nuestra alma fácil acceso, y la domina pronto; llanto que tiene mas de la protesta muda que del bálsamo consolador; llanto sin lágrimas que destroza el corazon, como esas puñaladas que atraviesan el pecho sin que salga una gota de sangre.

El llanto de la desesperacion.

Oir rondeñas y no ponerse triste, es lo mismo que ver á una mujer hermosa y no creer en Dios; casi imposible. ¿Quién no tiene recuerdos tristes de su vida? ¿Quién no ha visto su alma lacerada por el dolor? ¿Quién no ha gustado el amargo dejo del desengaño ó del remordimiento? Pues bien: si lo habeis olvidado, oid rondeñas, y todos esos recuerdos pasarán por vuestra imaginacion, como fantasmas terribles que os acometen. Las rondeñas no tienen mas que cuatro notas; pero así como los grandes músicos con cuatro notas componen una melodía bellísima, que enriquecen por las variaciones, así tambien á las rondeñas la variedad las hace siempre nuevas: las variaciones para nosotros son los recuerdos que va presentando á la imaginacion como cuadros disolventes que se oscurecen al querer tocarlos.

Y las rondeñas, como el dolor, huyen de la luz del dia. El sol y el ruido del mundo las destierran. Las sombras las presentan agrandadas y las revisten de misteriosa poesía. Viven en la oscuridad y en el silencio. Algunas veces las oimos acompañadas de un ruidoso palmoteo, que á intervalos deja percibir claramente los preludios de la guitarra; pero esas son rondeñas disfrazadas por el entusiasmo, y hay que tener esto

muy en cuenta, porque el género se presta mucho á las falsificaciones.

Si fuera posible condenar á los culpables de este delito musical, no seria muy difícil encontrarlos: los pianistas de los cafés, que se entretienen en arreglar las rondeñas á su gusto, cuando las rondeñas mostráronse siempre, con plausible energía, rebeldes á todo consorcio que no fuese la guitarra. Llevar unas rondeñas al piano es lo mismo que llevar la caridad al corazon de un avaro. ¡Cómo la guitarra no habia de premiar esta virtud tan rara! Imposible. Las rondeñas, en medio de sus penas y sus tristezas, tienen por religion la fidelidad; son esclavas de su palabra, y la primera palabra de las rondeñas fue un secreto arrancado á la guitarra, y sonó al eco de tan prodigioso instrumento. Por eso se quieren tanto; desde aquel dia se adoran; no hay entre ellas el mas leve disgusto; se han prometido cariño y fidelidad eternos, y lo cumplen, lo cumplen, sí... aun á despecho de los pianistas.

Si habeis recorrido de noche algunas de las calles estremas de Madrid, donde aun quedan restos de aquellos cafés con aspecto de tabernas, ó tabernas con honores de cafés, que un tiempo albergaran en su seno á los Villegas y Salivillas, representacion ilustre de los *cantores* andaluces, con que se entusiasmaban pobres y ricos aun no hace muchos años, no es raro que os haya llamado la atencion un ruido estraño, en que no se sabe qué se percibe mas claramente, si las voces, el palmoteo, ó el sonido seco de un entarimado que cruge bajo los diminutos y ágiles pies de una bailarina de flamenco.

La aglomeracion de gente á la puerta del café donde tal estrépito se promueve, habrá sido un incentivo para vuestra curiosidad. Os habreis llegado gustosos á mirar la causa de tal entusiasmo, y si la descortesanía de un huraño y mal humorado mozo de café no cerró á vuestros ojos la puerta de que la dignidad y el qué dirán hacen para vosotros barrera insuperable, habreis visto un espectáculo por demás original y curioso.

En el escenario, que semeja una sala modestamente amueblada, sentados en sillas de las llamadas de Vitoria, y en fila como si fueran á retratarse en familia, las artistas gitanas, revuelto el seno en el rojo ó blanco pañuelo bordado, de Manila, de largos flecos; el alto rodete convertido en tiesto de rosas y claveles, y la fisonomía animada con una sonrisa picaresca; los artistas flamencos con el trage corto, el pelo corto y la mirada brava, cantan, y bailan, y taconean, y agitan los dedos haciéndolos sonar como castañuelas, y chillan y gritan para dar vida y fuego y color al sin estos adornos apagado espectáculo.

Hombres parecidos á los gitanos, que tocan la guitarra, ó palmotean, ó dan acompasados golpes con el baston en el entarimado que de escenario sirve, y en medio de él una mujer con el cabello suelto, que mas que bailar se retuerce como una culebra, moviendo á un tiempo mismo los negrísimos ojos, que despiden arrebatadoras fosforescencias; la pequeña boca, que se anima, dejando asomar el preludio de una sonrisa desesperante y traicionera; los torneados brazos for-

mando caprichosas figuras en el aire, incomprensible y misteriosa mímica de las pasiones, que ahora parece rechazarnos, con el puñal del desdén, y mas tarde aparentan llamarnos rendidos de amores, las delicadas manos que de cuando en cuando se juntan para producir una palmada, y los diminutos y ágiles pies cuyo estruendoso taconeo logra siempre entusiastas aplausos.

Allí se bailan y se cantan rondeñas, pero no las culpeis por eso; no por eso creais que gustan del alboroto y del bullicio; están allí dominadas por las circunstancias, y contentas aceptan un papel secundario, que en otros sitios desdeñarian. Ellas saben que su triunfo está en otra parte; saben que no tienen rival en los pueblos de Andalucía que las vieron nacer y donde gozosas se albergan acariciadas por la fantasía de los andaluces, que al son de ellas se dicen sus amores, se recuerdan sus desgracias, y cantan sus esperanzas y deseos.

En Madrid nadie profesa tanta adoracion á las rondeñas como el *Guripa*. Ese aprendiz de todo lo malo, que nace del azar y á quien el azar prohija; mezcla confusa de sentimientos de honradez y de instintos criminales, á quien la casualidad y solo la casualidad conduce por la vida; que de niño vende arena, y de hombre, por milagro, se aparta del camino del crímen, no tiene frecuentemente mas horas de consuelo que las que pasa cantando las rondeñas, ni su alma se despierta sino al eco de ese triste y melancólico cantar que le inspira ideas de arrepentimiento y cierra la honda herida que en el cora-

zon del *Guripa* hicieran el desamparo y la miseria, diciéndole: «ten esperanza.»

No se crea por esto que las rondeñas están postergadas. Las mas aristocráticas clases de la sociedad frecuentemente las solicitan y aspiran á connaturalizarse con ellas, pero esta empresa es ilusoria; las rondeñas han prometido fraternizar con los harapos, y nadie seria capaz de hacerlas faltar á su promesa.

Esta virtud bien merece un elogio de las rondeñas, y yo no he de negársele.

Serán la mejor *música del porvenir*.

SOMBRAS.

LA POLVORA.

Nadie sabe á ciencia cierta el nombre de su descubridor afortunado, pero si tal ignorancia le priva de la fama y gloria que hoy gozan Colon y Gutemberg servirale de consuelo en la otra vida, donde no sabemos si reposa, ver que la humanidad en cierto modo ha convenido en considerarle como á uno de sus primeros sábios, toda vez que el dicho «no ha inventado la pólvora» aplicado á los tontos, indica que al inventor de esa materia inflamable tiénesele por prototipo de la sabiduría.

Hay quien dice, si los moros fueron los primeros en usar la pólvora para la guerra y no falta quien asegura que España es el primer laboratorio donde se obtuvo. Nada tiene de estraño que así sea, porque los árabes eran el relámpago y la pólvora es la tempestad. Ademas el carácter español es hermano de la pólvora y muy posible es que hayan nacido en igual cuna; pero no tenemos prueba ninguna de ambas creencias y sin datos, nada afirmamos por temor de incurrir en lo que muy fácilmente pudiera llamarse un falso testimonio.

¡Ni qué necesidad hay de buscar á la pólvora un orígen aristocrático cuando ella sola se basta para iluminarlo todo con el rojizo resplandor de su siniestra llama! ¡Para qué ese inmotivado deseo de encontrar un nombre, una raza ó un pais á quienes hacer responsables de los horrores de la pólvora ó agradecerles sus virtudes, si ella, ni desdeña las alabanzas, ni se avergüenza de las censuras! La pólvora está orgullosa de su propio valer y se rie del juicio de la sociedad. Cuando ese juicio llega á incomodarla, le atruena con su potente voz, y le hace imperceptible. Puede decir, mirando desdeñosa á las demás fuerzas de la naturaleza de que el hombre dispone: «ninguna prevalecerá contra mí.»

Y no es pretension vana. Su fuerza es inmensa, su poder irresistible, su impulso enorme. Es el torrente que se desborda arrancando cuanto encuentra á su paso; es el trueno que retumba y con su sonido seco y penetrante nos atruena los oidos y llena de pavor el ánimo; nació porque el hombre envidioso del poder de Dios, quiso desafiarle con otro rayo; es el incendio, la ruina el horror; parece que la humanidad ha reunido en ella todas sus grandes pasiones, ha puesto su ódio, ódio terrible que produce la desolacion y la muerte, su ira que á gritos pide venganza y en nada repara para conseguirla, su valor y su fuerza que lo dominan todo.

Es el volcan que duerme un momento y de repente se inflama, sembrando por do quiera la destruccion y el incendio; es la voz terrible que corre como el huracan pregonando la muerte; es el árbitro, que llamado á decidir las contiendas

entre las naciones, cifra su orgullo en cubrirlas de luto; es la chispa eléctrica que al menor contacto salta, produciendo una esplosion horrible; es la impunidad de los tiranos y la lima que rompe las cadenas del pueblo; es el dictador del mundo y el *mas allá* de la razon y de la justicia; es la compañera inseparable del soldado, que unas veces le infunde valor, y otras traidora le ocasiona la muerte; es la luz, que al mismo tiempo ilumina el camino de la gloria y la sangrienta derrota; es, en fin, el resorte mágico que para satisfacer la febril curiosidad de la civilizacion, ha abierto las montañas y barrenado la tierra.

Su carrera es eterna como la del Judío Errante, un paso por la vida como el de un fantasma misterioso, que con la una mano siembra el progreso, la libertad, la vida y con la otra la miseria, la destruccion y la muerte.

Va al campo de batalla y se muestra terrible; ni se duele de los ayes del moribundo, ni respeta el valor, ni se acuerda de las lágrimas que ha de ocasionar su criminal inflexibilidad, ni repara en los horrores que deja como rastro de su camino. Solo piensa en ver de qué lado decide la victoria; donde mas se la usa está generalmente; pero á veces muéstrase enojada del inútil derroche de ella, y concede la gloria á los que la supuieron utilizar usándola mejor. Va por las calles y con sus gritos de alarma alienta la insurreccion ó anuncia un crímen. Está en un castillo, y traidora se vende á las primeras dádivas del enemigo, causando la muerte de los que confiados en su lealtad olvidaron la independencia que la distingue y arruinando el

UN HOSPITAL.

Son las doce de la noche. Estamos en la portería de un hospital. Acaba de sonar áspero, prolongado, fúnebre el ruido de una enmohecida campanilla, cuyo llamador agita una mano febril y calenturienta. A los pocos momentos, á ese ruido contesta el rechinar de un cerrojo descorrido violentamente, y la sombría puerta del hospital se abre. Ha entrado un hombre.

La puerta vuelve á cerrarse con el mismo estrépito; llega á nuestros oidos rumor confuso de voces aguardentosas que disputan sobre qué sitio corresponde al nuevo enfermo que no es para aquellas voces ni mas no menos que un *entrado*; la disputa cesa pronto, la cosa no merecia larga polémica; siéntense resonar muy débilmente los pasos de algunos hombres que se alejan por el fondo de lóbregos y largos pasadizos y despues nada, un silencio profundo, oscuridad intensa, mil sombras que adquieren colosales proporciones y nos amenazan con su larga guadaña, algo como la fatigosa respiracion de un tísico que se ahoga: la respiracion de un hospital.

La caridad le ofrece como un consuelo al pobre y una esperanza de curacion al enfermo, pero yo no sé que hay en el hospital, en el aire que allí se respira, en aquellas dilatadas salas desenladrilladas y oscuras, qué de terrible en todo lo que allí tiene vida, que rara vez nos asalta el recuerdo del hospital sin ir mezclado con un invencible horror que nos hace cerrar los ojos espantados, y estender las manos en la oscuridad como si un fantasma amenazase ahogarnos y quisiéramos apartarlo de nosotros. ¡Ah! allí vemos á la caridad; pero la caridad en un hóspital no puede estar sino llorando.

El hombre que vimos entrar en el tétrico asilo, débil, roto el trage, perdida la esperanza y muy próxima la muerte del cuerpo, venia de un largo camino. Salió aquella mañana de su pueblo y no pudo llegar al hospital de Madrid hasta las doce de la noche. Su andar fue un horrible martirio.

Muchas veces las fuerzas le faltaban al desgraciado enfermo y caia al lado del camino. Volvia á levantarse y á andar. Sus labios secos deseaban refrescarse, y no tenia quien le diera agua. Cuando cruzaba por algun pueblo ó caserío apartábanse todos de él temiendo el contagio. Era un bombre honrado, pero tenia el color amarillo de la tisis; su suplicio, y aquel color amarillento era como el pasaporte del presidiario clavado en el rostro. Aquel hombre no tenia padres, ni mujer, ni familia, era un pária en medio de la civilizacion, el pueblo esclavo, la miseria insultada. Andar siete leguas con esos sufrimientos, no puede negarse que es haber

ganado el cielo. ¡Ah, el cielo! Cuando se presencian esas desgracias, preciso es creer en él, preciso es tener esperanza, preciso es tener resignacion para no pisotear todas las creencias, para no maldecir de la humanidad, para no enloquecer de desesperacion, para no creer que los mercaderes que Jesucristo arrojó del Templo están hoy en el Tabernáculo.

El hombre llegó al hospital, entró, pero le quedaba otro desconsuelo. Diríase al verle que era un prófugo de la muerte perseguido muy de cerca, y que todo su afan y toda su ansiedad consistian en librarse de ella. Suerte despiadada. Entra en el hospital, y allí lo primero que encuentra es su enemigo. En la misma sala á que le destinan, tal vez en la cama mas próxima, quién sabe si de la misma en que se acuesta arrancaron momentos antes un cadáver, y si aun conserva el calor pasajero de la muerte que se posó en ella. Desde que entró en el hospital deja de ser un hombre para convertirse en un número. Ya no tiene nombre, ni sentimientos, ni nada. Los mozos se creen con derecho á cambiar con él la racion y el mal génio. Los practicantes ven en él un maniquí que respira. Los clínicos un caso práctico. Pero no se queja. Allí todos son iguales; todos *gozan* la misma consideracion; todos como él cambiaron la partida de bautismo por un número. Terrible cosa que la soñada igualdad no se pueda ver sino al traspasar los umbrales de la muerte, ni realizarse en vida sino en la miseria de un hospital.

De dia el hospital es un campamento de enfermos. Hasta el sol teme contagiarse entrando

15

en las inmundas salas, y se queda á la puerta no sabemos si asustado de alumbrar aquel cuadro de pobreza, ó si porque la miseria avergonzada no abrió al sol ni una sola ventana, temerosa de su luz. El hombre es egoista; cuando empieza á estar bueno se pasea durante el dia por aquellas siniestras salas, sin cuidarse de lo que sucede á sus compañeros. Charla y rie sin pensar que el eco de sus risas resuena en aquel recinto como la carcajada de la muerte. Hasta hay quien, alegre por su próxima curacion, canta haciendo duo á los ayes de agonía de un moribundo no lejano. De dia el hospital inspira repugnancia; porque la miseria se complace en hacer alarde de sus defectos. No se ven mas que cabezas vendadas y trages súcios. La muerte se ha escondido, y la sustituyen los andrajos. El sentimiento que entonces nos inspira el hospital tiene menos de la compasion que de la repugnancia.

¡Cuán distinto de noche! Aquellas inmensas salas, algunas de las que tienen hasta ochenta camas en dos largas filas, están en tinieblas. Solo un farol súcio y raquítico colgado en el centro del desnudo techo alumbra la estancia. Nadie duerme, porque las enfermedades se agravan por las noches, pero reina un sepulcral silencio. Se oye de cuando en cuando la sonora vibracion de la campana del reló del hospital, que mas parece tocar á muerto que señalar la hora. A veces un ¡ay! lastimero, tal vez el último que la naturaleza rebelde lanza antes de someterse al dominio de la fiera Parca. Se cree escuchar seco y penetrante como el ruido de un raton enorme ó de un cavador subterráneo el roer de la muerte. Por una

ilusion óptica, algunos enfermos la ven batir sus negras alas, y aterrados se tapan la cara con las manos. A intervalos se percibe el rumor de algunas alegres voces que cantan al son de una bien templada guitarra. Son los practicantes que se divierten en un cuarto próximo. Aquella es la voz de la locura ó es la risa del mundo ante la desgracia. Pero el rumor se apaga y otra vez vuelve á reinar el mas absoluto silencio; diríase que nadie quiere interrumpir en aquel fatídico recinto el laborioso trabajo de la muerte.

Si en esas noches del invierno largas en el seno del hogar doméstico, terribles y eternas en el hospital, aquellas camas que albergan tantos cuerpos enfermos, tantos corazones sin fé, tantas esperanzas agostadas por el terrible soplo de la realidad, se contarán su historia, cuántos secretos dolorosos se sabrian que hoy oculta el silencio de aquella antesala del cementerio, donde con la vida del hombre se perdieron. Contarian la historia de la miseria maldita; hablarian del crímen, de la pobreza, de la prostitucion. Aquella cama podria decir que dió asilo á un génio olvidado de la sociedad y muerto por el desprecio del mundo; aquella otra una victoria de la honradez y del patriotismo; cual el lujo de un dia convertido en la eterna desesperacion; algunas las desgracias de un hombre que murió sin que un hijo enriquecido se *dignase* reconocer en el hospital al padre que hizo por él todo género de sacrificios; muchas la Magdalena la víspera de su arrepentimiento, todas la pobreza, esa lepra que como el judío errante camina sin cesar por el mundo á

traves de los siglos sin vislumbrar el dia de su redencion.

El cuadro es doloroso y verdadero, pero no debe por eso maldecirse del hospital. En las grandes desgracias hay tambien algo que nos recuerda el perdon, por eso aquel sitio lóbrego, que es una de las mayores desventuras del hombre; ofrece en medio de tantos dolores un consuelo al corazon herido: la misericordia. Yo he presenciado muchas veces en el hospital escenas tiernísimas que no podré olvidar nunca, y que al mismo tiempo que me producian un dolor infinito, llenaban el alma de fé y contribuian á cerrar la terrible herida que en ella hicieran la duda y el escepticismo. He visto á muchos hijos agrupados al rededor del lecho de muerte de su padre, que los bendecia por última vez antes de exhalar el adios postrero; he visto á la infeliz mujer besando las cadavéricas manos del esposo querido, en cuyos vidriosos ojos se vé aun un destello fulgurante de vida y de cariño; he visto la pobreza deificada por el martirio; el vicio redimido por el arrepentimiento, y aquel espectáculo á la vez doloroso y consolador, me hacia pensar en algo superior á las humanas miserias, pensaba en el Ser justo, pensaba en Dios, y le veia grande, sublime, majestuoso en... el *amor*.

EL SUEÑO.

Es un amigo pretencioso y egoista, mas al uso de los de Benito que al de Aquiles, que envanecido por prestarnos algunas veces al descanso del cuerpo, atrévese á burlarse de nosotros, y sin atender razones huye de nuestro lado ó nos esclaviza cuándo y cómo bien le parece.

Orgulloso de que en todos los tiempos se haya ocupado el hombre en averiguar los secretos misterios que encierra, y aun mas, del carácter profético que dan algunos á sus fantásticas concepciones, creyendo ver en ellas un anuncio para lo porvenir, al sueño le sucede lo que á los embusteros cuando no encuentran quien les desmienta; se ha creido un sabio adivino que todo lo penetra, y no cesa de hacer gala y pregon de sus augurios. Por otra parte, sabe que todos los poetas, desde el gran Calderon hasta los que pueblan los almanaques con renglones cortos, le han dedicado como tributo de admiracion, odas, sonetos y romances, y no es mucho que haya llegado á creerse el indispensable.

No niego yo que lo sea, pero en cambio nadie

me negará á mí que el sueño es un contumaz mentiroso, por lo cual, y aunque presume de cosmopolita, bien pudiera decirse que ha tomado carta de naturaleza en Andalucía. Como la inmensa mayoría de los privilegiados hijos de ese pedacito de tierra de que María Santísima no se ha desdeñado en ser propietaria, miente, pero miente con gracia, y nos refiere y pinta los sucesos con tan rara exactitud, que sin dificultad llegamos á creernos actores ó testigos de ellos.

Con tan estraña virtud, bien podemos asegurar que para autor dramático no tendria precio. Combina situaciones de un efecto sorprendente, sabe dialogar con gracia cuando el asunto lo requiere, y en trájico lenguaje si se trata de un argumento sério, improvisa admirablemente y aun mas que por eso, se hace notar por su fecundidad maravillosa. Para hacernos asistir á la representacion de sus obras, emplea siempre el mismo sistema. Comienza por hormiguearnos con un cierto deseo de descanso, que nos hace pensar con delicia en el perezoso Morfeo; luego procura sorprender el pensamiento ó la idea que mas nos preocupa; cuando lo ha logrado, nos duerme profundamente; despues, tocándonos en los ojos con su varita mágica, nos dice como los magnetizadores á la sonámbula: «mira»; y dicho y hecho, ante nosotros aparecen sucesivamente cuadros disolventes de felicidad ó de horror, sucesos fantásticos que revisten todos los caracteres de la realidad, animadas escenas en las que no siempre nos contentamos con el humilde papel de espectadores.

Si nos acostamos impresionados por el recuerdo de algun acontecimiento terrible, porque leimos una novela de Victor Hugo, ó asistimos á la representacion de un drama de Echegaray ó porque junto al hogar oimos referir abultados por la fantasía alguno de aquellos memorables crímenes de que fueron héroes José María ó Jaime el Barbudo; ¡no hay duda! Aquella noche el sueño sabe presentar á nuestra imaginacion calenturienta un suceso triste y sombrío, donde no faltará ningun detalle que sea necesario para formar un completo cuadro de horror. Si nos pinta un robo, vemos cerca de nosotros el ennegrecido rostro del facineroso que á pie descalzo y con el puñal en la una mano, camina á tientas por el oscuro pasillo hasta encontrar la alcoba en que descansa ajena á todo peligro una honrada familia; despues oimos el ¡ay! moribundo de la víctima, la espantada voz que grita ¡socorro! el silbato del sereno que en la vecina calle reclama auxilio, los acelerados pasos de los agentes de la autoridad que corren en persecucion de los criminales, y despues, cuando con ansiedad esperamos verlos capturados, el sueño, satisfecho de la pesada broma que nos ha jugado, se separa de nosotros seguro de que no hemos de verle, porque para ocultarse le basta con el tiempo que empleamos en restregar con ambas manos los pegados ojos, y en darnos cuenta del engaño de que fuimos víctimas.

Otras veces, no sabemos valiéndose de qué medios, tiene noticia de que estamos enamorados. Indaga, pregunta, averigua y llega á descubrir que por timidez no nos atrevemos á decir

nuestro amor, ó que obtuvimos una desfavorable contestacion. El sueño entonces juzga de buen tono reirse de nosotros, y nos presenta como por milagro, tomándole tal vez de alguna novela *cursi*, el medio de lograr el ardiente deseo. Nos hace creer si nuestra amada es aristócrata, que hemos detenido los desbocados caballos de su coche, librándola de una muerte cierta; ó que la salvamos de una que hubiera sido lamentable caida, si va al Skating-Rink; ó si es modista, que nos dejó llevarla algun tiempo el lio de la ropa. Aun no satisfecho de tanta burla, el sueño nos hace creer que estamos cerca de la mujer querida, que causamos su embeleso con las frases novelescas que brotan como un torrente de los otras veces cobardes labios, que oimos el suspirado «sí,» y en el momento de suprema alegría, aquel cielo de felicidad se nubla, sentimos en los oidos algo parecido al ruido de un trueno, y en los caidos brazos así como la conmocion de una chispa eléctrica: nos incorporamos adormilados, abrimos los ojos, y delante de ellos vemos ¡oh vil prosa! á la criada que nos despierta para darnos el chocolate.

De buena gana no nos dejaria el sueño ni aun su recuerdo; pero si muchas veces nos mortifica con él, no es por cariño ni debemos agradecérselo; es porque en su deseo de ser importante, tiene subvencionados por la ignorancia muchos hombres y mujeres que hacen alarde de leer en el porvenir, auxiliados por el sueño, como en un libro abierto.

Si á ellos acudís, ávidos de arrebatar al tiempo sus secretos, os dirán que si soñásteis con un

rio, es que vais á tener una borrachera mayúscula; y si con toros, que os va á caer la lotería, mayor premio, cuanto mayores sean los cuernos del Miura; y si con el amor, que os son infieles, y si con la felicidad que os amenaza una desgracia, y si con un viaje, que vais á estar preso, y si con la cárcel que vais á viajar en globo, sin duda porque saben que las siete vacas flacas de Faraon significaban abundancia, y las siete gordas ruina, miseria y escasez, y juzgan de ese ejemplo que la verdad es, respecto al sueño, una línea paralela, y ademas de paralela contraria.

Ya estoy oyendo decir al sueño en su propio desagravio, que, qué seria sin él del pobre artesano á quien da paz y reposo para recobrar las fuerzas perdidas en el penoso trabajo; pero contra esa virtud tiene el vicio de ser enemigo de las obras del génio estimulando á la pereza, y difícil seria decir si merece censura ó alabanza.

Por otra parte, el sueño se ha confabulado con todo lo que es malo, haciéndose cómplice ó encubridor de muchos crímenes. De él se valen el astuto ladron, para sorprender á su víctima y consumar despues sin temor su miserable intento; el asesino, para que el cobarde brazo no tiemble, y alevoso hiera á quien no puede defenderse; el presidario, para burlar la vigilancia de sus carceleros; la ignorancia, robando al hombre horas que podia dedicar á la meditacion y al estudio; el infame raptor, para satisfacer sus impuros deseos; la muerte en fin, para apoderarse del hombre á traicion y librarse de presenciar una agonía dolorosa. Esos vicios son hijos sin duda de la mala educacion que el sueño á reci-

bido. Viejo y todo, en él no han hecho mella las reglas de cortesía que la urbanidad aconseja, y muchas veces, sin darnos las buenas noches, nos sorprende esponiéndonos al ridículo vergonzoso. ¡Y no es que respete categorías! Ahí está Noé que nos dejará mal si le consultamos, y al que sorprendió en actitud poco digna para el salvador de la especie humana.

El sueño tiene una debilidad en nuestro país, y es la de no poder resistir al llamamiento del sereno. El chuzo del canario municipal como el iman, que le atrae y le seduce. Llamadle de otro modo, y cuanto mas le llameis, seguro es que mas se alejará de vosotros. Es un grosero en toda la estension de la palabra, y sirve á la reaccion, porque es enemigo declarado de las luces.

A pesar de tantos defectos, nosotros estamos obligados á conservar la amistad del sueño, y en vano intentaríamos romper con él nuestras relaciones.

La separacion de la mujer mas adorada, es una herida que cicatriza el tiempo: la ausencia del sueño una sola semana, bastaria para volvernos locos.

LA TABERNA.

Noé, idólatra por el zumo de la vid, habria bendecido seguramente, de conocerle en su tiempo, el templo consagrado al mas irrisorio y ridículo de los diosos, y oficiado en él de contínuo; pero sus hijos, mas reparones y amigos de la moral, habrian cerrado con el sello de la indignacion las puertas de la taberna, escomulgando á los concurrentes á ella y cubriéndolos de ignominia eterna, como cubrieron con la famosa capa al salvador de la especie humana, un dia que el espirituoso líquido hiciérale quedarse dormido á la puerta de su cabaña en situacion irreverente para el decoro y nada conforme con la estética.

Esto indica desde luego que respecto á la necesidad ó á la conveniencia de que la taberna exista, hay de antiguo muy encontradas opiniones, y que si unos tienen por muy feliz su invencion, condénanla otros como un vicio de las modernas sociedades que se propaga al modo de las enfermedades contagiosas y que con el contagio lleva á todas partes la muerte de la virtud.

Discusion importantísima; problema de que no se ha ocupado ningun génio de la antigüedad, pero que toma alarmantes proporciones en los tiempos actuales; confusion que aterra; duda que entristece; abismo sin fondo; lo incontrovertible; lo absurdo.

Sí. Lo absurdo. La taberna puede servir si bien se mira de termómetro de la moralidad de un pueblo. Seria injusto error condenarla como el único mal que aflige á las sociedades; pero indisculpable inocencia tenerla por inofensiva. Si parece mucho decir que es guarida del crímen, llamémosle escuela del vicio y habremos acertado. Porque dígase lo que se quiera, las puertas de una taberna son una frontera levantada entre la buena fama y la virtud. No entreis nunca por ellas y vuestra honradez tiene apoyo firme en que sustentarse; traspasad sus umbrales y todo el mundo se creerá con derecho á motejar vuestras acciones y á poner en duda vuestras virtudes. Aquellas puertas son una línea; pero no lo dudeis; es la línea que separa la tierra firme donde el pie camina seguro, del abismo que nos atrae como el iman de la muerte que en su fondo se encierra.

Y preciso es confesar que si el abismo no está cubierto de flores, tampoco causa horror ni tiene apariencias siniestras.

Una habitacion, ni grande ni pequeña, en que lucen como muebles precisos, á mas de los bautizados pellejos de vino, un mostrador, arcoíris por los colores que enseña y las figuras del dibujo, caprichosas genialidades de un pintor de brocha gorda que hubiera podido escribir de-

bajo de algunos racimos de círculos amarillos como los canarios, *«estas son uvas;»* un armario donde se mezclan botellas de cerveza vacías, bollos de aceite, mostachones duros, reliquia de las famosas bodas de San Isidro; barajas despuntadas, cajas de dominós, restos del periódico del dia y sobras de la comida que hizo el tabernero; varios veladores de pino esparcidos por la sala; un quinqué cuya pantalla utilizan para cuartel general las moscas; un reló de *cu-cu* que canta las horas, y algunos asientos que sirven de compañía á los veladores y de zócalo al empapelado; esto es una taberna sin gente.

Pero la animacion empieza y la taberna se llena de sus fieles parroquianos. La inmoralidad ocupa asiento preferante en el concurso, haciendo gala de sus victorias; la pobreza se presenta descaradamente y sin disfraz con una fealdad que asusta; el vicio acude á educarse y á engrandecerse.

Y si no ¿qué espectáculo ofrece la taberna contínuamente? Hombres embriagados que sacrifican honras y reputaciones al placer de ser tenidos por graciosos ó que en el último grado de la borrachera se arrastran haciendo *eses* como la serpiente, sirviendo de mofa á los chiquillos contra cuyas burlas son impotentes; mujeres desarrapadas que olvidadas del decoro abandonaron tal vez á sus hijos para gastar en vino el pan que los deben; conversaciones escandalosas; riñas frecuentes; la locura insensata.

A la luz de la rojiza llama del súcio quinqué de una taberna, luz asfixiante que con el vino y la conversacion puede atribuirse la gloria de in-

finitas borracheras; en aquellos veladores no siempre seguros, que tan pronto ven correr por su tablero el vino como se convierten en dignos sustitutos del tapete verde, ¡cuántas veces no se cobró el precio de un asesinato! ¡Cuántas no se discutió el plan para verificar un robo! ¡Cuántas, en fin, no se escribió el infame anónimo que hiere como un cuchillo por la espalda sin que la víctima pueda conocer al asesino! El vicio tiene tambien su asilo como la caridad. Llamad á un hospital y la caridad os abre sus puertas á cualquier hora de la noche; el crímen suele encontrar asilo tambien en la taberna cuando á sus puertas llama.

Claro está que esto no sucede sino muy raras veces, y que para nosotros, todos los taberneros son hombres honrados que por nada del mundo faltarian á sus deberes. Bien conozco que la taberna es tambien motivo de honesto esparcimiento para los hombres del pueblo, y que en ella se reunen honrados jornaleros para entretenerse durante las horas de descanso en amiga plática, que anima el adorado Valdepeñas. ¡Y ojalá que solo para esto sirviese! Entonces la taberna no merecia la mirada de desconfianza, ya que no de honor, que el mundo la dirige.

Pero el cuadro es muy otro de este que el deseo se finge.

Cuando pienso en esos desgraciados niños, esclavos de la miseria, que súcios y hambrientos van de la puerta de la iglesia á la taberna, porque en la taberna es donde un padre desnaturalizado gasta en vino la limosna que ellos recogieron, y veo que ni las lágrimas, ni las infanti-

les caricias, logran arrancar de aquel sitio al infame que con la alegría del idiota, consume la salud y el alimento que roba á sus hijos. ¡Cuando reflexiono que muchos hombres, intachables ayer, modelos de honradez y laboriosidad adquirieron en la taberna hábitos depravados, perdiendo en cambio virtud y esperanza; cuando considero que mas de una vez los que en la taberna entran amigos, enloquecidos por el vino disputan acaloradamente, se insultan, riñen y hasta se dan la muerte; cuando veo la embriaguez por todas partes, y el impúdico amor haciendo ostentacion de su cinismo y oigo el idioma técnico de las tabernas, diccionario de frases indecorosas, las aborrezco decidido y veo en ellas el orígen de muchas desventuras para el hombre.

A la puerta de la taberna podríamos escribir como Dante á la entrada del infierno: «perded toda esperanza.»

Porque allí no es posible la redencion.

LA BORRACHERA.

El mundo sensato la odia y la desprecia; pero cediendo á la poderosa fuerza de las circunstantancias, háse visto precisado á transigir con ella; y no pudiendo destruirla, la soporta como soporta el hombre el cáncer destructor que le roe y devora cuando ha perdido la esperanza de lograr estirparle. La borrachera y la sociedad celebraron una alianza, y habiendo convenido en que el Estado la respetaria á condicion de que la borrachera habia de divorciarse del escándalo, con quien desde época lejana venia unida en barraganía vergonzosa, encomendaron el cumplimiento de ese original tratado al sereno. ¡Precaucion inútil! La borrachera, convencida de su poder, ha traspasado impunemente los límites que se la fijaron, ha hecho prevaricar á su perseguidor con solo adormecerle, y olvidada de su palabra solemne, corre por todas partes burlándose del mundo, y orgullosa de ser semilla fecunda del vicio y del crímen.

¡La borrachera! Yo oigo sus báquicos cantos, y

conveniente, y la chispa que produce un escándalo, el sétimo dia del obrero y la corona de una orgía.

La borrachera desprecia al mundo y se rie de la sociedad.

No hay reputaciones que respete, ni honra que no infame, ni conoce virtudes que resistan al poder del oro.

Hace gala de ser cínica, y niega en absoluto los pensamientos nobles.

Para ella no hay amistad posible.

Una palabra ofensiva la basta para aconsejar la muerte del amigo mas querido; un ligero capricho para calumniar á la honrada madre de familia; un aplauso para insultar á la ancianidad y no reconocer mas ley ni mas justicia que la fuerza.

Huid de ella si no quereis ver pisoteada vuestra dignidad; huid de los sitios en que vive, porque con solo un resto de pudor los ojos no pueden resistir el asqueroso espectáculo de hombres y mujeres que se entregan á la mas repugnante orgía; huid, porque si teneis una familia, estais espuestos á verla infamada por aquellas lenguas malditas, congregadas para destruir reputaciones. La borrachera no piensa, pero habla, y habla á destajo como si no fuese otra cosa que la llave que abre la caja donde teníamos ocultos nuestros mas criminales pensamientos, ó la indiscreta mano que arranca por sorpresa la careta con que nos encubríamos.

Toma todas las formas imaginables, y en cada sitio sabe presentarse de distinta manera. No podemos, pues, tacharla de ignorante. En los

salones suele improvisar versos, sabe declarar amores de esos que han de menester atrevimiento, pronuncia discursos melodramáticos y brindis que se llaman entusiastas, sin duda porque su autor rompió el vaso ó arrancó el mantel que cubria la no desierta mesa, juzgando que el estrépito de los platos al romperse, chocando sobre el alfombrado suelo, seria buena prueba de entusiasmo. En las calles discute con el sereno logrando convencerle siempre, ó si los municipales lo permiten se pasa la noche hablando con una esquina, ó hace de la calle su dormitorio, ó si presume de tradicionalista da gritos por la vida de Cabrera, ó si es intransigente concluye por alborotar al pacífico vecindario.

Se arrastra haciendo *eses* como la serpiente, y como la serpiente está maldita.

UN MANICOMIO.

Cárcel sin criminales, hospital sin quejas ni lágrimas, cementerio sin muertos; todo esto es un manicomio; un cancerbero de la desgracia cuyas tres grandes bocas aprisionan los tres dones que mas aprecia el hombre, la esperanza, la libertad y la razon. Cárcel, porque en el manicomio sujeta á los desgraciados locos el legítimo y natural deseo de evitar desventuras; hospital, porque allí se busca la curacion de la mas terrible y dolorosa de las enfermedades, cementerio, porque es el cementerio de la inteligencia. Si, como creemos, hay otra vida, el manicomio es mas triste que el cementerio. En el manicomio está enterrada la razon, que es el alma, el cuerpo vive; en el cementerio está enterrado el cuerpo, pero el alma vuela por las superiores esferas divorciada del maridaje morganático con la materia. Las puertas del cementerio para los que miran la vida como una preparacion de la muerte, son la antesala de la gloria; las del manicomio guardan un abismo sin fondo, la noche eterna.

Las sociedades tienen conciencia de la justicia, pero esclavas del error, pocas veces son justas. Pretenden disculpar su olvido del presente con los honores y la fama en el porvenir, y no se avergüenzan de hacer de la pobreza el sepulcro de muchos genios. En cambio para los locos tienen todo género de atenciones. ¡No es estraño! Cuentan de un banquero que, temiendo la ruina, pensaba solo en hacer donaciones á los asilos de beneficencia por si alguna vez veíase obligado á refugiarse en ellos. Pues bien: la sociedad está tan cerca de la locura, que bien se justifica que quiere levantarla monumentos.

Al traspasar las puertas del manicomio se siente un terror invencible. Parece que se deja uno fuera la razon, como al entrar en una cárcel se mira con cariño á la calle temiendo haber dejado en ella la libertad. Las puertas del manicomio se abren al hombre como el mar al suicida; de éste no se siente otro ruido que el chocar violento del cuerpo en el agua; de aquél el ruido de los goznes de la puerta que gira chirriando; las aguas y la puerta se cierran, y nada, silencio profundo; un hombre menos.

Hay algo mas terrible que perder la libertad, y es perder la razon. Solos, difícilmente nos atreveríamos á entrar en un manicomio; es preciso mirar á los cuerdos que nos acompañan para no enloquecer. El contagio es inevitable. Los ojos de los locos son el iman de la locura; la vaguedad de aquellos ojos retrata un abismo sin fondo que nos produce el vértigo de que desesperadamente pretendemos huir.

Sin embargo, en el manicomio no es todo lo-

cura; por él se pasea la razon de la fuerza en la figura horrible del loquero.

Ha entrado como en la sociedad el despotismo; á vergajazos. El sistema de la reaccion impera por completo. Se quiere lograr por el terror lo que no es posible por la persuasion. ¡Inútil deseo! Los locos no dejan por el castigo su locura; la disimulan, y con el disimulo la agrandan.

Los locos, cabizbajos, tristes, sombríos, paseando por las estrechas galerías del manicomio ó por el bien cultivado jardin que de recreo les sirve, mas que séres vivientes parecen fantasmas que han tomado la figura del hombre. ¡Contraste singular! En el manicomio se premia á los que callan, y en el mundo se enaltece á los que gritan. ¡Cualquiera creeria que estábamos locos nosotros y no los que por locos tiene el mundo!

Tanto es asi, que para creerlo mas no hay sino visitar á los locos y oir las mas estrañas manías. En el manicomio se ven ministros que solo piensan en repartir credenciales á los hombres de talento y que se arruinan por el bien del pais; diputados morales que pronuncian elocuentes discursos; hombres políticos que no tienen mas que una opinion; académicos sabios; banqueros caritativos; autores dramáticos sin envidia; mujeres que no se olvidan de sus promesas; literatos ricos; escribanos tontos, amigos fieles y médicos que han descubierto la vida eterna.

Hay que visitar un manicomio para comprender bien la sensacion estraña que la vista de un loco nos produce; sensacion que es una mezcla del terror y de la compasion infinita, que á la

vez nos aparta del desgraciado idiota y hace asomar las lágrimas á nuestros ojos. Cuando un loco nos siente pasar cerca de él, levanta la vista, fija un momento en nosotros sus errantes ojos, los vuelve á bajar, y continúa en la actitud en que le sorprendió nuestra presencia. Para aquel loco no somos nada. Es la ignorancia que al sentir el aleteo de la razon, la mira indiferente, si es que no se afana en perseguirla.

Al manicomio se va por muchos caminos. El dolor terrible, la lucha violenta de las pasiones, la felicidad inesperada, la ambicion desmedida, el eterno soñar y el amor impetuoso, son otras tantas sendas que conducen al manicomio. En él se entra fácilmente. ¡Cuán difícil es salir!

El manicomio seria una comedia, si no fuese una tragedia terrible. Aparentemente es allí completa la felicidad. No se oye para nada el llanto; no se oye mas que la carcajada, carcajada cuyos fatídicos ecos no logran turbar la loca alegría del mundo.

El manicomio es la realidad terrible de muchos amores soñados y de muchas desgraciadas empresas; es el asilo de algun genio y el castigo de algunos malvados; para unos el principio del olvido, para otros el término del remordimiento; para todos la muerte del alma.

DE VIAJES.

EL COCHE.

Cuando en las altas horas de la noche siento el prolongado ruido que un coche produce al rodar sobre las desiguales piedras de la calle, le aborrezco porque viene á recordarme la ley de castas que rige el mundo de que en aquel instante quiere apartarse mi imaginacion. Me le figuro despues forrado de riquísima tela; con tarjetero de marfil y almohadones de raso; juguete de dos caballos que no hacen una barbaridad porque hay quien, mas bárbaro que ellos, el cochero, se encarga de impedirlo; aprecio la notable diferencia que existe entre cruzar las calles andando, en un crudo dia del invierno, sufriendo la lluvia y el frio; y por el contrario, ir en elegante berlina, muellemente reclinado, mirando por el lujoso cristal de su ventanilla cómo se mojan los demás y aunque esto último me parece poco caritativo, esclamo en un momento de involuntario deseo olvidando mi aversion al coche: ¡quién le tuviera!

Esto mismo acontece á todo el mundo y así se esplica que mientras para algunos poseerle sea

una ilusion constante, para otros haya sido el coche motivo de eterno aborrecimiento. Todas las aspiraciones, todos los deseos, todas las miradas están fijas en él. Se le considera como la felicidad del hombre; llega á confundírsele con la riqueza, hasta el punto de que tener coche y ser rico, han llegado en el uso vulgar á ser sinónimos, por mas que haya escepciones muy lamentables; y sin su concurso, la fortuna perderia algo del inmenso prestigio que hoy se la concede.

Los ricos ven en el coche la ostentacion y la comodidad, algo que pregona lo que son, el único padron público de riqueza en esta época en que un cochero va mejor vestido que un duque, y un escribiente lleva mejor levita que un ministro. El hombre que confia en el porvenir ó que se dedica con estraordinario éxito al trabajo de la inteligencia, le ve en lontananza como el premio de sus noches de insomnio y como el descanso para la prematura vejez. El pueblo, que nunca sueña con poseerle y que por lo tanto no confia en que la igualdad se realice teniéndole todos, sino que la cree mas fácil logrando que no le tenga ninguno, le odia y le aborrece.

Y sin embargo le respeta. Hay sus motivos. Es que el coche y el pueblo han entrado en el periodo de las transiciones.

Su contrato es un coche de punto.

*
* *

No se sabe si el inventor del coche deseó prestar un servicio á los hombres, ó si enemistado

con ellos por algun motivo poderoso, quiso lanzar su invento en medio de la sociedad como la manzana eterna de la discordia. Tal vez fuera lo primero, y piadosamente pensado asi debe creerse; pero si se atiende á la cruda guerra de que el coche ha sido víctima constante, sobrados indicios hay para suponer que muy bien pudo ser lo segundo. El implantar el coche ha sido obra tan penosa como la de la reconquista.

«¡Atrás!» dijo la Inquisicion viéndole aparecer en la forma de una pesada carroza de estraordinaria altura. Tú no puedes vivir en un pueblo donde el Santo Oficio ejerce su imperio. Desciende de esas ruedas en que el diablo te ha colocado para burlarse del mundo en su misma presencia. No podemos consentir que albergues el amor y des asilo á inmoralidades. Tú has venido á perturbar la sociedad. Las buenas costumbres te rechazan y yo te excomulgo». El coche no hizo caso de censuras ni excomuniones y siguió con lentitud su camino.

«Yo te perseguiré sin tregua ni descanso, le dijeron al nacer los gobiernos en épocas de dolorosas crisis monetarias, atribuyéndole la miseria y el pauperismo. Tú eres el aborrecido lujo, orígen de la pobreza de las naciones. Nosotros daremos leyes santuarias que te nieguen el derecho de existir: nosotros lograremos tu absoluto destierro». Esta vez, el coche hubo de sufrir rudísimo golpe, pero se ocultó en el fondo de una oscura cochera y de allí salió al poco tiempo empolvado como las cabezas de sus dueños, para gozar de un completo, aunque pasajero triunfo.

«¡Guerra á muerte! gritó la revolucion. Tu

destruccion es precisa, en adelante no insultarás al pueblo, ni te miraremos con temor como á una amenaza de nuestra vida, ni veremos asomar por tus ventanillas caras que nos miran con desprecio.» Sin embargo la revolucion llevaba á sus héroes en un coche y á sus víctimas en una carreta, y un dia el pueblo arrastró el coche de su ídolo Robespierre, aquel coche contra el que tanto habia clamado.

En los tiempos modernos ha tenido el coche otros enemigos, aunque de aspiraciones mas modestas. Ya que no podemos estinguir los coches que pagan los particulares, pensaron, concluyamos con los que paga la nacion, y de ese modo el coche se sentirá ofendido en su orgullo, viéndose privado de llevar algun sábio, aunque contento por no conducir muchos nécios. Pero esos mismos enemigos fueron los primeros en rendirse á sus seducciones y en adoptarle como una necesidad. Algunas veces, raras por cierto, en los motines populares, el furor ha llegado al último límite y se han roto algunos coches. Eso les ha igualado á los mártires de la libertad que cuantos mas mueren mas se multiplican. De las astillas de cada coche destrozado han nacido centenares de ellos, segun los que hoy por todas partes circulan atronándonos los oidos. Es una clase que va en aumento y que difícilmente se verá destruida.

El porvenir, ha dicho Victor Hugo, es un Dios en un carro tirado por tigres. De suerte que el hasta hoy combatido vehículo, vislumbra su victoria completa en lo futuro.

Ayer el martirio; mañana la consagracion.

Victor Hugo lo ha dicho. El porvenir va en coche.

*
* *

Pero á esa victoria no ha podido llegar sino despues de grandes sacrificios. El que nació para lucir oro y encajes, para ser el escaparate movible de la hermosura, ha tenido que abandonar sus risueñas aspiraciones y presenciar su deshonra. Antes el coche era muy alto; hoy sus ruedas se van rebajando poco á poco; sin duda á cada impulso del pueblo y para destruirle ha descendido, queriendo hacer menos marcada la distancia que de él le separa.

¡Cuántos sufrimientos no habrán costado al coche estas concesiones! Se presentó en el mundo feliz y orgulloso, luciendo su artístico conjunto, ostentando sus doradas ruedas y sus magníficas pinturas, causando universal asombro y admiracion á pesar de todo el poder de sus enemigos, y llevando por conductor un lujoso cochero ricamente vestido y hoy se ve roto, súcio, asqueroso, en manos de un cochero desarrapado, que hace de él la camilla de un hospital ó la carreta de los reos de muerte. Tal vez compasivo quiso prestar sus beneficios á la pobreza; pero si es asi, al ver el estado ruinoso de los que se dedican á servir al pueblo y compáreselos con los lujosos trenes de la aristocracia, preciso es confesar que el coche tiene motivos sobrados para estar arrepentido de su compasion. El coche de punto ha envilecido la noble raza. Comparémosle con el lujoso tren del aristócrata y

derechos individuales y la muerte del despotismo.

*
* *

En un coche vamos frecuentemente á los desafíos y á las bodas, duelos que empiezan por *unas palabras* y terminan frecuentemente en una fonda; en un coche hacen los conquistadores su entrada triunfal en la ciudad conquistada ó en los pueblos que llenos de entusiasmo los esperan para coronarlos con el laurel de la victoria; en un coche se libertó á la mujer amada del egoismo ó de la cruel tiranía de los que no merecian el nombre de padres.

La lista de sus servicios seria interminable.

El coche ha sabido adoptar todas las formas y presenta innumerables categorías. Desde la elegante berlina forrada de raso, hasta la que en determinados sitios de Madrid hace alarde de su desvencijada caja y su harapienta vestidura; desde la viejísima carretela que ya no se veria por el mundo á no haber entierros ó jurisconsultos que van á *vistas*, hasta el suntuoso *landeaux* Binder de cinco luces; desde el desabrigado aunque gracioso faeton hasta el *pesetero* infame que se atreve á llamarse *victoria*, cuando es una derrota andando y *veloz* cuando apenas si se mueve; desde la bonita tartana de Valencia, hasta el monumental ómnibus, los coches sirven á todas las clases y á todas las cosas; al hombre evitándole el cansancio, al lujo esponiéndole, á la hermosura dándola un trono movible, á la alegría para llevarla al campo donde

únicamente puede vivir libre de la mortífera respiracion de las ciudades.

En todas partes está. Con su política de Maquiavelo el coche ha logrado hacerse adorar por el hombre y es un verdadero tirano.

Para que nada le falte, atropella.

*
* *

No creo preciso decir nada mas del coche; no le condeno, ni hago su defensa, pero si he de ser franco, creo que seria lo mas justo absolverle.

Pero no; me equivoco; rectifico todo cuanto he dicho; el mundo se ha sometido por completo al coche uniendo á la cobardía, la servil adulacion para que la derrota sea mas indigna y vergonzosa.

El pueblo se ha visto ofuscado por el demonio del lujo y para acompañar á la muerte al fúnebre y siniestro templo de las Parcas, dice á sus amigos: «Se suplica el coche.»

¡Terrible decepcion! Cuando miraba el coche proscripto, le defendia; ahora casi, casi me dan ganas de despreciarle.

BIARRITZ.

Dante lo ha dicho. No hay dolor mas grande que recordar en la desgracia los dias felices de nuestra existencia. Parodiando este profundo pensamiento del inmortal poeta, bien pudiera decirse que en Madrid cuando el estío nos visita, no hay desdicha tan grande como acordarse de los dias pasados junto al azulado mar, aspirando la fresca brisa ó gozando las delicias del baño.

Cuando Madrid se queda desierto y el barómetro señala 40 grados, nadie duerme en la córte de España que no sueñe con Biarritz... ¡Biarritz! Paraiso donde los ingleses pierden el tiempo sin sentirlo y donde los españoles se gastan el dinero aunque lo sientan; nido de preciosas casitas que con su blancura intentan seducirnos, á juzgar por el letrero *A Louer* que en todas ellas campea á modo de muestra ó de anuncio; sueño constante de los condenados á achicharrarse en la capital de España, y de los que fingen que veranean; puerto de mar cuyos méritos y virtudes estudian todos los *touristes*

de Pozuelo ó Chinchon. Dios y un Manual de viajes mediante, para alabar luego cosas que no han visto mas que en las páginas de un libro: ayer tan distante de nosotros y hoy por los milagros de los trenes de recreo, puesto casi al alcance de todas las fortunas; precioso escaparate donde durante la temporada de verano esponen su belleza las mujeres mas hermosas del mundo; pueblo levantado á orillas del mar, teniendo por cimientos no desnudas rocas, sino una espléndida vegetacion, para demostrar que el mar no solo respeta la fuerza, sino que se humilla ante la hermosura; bello como la felicidad; alegre como una sonrisa; poético como un suspiro... Biarritz, en fin.

No tiene grandes edificios, si se esceptúan los modernos hoteles, de una suntuosidad estraordinaria; sus calles son pequeñas, las casas humildes, los cafés pobres, comparados con los de las grandes capitales, y sin embargo, no es posible resistir á sus encantos. Son estos en tan gran número, que me seria imposible recordarlos. De algunos hablaré, que se grabaron en mi memorir para siempre.

Allí, junto á la playa, sobre la fina arena que el mar se entretiene en quitar, sabe Dios de qué inmensos montes que en su seno esconde, se alza orgulloso un palacio, en el que no es posible decir qué se admira mas, si la belleza de su arquitectura, ó la triste soledad en que se encuentra. Yo le ví el año pasado, solo como un escéptico, frio como un hombre sin conciencia, aislado en medio de la estensa playa, y compadecido de su dolor, paréme á contemplarle largo rato. Sus ven-

tanas estaban cerradas, sus puertas selladas por el polvo, todo tenia el color de la soledad y de la melancolía. Es el palacio que el capricho de una emperatriz hermosa levantará, para ver desde la patria que la prohijó, la patria que la vió nacer. Desde los balcones de aquel palacio, á lo lejos, perdiéndose en lontananza hasta tocar el cielo, con el que se confunden, se ven las montañas de nuestras costas, del pais querido, del santuario de los recuerdos.

¡Cuántas veces aquel palacio fue templo del lujo y de la hermosura de una córte que eclipsaba á la de Versalles en los primeros dias de Luis XVI! ¡Cuántas el sol de la dicha brilló en aquel augusto recinto! ¡Cuántas por sus abiertas ventanas, iluminadas por infinitas luces, mostráronse á la vista del pueblo los diamantes de las cortesanas y los dorados uniformes de los magnates! Hoy ese palacio llora, sin duda, sus desgracias, y las ventanas están cerradas, como si quisieran ocultar á nuestra vista la soledad que allí reina. Ayer centro del mundo, hoy olvidado y desierto. Ayer morada de reyes, hoy una curiosidad que solo vive de su pasado. ¡Cuántos secretos se contarán el mar y aquel palacio! Hasta hoy el mar le ha respetado. ¡Quién sabe si algun dia enfurecido querrá esconderle en sus abismos para librarle de su vergüenza.

Mas allá, siguiendo la accidentada costa, muy cerca de Bayona, está el faro. El mar en aquel sitio tiene un aspecto amenazador, que entusiasma á los pescadores. Al pie del faro hay una escalera de piedra, oculta por las rocas, pero

perfectamente construida. Restos tal vez de algun castillo. Allí pocas veces penetra el sol. Aquel sitio es hermoso, es sublime; pero como todo lo sublime, mezcla de belleza y de terror. Nuestra mirada se aparta del mundo, se fija toda entera en aquellas revueltas y confusas olas que se retuercen como una culebra. Al juntarse, la mas atrevida levanta la cabeza para escupirnos con su blanca y espumosa saliva. La idea del suicidio nos asalta allí con una tenacidad estraordinaria. Sin querer, nuestra cabeza se inclina sobre aquel abismo, é instintivamente las manos se cogen de la piedra mas próxima. Es que un iman terrible nos atrae; el iman del vértigo. Todos los amantes desdeñados han hecho de aquel sitio su panteon. Se cuentan historias llenas de poesía, pero de poesía terrible; historias que empiezan en el amor y acaban en la desesperacion y en la muerte.

Pocos viajeros frecuentan aquellos sitios, porque no son los mas á propósito para inspirar alegría. Se cree uno trasportado á otro mundo, á otra época. Olvidamos abstraidos en lúgubres ideas todos nuestros deseos, y solo cuando escalando aquellas gigantescas peñas se sube otra vez al camino, y se ve á la derecha la bahía de Bayona, donde se mecen algunos buques movidos por el leve soplo del viento, y á la izquierda las primeras casas de Biarritz, que nos saludan sonrientes con su encantador aspecto, desterramos los fatales pensamientos que un instante nos preocuparon, para acordarnos de los placeres del mundo. . . . .

. . . .

No sin motivo nos alegramos. Biarritz es una diversion contínua.

Ni se madruga ni se trasnocha. Recuerdo haberme levantado un dia á las siete y no haber visto á nadie por la calle. Dos horas despues la animacion comienza, la gente va al baño. Unos eligen la playa de los Vascos, á la que se baja por una cuesta que envidiarian los constructores de nacimientos que se venden en Santa Cruz, con lo cual creo innecesario decir si será penosa; otros van á la llamada playa de los Locos, bella y estensa, pero de peligro; los mas se deciden por la del Puerto Viejo. Como no hay ola, esta es la playa de los que no saben andar y de los grandes nadadores. Ha servido de escuela de natacion á las principales damas de nuestra aristocracia. Enfrente de la galería de los baños, dentro del mar y como á una milla de distancia, hay una peña á la que las grandes notabilidades en natacion van con frecuencia. Yo recuerdo haber visto al duque de Parma llevar hasta la peña en una pequeña lancha y uno á uno, á cinco de sus amigos. Cuando estaban reunidos los seis, venian nadando hasta la orilla para lucir su destreza disputándose el premio de antemano acordado.

Describir la playa del Puerto-Viejo á las diez de la mañana, que es la hora de mayor animacion, es imposible. En los trages de baño, la variedad es infinita. Quién luce el gracioso sombrerito de marinera, para impedir las caricias algo molestas del encendido sol; quién lleva en sus manos las indispensables calabazas, que los amantes desean mas que temen; quién un ves-

tido, arco-íris de colores, que para dar vueltas por la pista del Circo de Price no tendria precio. Pero el sol comienza á calentar y la gente deserta de la playa. ¿Quereis verla en la rue Maregran, ó en el Casino, ó en el hotel Gardere, ó en el de Inglaterra? Pues los que no tuvieron la mala ocurrencia de ir á deslizarse en el Skating-Rink, allí están sentados en los agrestes bancos, burlándose del sol. Unos leen, otros hablan, otros juegan, nadie trabaja. La vida de la dicha es tan corta, que seria horrible iniquidad robarla un minuto.

Suele ser el paseo hácia la Vírgen. En el mar, á corta distancia de la tierra, unida á ésta por un ancho puente de madera hay una roca, y sobre la roca la imágen de una vírgen, encontrada allí no se sabe por quién. Es la vírgen del Mar. La Concepcion de Murillo, flotando sobre las nubes, da idea de lo que es aquella vírgen, sostenida por una roca en medio del mar. La lucha entre el mar y la roca está declarada: lucha terrible, en que al mar toca la gloria del triunfo y á la roca la de la defensa heróica y tenaz. A cada golpe de las olas salta la blanca espuma hasta mojar nuestros pies. Se ve á la roca perder terreno. Hoy es una piedra que se desmorona; mañana un hueco abierto por el rudo golpe del mar; luego una violenta sacudida de las aguas, que quieren sin duda concluir con la vida de su obstinada rival. Su fin no está lejano, y todo el mundo estraña que no haya llegado ya. Aquella roca es Gerona, á quien hoy dan sus enemigos por vencida, y mañana se muestra mas terrible que nunca; es el guerrero que no se rinde hasta

perder la última gota de sangre. No se sabe si el mar se humilla ante aquella vírgen: tal vez no quiere destruirla, temiendo no ser bastante grande para encerrar tanta grandeza.

Cerca de la vírgen la roca forma un arco; en las paredes de aquel pequeño túnel, todos los viajeros escriben un nombre, una letra, un recuerdo. Un amigo mio escribió el año enterior el de su amada. Este año me dice que ha ido á buscarle y no le encuentra. ¡Sin duda la humedad hizo en la peña lo que el tiempo en el corazon de la infiel! Aquel recuerdo cariñoso, solo queda en el lacerado corazon de mi amigo.

¡De allí sí que no se borrará nunca! No se escribió en él, está incrustado...

. . . .

Por la noche, en la plaza pública, concierto. Entre los que pagan y los que no, hay la diferencia de dos reales y una silla; los que pagan se sientan; los que no, circulan alrededor del kiosko de la música, como los ejércitos en esas óperas de grande espectáculo. Siempre son los mismos y nunca cesan de pasar.

A las once el concierto concluye. Las gentes se retiran casi con precipitacion, y al poco rato, nada; por las calles no se ve nadie; los faroles se apagan y todo queda en el mayor silencio.

Esas horas de la noche, que el hombre dedica á la meditacion, me han causado en Biarritz un efecto inesplicable. Aquella oscuridad completa; aquel silencio sepulcral; aquel reposo, roto solamente por el leve ruido de las olas del mar al romperse, que se oia á lo lejos como un suspiro, producian en mi alma una alegría infinita;

inundaban de ideas consoladoras mi cerebro.

Pronto, sin embargo, se desvanecian tales quimeras al soplo terrible de la realidad. Pensaba loco en la dicha, como si la dicha existiera, ó como si de existir la felicidad, que es el cielo, fuese posible coger el cielo con las manos.

VIAJE POETICO.

Yo soy muy aficionado á los viajes, pero no lo soy tanto en el invierno. Me gusta ver la nieve á lo lejos blanqueando los picos de las montañas y observar como al sol contemplándola, se le nublan los ojos y como empalidece pero confieso que de cerca me da mas frio que placer un paisaje nevado. Aprension ó temor mujueriego, como querais, no puedo remediarlo, y hasta tal punto me domina, que lo mismo es ver la nieve con que un pintor ignorado adornó los nacimientos que en llegando Noche Buena en la plaza de Santa Cruz se esponen, me apresuro á cubrirme la cara con el embozo de una capa cuyo color pasa de castaño oscuro y que así me sirve de complemento al trage como de coraza contra las pulmonías.

Con lo dicho basta y aun sobra para que el lector comprenda que en esta época del año prefiero á todos los viajes leer los recuerdos de los que Chateaubriand y Lamartine, y Castelar y Alarcon hicieron ó cuando mas viajar imitando á De Maistre alrededor de mi cuarto, no para

analizar los muebles que le adornan, sino para que los pies no se me enfrien demasiado.

Esto no me priva, sin embargo, de aconsejar á quien quiera oirme que emprenda un viaje poco costoso y muy poético... viaje á traves de la poesía española. Si os decidís á realizarle, si seducidos por la fama de las grandezas de Campoamor, Nuñez de Arce, Zorrilla y otros poetas ilustres quereis visitarlos, nó para dejarlos targetas, sino para conocerlos íntimamente y estudiar sus obras de arte, y admirar sus triunfos, y aprender sus defectos, y rendirles entusiastas aplausos, justo tributo á sus merecimientos, os encargo una cosa, que elijais por itinerario el *Nuevo viaje al Parnaso*, coleccion de semblanzas literarias que el discretísimo é ingenioso escritor D. Armando Palacio Valdés recientemente ha publicado.

Palacio Valdés no os referirá con infundado entusiasmo grandezas que no le conmuevan; no os atronará los oidos con encomios de *cicerone* de oficio; no os dirá que merece censura sino lo que en su conciencia crea censurable; no escatimará alabanzas esperando que á cambio de su desdeñosa indiferencia el vulgo le otorgue carta de naturaleza entre los eruditos que no hablan, ni escriben ni se rien jamás; no os llevará por senderos estraviados del buen gusto y del arte. Es un compañero de viaje mas bien triste que alegre, lo cual no quita para que de cuando en cuando un chiste feliz provoque espontánea la risa de los que le escuchan; está mas convencido de sus elogios que de sus censuras porque sabe que de sus impresiones vive siempre mas seguro

que de sus opiniones; y cree con Mad-Staël, que nada se asemeja tanto al génio como la virtud de admirarle; y sobre todo conoce íntimamente el carácter que determina y diferencia á la poesía de nuestra época de la poesía de otros tiempos gloriosos ya pasados.

Buena prueba de ello es que hablando de la poesía dice: «Ha perdido todos sus colores; sus movimientos son febriles y descompasados; tiene grandes y oscuras ojeras, su voz es ronca y apagada. ¡Ay! No cabe duda. Nuestra pobre poesía está tísica. ¡Cuán interesante la ha puesto, sin embargo, su cruel enfermedad! ¡Qué grandes son ahora sus ojos y que vaga su mirada! ¡Qué trasparencia hay en su rostro! ¡Qué suave melancolía se esparce por toda su mirada! ¡Qué triste es su acento y qué conmovedor! El frio ha penetrado hasta la médula de los huesos. Ningun sol pasado puede dar calor; y la poesía triste, nerviosa y exaltada de nuestro tiempo, morirá.» Este admirable conocimiento de lo presente da valor á la profecía de que allá en lo futuro, de tanto escepticismo, de tantos esfuerzos y de tantas lágrimas, surgirá siquiera una verdad que engendre otra poesía fresca, tranquila y creyente.

Palacio Valdés es crítico, y en *Los Oradores del Ateneo* y *Los novelistas españoles* claramente lo ha demostrado; pero lejos de rendir culto á aquella crítica fria, escesiva, ridícula por sobra de minuciosidad, desprovista de toda idea de grandeza, tiránica con los atrevimientos de lo sublime, estraña al sentimiento y al delicado gusto, la combate. Juzga desde mas elevado

punto de vista que aquel de las reglas, se dice tribunal inapelable; comprende que exigiendo al génio que se someta esclavo á los preceptos y censurando en las obras inspiradas en la ternura del pensamiento y en lo primoroso de la forma falta de audaces atrevimientos, la crítica, de auxiliar se convierte en barrera del progreso literario; y demuestra con la belleza del estilo que es al mismo tiempo que crítico, artista.

Palacio Valdés pinta bien, pero sus semblanzas mas que retratos son juicios críticos. Sigue en ellas el sistema nunca bastante recomendado al autor dramático de que debe buscar que los personajes de sus obras se retratan no por lo que de sí mismos digan, sino por sus actos. Se parece mas á Saint-Beauve que á *Timon*.

En su primer viaje por la poesía española, el señor Palacio Valdés se ha detenido en ocho estaciones de no igual importancia. Echegaray, Zorrilla, Campoamor, Grilo, Ayala, Aguilera, Nuñez de Arce y Revilla. De haber colocado al señor Grilo en el primer lugar como ha colocado á Revilla en el último, dijérase que Palacio Valdes caminando por el arte poético, habia ido desde la demagogia hasta el cesarismo. Pero el señor Revilla es crítico y orador notable antes que poeta y no debiera figurar en este concepto, en el que, de seguro, no piensa ni ha pensado inscribirse en el padron municipal.

De poetas y de locos todos los españoles tenemos algo. Pero muy poco de poetas lo bastante para fundar en ello nuestro estado civil. Desde las redondillas en que se piden vacaciones á los maestros hasta las parodias de Becquer, en que

se dice á las mujeres que no tienen alma ó la tienen de piedra berroqueña, no queda metro que no se esplote en secreto hasta que con los veinticinco años se gana derecho electoral. ¿A quién no le tendrán que perdonar Dios y el arte, haber escrito á su novia cartas de amor en seguidillas? Conste pues, que el señor Palacio Valdés ha traspasado las fronteras de la poesía hablando del señor Revilla y que éste se contenta con el talento y con la palabra que Dios le ha dado, con los que promete vivir y morir sin acordarse para nada de los renglones cortos.

El señor Palacio Valdés ha hecho un estudio profundo del carácter y modo de ser de los poetas que retrata. Ve en Echegaray el génio que desterró de nuestro teatro al sueño y al *sermonismo*, dos plagas igualmente terribles; encuentra algunas escenas de incomparable mérito, que traen á nuestra imaginacion el recuerdo de los grandes dramáticos, y al lado de ellos la falsedad y el desconocimiento de la vida. Echegaray ha saltado de las ecuaciones á las escenas, del cálculo infinitesimal á los enredos de bastidores, de la teoría de Malthus al cementerio donde entierra á sus personajes, y no es raro que con la violencia del salto haya perdido el recuerdo de la realidad de la vida.

Palacio ha saludado en Zorrilla al mas sencillo, melodioso y fluido de nuestros poetas, porque sus versos tienen el color de nuestras flores, el brillo del cielo y la frescura de nuestra brisa; en Campoamor, al poeta humorista que refrena la tendencia del pensamiento á lo absoluto y dotado de una fantasía inagotable, mezcla la risa con

el llanto, porque avecindados viven el placer y el dolor en la vida; en Aguilera, el inspirado cantor de la ternura y de las tristezas; en Ayala, el autor dramático notabilísimo que representa al vivo los sentimientos de la sociedad en que vive enclavados y embellecidos por el arte; en Nuñez de Arce... aquí no estoy conforme con Palacio. Sus elogios me parecen pálidos. Le hacen mayor del gran poeta el *Idilio* y la *Última lamentacion de Byron*. El libro de Palacio no es solo un itinerario para viajar por la poesía española, es tambien un libro didáctico, y sus notables disertaciones acerca de la poesía, de la crítica, del humorismo, del teatro y de la poesía bien lo demuestran.

Palacio Valdés no cree en la crítica y esto es una verdadera lástima.

Vivirá condenado á oir los elogios de una amiga de quien desconfia.

(Diciembre 1879.)

ELCHE.

Residiendo una corta temporada en la nada fresca ciudad de Alicante, largo tiempo hace entretenida en buscar agua valiéndose de pozos artesianos con mayor empeño que buscaron la piedra filosofal los alquimistas, no me hubiera perdonado nunca faltar á las solemnes y estrañas fiestas religiosas que en Elche como en algunos otros pueblos de Valencia se celebran con motivo de la Vírgen de Agosto.

Me decidian á realizar esta espedicion, lo breve del viaje, tres horas escasas cuando se hace en coche, y ademas la fama grandísima que tales fiestas alcanzaron de antiguo y nos habla del orígen y de la primera manifestacion de los autos sacramentales conservada todavía; de la iglesia, semejando mas que otra cosa alguna teatro á propósito para la representacion de un drama sacro; y del inmenso público que acude de los lugares vecinos é invade el templo deseoso de ver puestas en escena de estraño modo, la muerte y la resurreccion de la Vírgen, que sube al cielo llena de luz, los ojos irradiando infinita dulzu-

ra, coronada de estrellas, imágen hermosísima de la inmortalidad.

Fuí á Elche y de mi opinion debieron ser millares de personas á juzgar por las que vi llenando las calles de este precioso pueblo, verdaderamente árabe, que parece cuando desde lo alto de la torre de Santa María se vé, una ciudad con las casas descabezadas, pues no otro efecto los blancos terrados producen; y que está en realidad sitiado por ejército inmenso de palmeras y de granados. Para que la ilusion sea completa no falta ni el calor sofocante de la tierra africana. Si no es aparte de la suntuosidad igual á Menphis, tal como Teófilo Gautier la describe, Elche se le parece mucho. Las casas de arquitectura estraña y pintoresca; las palmeras, solitarias unas como el orgullo, porque creen que solo viéndolas se ha de apreciar mejor su gentileza; en carros otras mas humildes y comunicativas; las huertas que han tomado la ciudad por asalto y acampan pacíficamente dentro de ella; la atmósfera impregnada de aroma; la tez morena de las mujeres; el calor, en fin, hacen de Elche un pueblo verdaderamente oriental, que tiene por capricho juez de primera instancia, comités electorales y administracion de consumos.

Tiene, ademas, el orgullo de celebrar la fiesta de la Asuncion como en parte alguna, desde hace varios siglos. En un escrito que habla de la historia de la fundacion de la antigua Ilicia, comenzándola nada menos que desde el diluvio, se dice que por Mayo de 1266, segun unos, por Diciembre de 1370 segun otros, discurriendo por la costa del Mediterráneo, hácia la playa y puer-

to de Santa Pola, algunos vecinos de Elche distinguieron flotando sobre las aguas un arca que rápidamente se acercaba á la orilla impulsada por el movimiento de las olas y por otra fuerza, que sin la intervencion de un milagro no se esplicaban. Estrajeron el arca, asentáronla sobre la arena, y abierta que fue encontraron dentro de ella una preciosa imágen de Nuestra Señora de la Asuncion y un cartelito que decia: «Para Elche.» Tambien hallaron, para que no faltase nada pues los milagros ó hacerlos completos ó no hacerlos, unos libros manuales y escritos en lemosino, esplicando cómo habian de celebrarse los misterios de la dichosa muerte de la Vírgen y su Asuncion triunfante á los cielos.

Las fiestas que desde entonces todos los años sin interrupcion se celebran comienzan con la *alborada* la noche del 13 de Agosto, en los terrados de todas las casas comiendo sardinas y disparando cohetes, y acaban el 15 por la tarde con la coronacion de la Vírgen, ante un público inmenso que aplaude como en un teatro, que come racimos de rico moscatel y reza, que se arrodilla lleno de humildad y conquista á cachetes un buen sitio; que oye con embeleso las armonías de los ángeles y procura olvidar el calor bebiendo horchata; que mira con mal disimulado enojo que èl vecino del pueblo encargado de hacer de apóstol Tomás llegue tarde al tránsito de María en castigo de su falta de fé y le convida á refrescar cuando despojado de las apostólicas vestiduras y cambiada la peluca por el sombrero de paja, le encuentra en la calle.

La funcion religiosa que llena dos tardes, la

del 14 y la del 15 de Agosto, se verifica en la iglesia parroquial de Santa María, un templo hermoso y espaciosísimo, que en estos dias pierde su fisonomía especial y se trasforma por completo. En el centro de la cruz latina que representa el plano de la iglesia, se coloca un estenso tablado, con mas escotillones que el escenario de un teatro en que se representan comedias de mágia. Cubre el ábside un lienzo representando un cielo con ángeles y nubes, detras del cual se esconde no el sétimo cielo á donde Beatriz subió llevando al Dante de la mano, sino la maquinaria que se necesita para el contínuo subir de ángeles y serafines. Desalójanse por completo todos los altares sin duda por el temor de ver espuestos junto á los santos y hasta delante de ellos á algunos vecinos de Elche en mangas de camisa, y en las paredes del templo se colocan algunos cuadros en los que se copian pasajes de la muerte de Jesucristo.

En el templete ó escenario está el lecho de la Vírgen. Le rodean algunos sacerdotes que cuando se cansan de esperar la venida de los apóstoles se sientan, y cuatro guardias civiles de caballería condenados á no respirar y á ver con envidia cómo el maestro de ceremonias abanica al muchacho que hace de Vírgen, y cómo los espectadores se atracan de membrillos.

El drama sacro que allí se representa es sencillo y á la vez grandioso. El templo es incapaz de contener el inmenso gentío que á él acude y se ven espectadores, en las cornisas, sobre las ventanas, agolpándose á las puertas de la iglesia, en los púlpitos, y en las tribunas. Mirando

á la muchedumbre desde lo alto del templo es imposible descubrir un solo sitio vacío. No se ven mas que millares de abanicos agitándose y una multitud de colores tiranizada por el rojo.

Es de ver el efecto que en este público que hace de la iglesia su casa durante cuarenta y ocho horas y en ella come, duerme y habla gritando, produce el grandioso espectáculo. La Vírgen postrada en frente de la cruz pidiendo afanosa la dicha inefable de poder estar junto al hijo querido; el ángel que desciende del cielo sobre dorada nube para anunciar á María que sus deseos se verán satisfechos y entregarla la bendecida palma; los apóstoles congregados en torno del cuerpo de la Madre de Dios; el entierro; la resurreccion gloriosa y la ascension al cielo entre coros de serafines que cantan sus alabanzas y nubes de incienso con las que suben mezcladas al Empíreo las oraciones de todos los fieles; Santo Tomás llorando su falta de fé; la coronacion magestuosa y solemne de la Vírgen entre una lluvia de oro, y las grandiosas armonías del órgano hacen prorumpir á los asombrados espectadores en gritos de entusiasmo hasta ponerse roncos.

Para Elche son estos en que las fiestas de Agosto se celebran dias dichosísimos. La multitud recorre las calles cantando al alegre rasguear de sonoros guitarrillos y disparan cohetes con la misma frecuencia que en Madrid se disparan petardos.

De Elche son famosos los dátiles. Pregunté por ellos á una muchacha como de quince años, de andar gracioso y cara remonísima y me contestó:

—Están verdes.

VIAJE AL FONDO DE MI TINTERO.

ARTÍCULOS DE ANDRÉS RUIGOMEZ. (1)

No es opinion de sabios, pero sí muy vulgar y corriente, la de creer que la crítica solo consiste en censurar lo mas duramente posible la obra juzgada, oscureciendo sus bellezas, haciendo resaltar sus defectos, y procurando, en fin, que nada pase bajo su terrible fécula sin ir marcado con el sello de la imperfeccion. Parece ésta por lo errónea, creencia igual á la de los que suponen que un fiscal no tiene otro fin que el de procurar á todo el mundo los mayores males, y que su mérito consiste en acusar siempre, no perdonar nunca y agravar las penas impuestas si ser puede. No dudo que fiscales y críticos hay, que con su costumbre de no encontrar ni obra digna de elogio ni atenuacion para ningun delito, dan ocasion á estas infundadas teorías; pero consuélame la idea de que á poco que en ello se figen,

(1) En recuerdo al malogrado señor Ruigomez, autor de la preciosa novela *Salivilla*.

todos comprenderán que la verdadera significacion de la crítica es muy contraria á esa que tan gratuitamente se le atribuye, y que siendo su mision juzgar tan solo, dentro de ella caben igualmente la acerba censura para las obras malas, que los aplausos imparciales para las buenas.

Negándoselos nosotros á la nueva produccion del señor Ruigomez, cometeríamos una verdadera injusticia. El fondo moral de ese libro, los nuevos y profundos pensamientos que encierra, el interés de algunos cuentos y su estilo, que sin dejar nunca de ser elevado, se adapta perfectamente á los diversos episodios que se describen para dar á cada uno su tinte especial, le hacen digno de la consideracion del público y acreedor á nuestro aplauso.

El autor, enemigo de esos prólogos de encargo, producto las mas veces de eficaces recomendaciones que ningun mérito pueden dar á una obra que carece de importancia, ni aumentan éste si la tiene, ha querido escribir el prólogo por sí mismo, anunciando en él que ofrecia el libro de que nos ocupamos, no para regocijo ni enseñanza, y sí solo para entretenimiento.

De ser cierto esto, que la modestia del autor asegura, no tendríamos necesidad de este artículo. Juzgamos la de la crítica tarea sobradamente elevada para entretenerse con obras de puro pasatiempo, y á clasificar en este número la del señor Ruigomez, no habríamos de decir sobre ella ni una sola palabra. Nada tan lejos de eso. Basta leer cualquiera de los trabajos que el libro contiene, para convencerse de que en ellos

hay mas que ese deseo de entretener que el autor les concede, porque aparte de la trascendencia que tienen muchos de ellos, hay interés en todos los artículos, bellezas en todos los párrafos, colorido y verdad en las mas de las situaciones.

Y no hay duda de que el autor ha tenido que luchar con poderosos obstáculos para conseguir este resultado. Es carácter distintivo de todos los libros en que aparecen coleccionados trabajos de diversa índole, esa falta de unidad que tan poderosamente entra como una condicion en la belleza, y tanto influye en el interés de las situaciones, base principalísima de toda obra en que se aspira á la perfeccion y llamada á obtener provechosos resultados. Coleccíónanse generalmente artículos que por su naturaleza especial ni tienen ninguna relacion entre sí, ni obedecen á ningun plan, ni aspiran á conseguir un fin determinado. Muchas veces, hasta en la forma son diversos. La época en que están escritos, es distinta; y como el escritor pocas veces deja de revelar en sus obras el sentimiento que domina su espíritu, y ese sentimiento está sujeto á violentas alternativas, no es estraño ver en un artículo defender teorías que se combaten en el siguiente, ó levantar en otro un templo para consagrar y deificar ideas que mas tarde se profanan con el olvido, ó que como semilla maldita queremos desterrar horrorizados del atrevimiento, temerosos del fruto amargo que van á producir en nuestra conciencia.

Estos inconvenientes aparecen salvados con bastante acierto en la obra *Viaje al fondo de mi*

tintero, y no es poca fortuna el haberlo logrado. En ese libro se pintan las pasiones mas nobles y elevadas, y se condenan mostrándoles tambien las mayores miserias. Hay cuentos interesantísimos que seducen por su belleza, su sencillez y el sentimiento que en ellos se refleja. Abundan cuadros de costumbres, bosquejados con mano maestra; retratos de tipos sociales, que son verdaderas fotografías.

Conócese ya en la esfera literaria lo suficiente al señor Ruigomez, para que yo trate de juzgarle. Su novela *Salivilla* ha revelado perfectamente que reune condiciones nada comunes para dedicarse con éxito al género literario, á nuestro juicio, el mas difícil, aunque no creemos que el númen de la novela está oscurecido para nosotros, y entonces demostró, y asi lo declararon cuantos han hecho la crítica de su obra, que era un verdadero novelista y que con constancia y amor al trabajo, podria figurar dignamente en ese número, bien escaso por cierto, de los que, como Perez Galdós, Valera y Alarcon, se han dedicado con felicísimos resultados al cultivo de la verdadera novela en nuestro país.

Notábase en aquella obra, sin embargo, considerada en lo que á su estilo se refiere, alguna falta de colorido y aun mas de esa entonacion y vigor necesarios para pintar en su verdadero carácter las humanas pasiones. Pues bien; el artículo *A medio real docena*, que forma parte del libro que analizamos, es buena prueba de que el señor Ruigomez ha realizado ese progreso, pues que en él hay sobradas muestras de esa sonoridad y vigor, que hacen de un escrito la mas per-

fecta y acabada muestra de lo que es la buena literatura.

En este país, en que todo el mundo se tiene por literato, y en que todos tambien publican obras, necesitan éstas reunir especiales condiciones si han de obtener el aplauso del público y de la crítica, y traspasar esa línea que separa las producciones superiores de las que nunca en justicia pudieron calificarse de otra cosa que de medianas. Los libros chistosos abundan sobremanera, lo insustancial y lo cómico de pésimo gusto, están á la órden del dia, y sin duda porque el hombre debe pensar, ofrécensele cosas que hagan reir, sin mas objeto que conseguirlo, ni otro fin ni otra trascendencia. Almanaques chistosos para todas las épocas, esas obras á que aludimos no son otra cosa que bufonadas sin sentido, de vida tan efímera como esa sonrisa que en un momento de descuido arrancan por sorpresa al lector. No asi el libro del señor Ruigomez; acostumbra éste á sacrificarlo todo al deseo de hacer sentir; ni uno solo de sus artículos deja de tener grandísima significacion, y allí, junto al sublime amor de la patria, gérmen de tantas acciones grandiosas y de tan generosos sacrificios, junto á la condenacion de esos hombres mercenarios que viven respirando el interés y el lucro, y con el lucro y el interés mueren asfixiados, se ofrecen en ese acabado cuadro tipos y costumbres.

No hay mas que ver los artículos *El Rastro* y *El Guripa*, á nuestro juicio los mas notables de los que el libro encierra, para convencerse de que el señor Ruigomez tiene un grandísimo ta-

lento de observacion, y de que ha hecho un detallado estudio de las cosas. A esto se debe, sin duda, el que en punto á lucubraciones idealistas, no nos merezcan tan buen concepto sus escritos. Pocas veces le vemos acertar, no dibuja como debiera las constantes aspiraciones del alma, y sí en el conocimiento del mundo esterior encuéntrase un acabado maestro y un preceptor irreemplazable, habla de las mudas pero terribles batallas de las ideas como si las creyera simulacro.

El señor Ruigomez, estudia ante todo la realidad con tan buen éxito, que no parece sino que la robó sus secretos mas ocultos, cuanto mas visibles para escribir el artículo *El Guripa*, que no nos cansaremos de elogiar. Ese sér, que como dice el libro, nace del azar, y á quien el azar prohija; que no se da cuenta de los actos de su vida sino cuando llega á viejo, y entonces, mas que un juicio, tiene solo un recuerdo para su pecado; mezcla confusa de sentimientos de honradez, y de instintos criminales y perversos, á quien la casualidad y solo la casualidad, conduce y guia por esta vida con tan mal acierto, que su camino viene á concluir frecuentemente en un presidio; ese enemigo constante de la sociedad, que de niño vende arena, de mozo engaña y hurta cuanto puede, y de hombre es barratero de las tres cartas á temporadas, y á temporadas ladron, está tan perfectamente dibujado, con colores tan exactos, con líneas y detalles tan acabados, que bien puede decirse que ese artículo basta y sobra para dar valor á un libro, si éste no tuviera otros muchos de no menos mérito é importancia.

Felicitamos sinceramente al señor Ruigomez por su último libro, que merecerá seguramente una estraordinaria aceptacion.

Ahora, un consejo: que escriba con mas frecuencia, y que escriba novelas.

EL COFRE.

Podrá no ser un artículo de lujo, pero es un artículo que tiene oportunidad y peso y puede fácilmente sufrir enmienda. De su oportunidad nos responden los viajes de verano; de su peso, saber que pocas veces se mueve sin ayuda de uno de esos celosos sustitutos de los carros de mudanzas que se llaman mozos de cuerda; de su correccion el ver que no hay muchacha pobre, bonita y hacendosa que no tome á empeño el arreglarle cada dia.

Es ya costumbre inveterada en este pícaro mundo no elogiar el talento de los hombres ni reconocer el mérito y los servicios de las cosas hasta que los hombres de ingenio han muerto y las cosas útiles desaparecido. De buena gana me rebelaria contra tan notoria como aceptada injusticia; pero por muy seguro tengo que el mundo habia de oirla como quien oye llover, no siendo labrador ó tahonero, y así quieto me estoy, que donde no hay ganancia segura está la pérdida, y mejor quiero callar que ser tenido por perdido ó por redentor crucificado. Ademas,

que sin faltar á esa abusiva práctica que en el fondo de mi corazon condenaré siempre, bien puedo hacer el elogio fúnebre del cofre. El cofre ha muerto, ó por mejor decir, ha cambiado de nombre, y la dinastía de los cofres, un dia opulenta, agasajada y feliz, anda hoy vagabunda y dispersa como los gitanos, otra dinastía de reyes que cambió el cetro por las tijeras, los impuestos por el hurto y las armas por el esquileo.

Digo que la dinastía de los cofres anda dispersa, y así es por desgracia. Los vetustos y calvos descendientes de ella, solo se ven en las casas de los pobres, donde aun se les mira con algun cariño; ó en los puestos del Rastro, para ellos cárcel de la Inquisicion, de donde no salen sino es para ir á la hoguera; ó en los trenes de verano; atados cruelmente con vergonzosa soga como criminales y espuestos á tan duro trato, que pocos son los que pueden conservar la triste vida. Y sin embargo, no hacen nada por verse libres de su cautiverio. Es que conocen que se va decretando la desaparicion de su familia. ¡Feliz ella, que como herederos de su gloria y de su utilidad, puede dejar al hombre centenares de *mundos;* todo un sistema planetario! Al borde de la tumba del cofre hagamos un elogio para que el baul mundo nos lo agradezca y cuide de perfeccionarse y de prestarnos la mayor utilidad posible, ¿Qué hubiera sido sin él de tantos estudiantes como á Madrid vienen ansiosos de ciencia y de fortuna, y de los no pocos que por su desaplicacion suelen encontrar mas seguramente un suspenso en cada asignatura de que se examinan y un duro de menos en cada garito que frecuentan? Porque el cofre

es el depositario de la fortuna y de los restos del entudiante.

En él guarda sus libros y su dinero; la ropa y las papeletas de empeño; el retrato de la novia y la cuenta del sastre, los papeles de música de la guitarra y los apuntes de derecho romano ó de terapéutica. Las cartas de su familia y las novelas de Paul de Kook; la última caricatura de Cánovas y la baraja, libro que, por lo traido y llevado, denuncia gran uso; en fin, todo lo que el estudiante cree que puede ser de algun interés para su fortuna ó para su orgullo de hombre que ha vivido en la córte y no ha dejado de ver cuanto hay en ella, el dia que le convenga acreditarlo asi en el pueblo que le vió nacer. Pero el cofre tiene para el estúdiante valor mas práctico. Es su cédula de vecindad, su garantía, su crédito, porque las patronas de huéspedes miéntras ven el cofre del pupilo tienen por seguro la cobranza del pupilaje. ¡Lástima que no siempre sea verdad tan dulce esperanza! Algunas veces el cofre, en sus ratos de buen humor, ha querido jugar bromas pesadas á esos génios benéficos que matan de hambre por 6 reales con principio y no con fin, porque los huéspedes no se ven hartos nunca, y para lograrlo ha supuesto contener un valioso equipo, cuando solo encerraba materiales para un tabique.

Todos los cofres ruinosos que aun viven, escondidos sabe Dios donde, salen á luz por este tiempo de los viajes de recreo, con el mismo placer que deben salir de los armarios en dias de gran gala algunos fracs verdes que para el Museo arqueológico no tendrian precio. Esos servi-

cios son transitorios y de poca honra para los cofres, por mas que el ver tierras y el acercarse al mar les distraiga y remoze. Ellos tienen mas grande destino. Para los cómicos que van de pueblo en pueblo convirtiendo el escenario en un campo-santo y anunciando que en el drama *Jaime el barbudo* harán de bandidos algunos aficionados de la localidad; para los titiriteros que recorren España entera deseando enseñar sus trages lácios, sus rostros enegrecidos por el sol y sus saltos mortales que no llegan á saltar la barrera de la Fortuna; para los artistas de los circos ecuestres, el cofre ha sido y es una segunda casa. Yo no se si Pinta habrá traido el burro Marco dentro de un cofre, y facturado como se factura una sombrerera. Pero dada la docilidad de Marco, no me estrañaria.

En la casa del pobre, un cofre es el arca santa donde se guarda toda la poca fortuna. Es el termómetro que señala la alegría de una familia consagrada al trabajo. Cuando sube, todos están gozosos porque hay abundancia. Cuando baja, con las ropas que del cofre se fueron, se van tambien el consuelo del pobre y la vecindad de la miseria se hace mas íntima.

Los cofres han tenido á cambio de sus virtudes el vicio de conspirar eternamente contra todos los gobiernos. Han servido para ocultar proclamas, periódicos clandestinos, sables viejos, bayonetas mohosas y fusiles sin culatas, y tienen la pretension de que se les crucifique.

Yo creo haber averiguado el motivo de esos ímpetus revolucionarios de los cofres. Todos los cofres que han favorecido conspiraciones, eran

viejos y raidos. ¿No pudiese ser que conociendo que en nuestro país no hay cómo jugar á la política para *echar buen pelo*, que dice el vulgo, hayan querido, favoreciendo cambios políticos, ver si podian *echar el pelo* que perdieron en su juventud?

Como los grandes hombres, los cofres valen mas cuando están enterrados. Entonces se les busca con la misma ánsia con que los anticuarios mas ilustres buscan en las cercanías del Nilo las tumbas de los reyes egipcios. Guardan tesoros. Aquellos cofres pertenecieron á hombres, que como el avaro de Quevedo, esperaban á tener todas las cosas para amar á Dios sobre ellas.

CINTRA.

Habia oido hacer tan entusiastas elogios de este sitio, que en el mapa de Portugal podria señalarse pintando una camelia ó escribiendo la palabra *Paraiso*, que me acercaba á sus primeras casas, allí al pie de verde y elevadísima montaña estendidas, con el mismo temor que en un baile de máscaras se quita la careta á una mujer á quien creyendo hermosa, se han dicho todas esas palabras que ha puesto al servicio del amor el diccionario de la lisonja.

Y no porque creyera los elogios exagerados. Byron, el viajero incansable, el gran poeta, contemplando desde el lago Leman las cimas de los Alpes, dijo que en torno de ellas veia reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo: en Venecia, sobre el puente de los Suspiros, entre un palacio y una prision, pensó tal vez aquella oda sublime que empieza: ¡Oh Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de mármol estén ya al nivel de tus olas,

se oirá el grito de las naciones sobre tus ruinas, y un largo lamento resonará en las orillas del agitado mar,» y, sin embargo, llamó á Cintra eden glorioso, se mostró sorprendido de tantas y tan variadas maravillas como encierra, y dijo que no encontraba otra pluma digna de contarlas que aquella del poeta que se atrevió á abrir al mundo sorprendido las puertas del Elíseo.

Este recuerdo era para mí una garantía y á la vez un temor. La naturaleza ha ido muy lejos en su trabajo de ofrecer á la asombrada vista del hombre maravillas; pero la imaginacion va mas allá. Frecuentemente se da el caso de que los paisajes mas ponderados, las ciudades que mas ha enaltecido la poesía, el cuadro que alcanzó universal renombre y el monumento que encierra maravillas que se encargó de pregonar la fama, no gusten á quien por vez primera los contempla, y de estas decepciones injustas solo es culpable la imaginacion, empeñada siempre en no mostrarse sorprendida, sobre todo, cuando la mandan que se sorprenda.

Cintra tiene derecho á verse libre de estas rebeldias de la imaginacian. No han abusado de ella ni los fotógrafos, ni la industria, y permite al viajero que se entusiasme á sus anchas, sin que un reglamento especial le diga aquí debes ponerte triste y mas allá alegre; ni le salgan al paso como en otros lugares famosos los progresos de la civilizacion moderna, enseñándole sobre una puerta de estilo mudejar un anuncio de las máquinas Singer ó en las paredes de una catedral gótica el cartel de una corrida de toros.

Ni los viajeros son tampoco muchos. En un li-

bro que en el castillo de la Peña presentan á la firma de cuantos le visitan con igual solicitud que si se tratase de una credencial para un amigo no ví ningun nombre español, y el libro contaba cerca de dos años de servicios. Esto se esplica. Para muchos de los españoles que se encuentran en disposicion de viajar por el estranjero las maravillas de Cintra podrán ser completamente desconocidas; para ninguno son un secreto la majestad de la Plaza de la Concordia y las carcajadas de Mabille.

Ya en Lisboa, es imposible resistir á la tentacion de visitar aquel precioso pueblecito que la naturaleza ha llenado de encantos y el hombre de hoteles. El camino es entretenido por todo extremo. Se dejan á un lado hermosas quintas, por encima de cuyas tapias salen atrevidas las ramas de los árboles para saludarnos; alegres y pintorescos pueblecitos que sorprendemos al paso, nos permiten apreciar todas las delicias de la vida del campo en estos lugares que, si no fueran modestos, podrian mostrarse argullosos de tener por vecinos el Tajo y el mar; un rosario de molinos de viento nos recuerda las hazañas y aventuras del mas famoso caballero andante; y ya cerca de Cintra atrae la vista el azulado mar, que ahora aparece debajo de nuestros pies, ahora se oculta detrás de una montaña, como si quisiera jugar con nosotros al escondite.

Todos los viajeros entran en Cintra escoltados. Les sirven de escolta alquiladores de borriquillos, que á voces pregonan sus servicios, con igual elocuencia que los sacamuelas que andan por nuestras calles, y que acaban por hacerse la

competencia á cachetes. Como el viajero los necesita para subir al castillo de la Peña, la principal industria de Cintra es la de alquilar borricos. No es raro que almorzando en alguno de los hoteles, os sorprenda á lo mejor estraña gritería. Si movidos por la curiosidad os asomais á la ventana, no hay duda, el espectáculo que os espera es siempre el mismo. Un centenar de borricos como en feria, y una docena de alquiladores que acaloradamente disputan.

Cintra pueblo, tiene casas de recreo, fondas y alcalde: Cintra artística, eden glorioso, vergel siempre florido. tiene el castillo de la Peña. Allí, sobre elevadísima montaña de vegetacion asombrosa se alza mirando el cielo, agradecido de ver á sus pies tanta hermosura.

Vendido un tiempo entre los bienes nacionales, un capitalista portugués dió por él toda su fortuna. No pudo satisfacer los grandes gastos que su cuidado exige y le cedió bien pronto. Hoy pertenece al rey don Fernando que ha hecho de aquella maravilla, arca para encerrar un verdadero tesoro de objetos de arte.

Desde que se entra en el paseo sembrado de flores, que, dando vueltas á la montaña, sube descansando en algunas esplanadas hasta el castillo, la decoracion siempre admirable, esperimenta á cada momento sorprendentes variaciones. Viven allí estrechamente unidos por milagro notorio de la naturaleza, la hermosa magnolia que de los climas tropicales necesita y el pino de los Alpes que parece plantado en la nieve. Pero aun mas que este milagro parece soñado; aun mas que el *Castillo del Moro* que nos

hace pensar en las serenatas al son de la guzla, en las huríes de negrísimos ojos y en el cielo de la poética Andalucía; aun mas que aquellos árboles rarísimos, alguno de los cuales parecen de culebras; aun mas que la arquitectura del castillo que tanta semejanza tiene con la Alhambra; aun mas que *La Cisterna* donde un rayo de sol prisionero se entretiene en hacer en el agua juegos de luz, sorprende y admira el paisaje y la magestuosa é imponente solemnidad de aquel sitio, sobre toda ponderacion sublime.

¡Qué hermoso cuadro para un pintor aquel que, sentado en la plaza principal del castillo contempla el viajero! Al nivel las cumbres de algunas montañas vecinas, y en ellas, sobre tres inmensos peñascos, el castillo del Moro, la estátua de Vasco de Gama y una Cruz. Abajo, Cintra, que parece un pueblo en miniatura, rodeada de hermosos valles que ostentan vegetacion prodigiosa. Arriba, el castillo, que intenta en vano tocar en el cielo puro y brillante como el cielo de España. A lo lejos... el mar. No se puede dar mayor silencio, mas hermosura, mas grandeza, sublimidad mayor. Se piensa en la pequeñez de la vida, en el suicidio, en el amor, en Dios al fin, y se esclama con el autor de *Childe Harold*:

«Huir de los hombres no es odiarlos... No todo el mundo ha de haber nacido para agitarse y trabajar con ellos.»

INDICE.

CRITICA.

TIPOS.

INVENTARIO.

SOMBRAS.

DE VIAJES.

